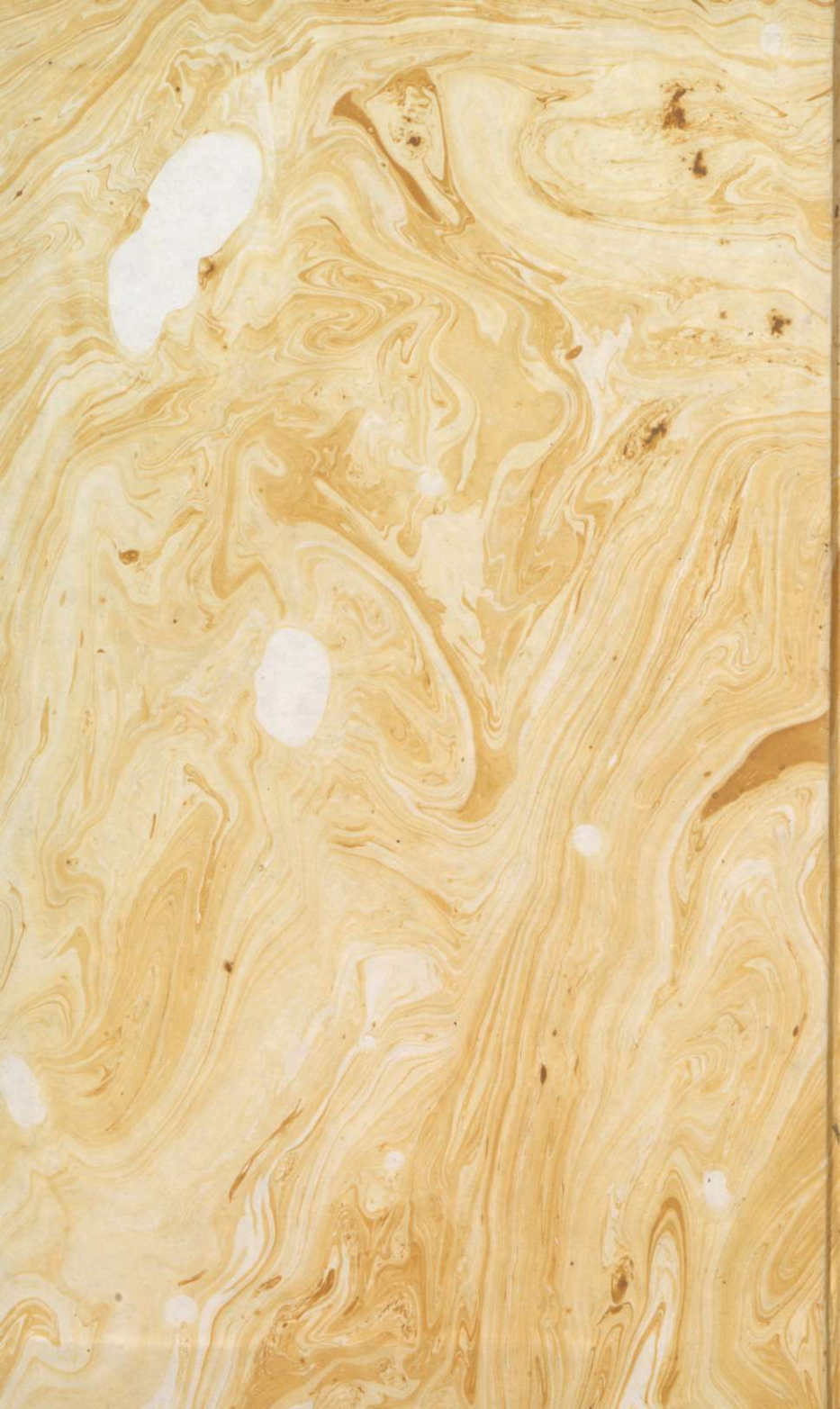








LA
LEYENDA DE HIXEM II.

RELACION CORDOBESA DEL SIGLO XI,

POR

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA,
DUQUE DE RIVAS.

EL CAPITAN MORGAN.

NARRACION CONTEMPORÁNEA,

POR EL MISMO AUTOR.



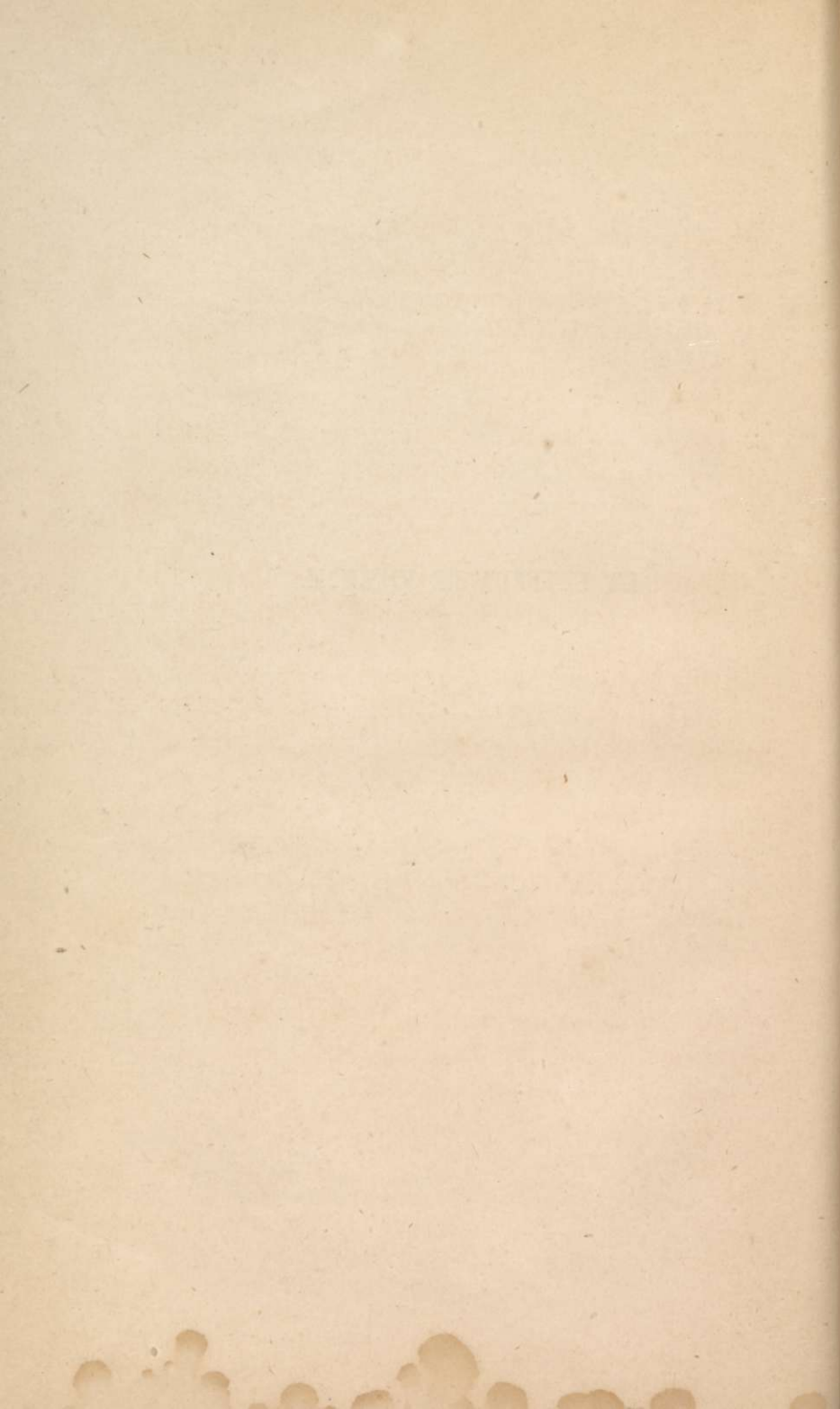
MADRID :

OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCLXXIX.

Ninguna de las dos novelas
que forman el presente volumen
podrá ser reimpresa ni traduci-
da á idioma extranjero, sin el
prévio consentimiento de su
autor el Duque de Rivas.

LA LEYENDA DE HIXEM II.



INTRODUCCION.

En los reinados de Abderahman III, *el Grande*, y de Alahken II, *el Sabio*, el califato árabe-español habia llegado al apogeo de su gloria, y Córdoba, su hermosa capital, á grado tan alto de prosperidad y de cultura, que suspende y admira hallar á las márgenes del Guadalquivir aquel centro de civilizacion, cuando los pueblos de la Europa cristiana yacian sumidos aún en el caos de la Edad Media.

Córdoba podia compararse con la misma Bagdad, su rival en Oriente, y hubiera podido competir con las más bellas y florecientes ciudades del mundo antiguo y del mundo moderno.

En la época á que nos referimos, ocupaban su área ciento trece mil casas, entre las cuales descollaban magníficos palacios y soberbias mezquitas; la acompañaban extensos arrabales, y medio millon de habitantes, de diversas razas, clases y condiciones, le daban calor, movimiento y vida.

El orden y buen gobierno reinaban en la poblacion;

y en el aseo y ornato de calles y plazas, y en el servicio de fuentes, mercados y bazares, desde luégo se notaba la mano de una administracion entendida y celosa. Córdoba poseia escuelas gratuitas, donde recibian educacion los niños de familias pobres; baños públicos, ricas bibliotecas, vastos y bien dotados hospicios. Sus sabios y academias la llenaban de vivísimo esplendor, y á todas partes se extendia la fama de sus grandes naturalistas é insignes filósofos. Magnates extranjeros, y aun príncipes cristianos, acudian á la córte de los Omeyas á consultar á sus célebres físicos, como era frecuente ver en ella tambien pomposas embajadas, que en nombre de reyes y emperadores venian á pedir amistad, cuando no á humillarse al trono de los califas.

Pero lo que daba á Córdoba verdadera excelsitud en el mundo musulman era su grandiosa aljama, visitada anualmente por millares de peregrinos—muchos de ellos de remotos climas—y á la cual apellidaban la Caaba (1) de Occidente.

El primero de los Abderahmanes, fundador del califato andaluz, lo fué tambien de la famosa mezquita, aunque, ménos venturoso con esta obra, no lograrse verla terminada: como si fuera más facil erigir un trono que fabricar un templo.

Cuenta la leyenda que un dia, despertándose el Emir al rayar el alba, convocó de improviso á los jeques y cadíes á consejo, y despues de pintarles en un inspirado discurso la tremenda lucha de las dos grandes iglesias

(1) Templo de Abraham en la Meca.

rivales, y de augurar en términos proféticos el triunfo del Coran sobre la Cruz, les reveló su idea de levantar al islam un templo maravilloso, digno de su gloria.

«...El cristiano idólatra, decía Abderahman, piensa en su orgullo que Europa es la reina y Asia la esclava. El musulman exclama entre tanto: De Oriente sale la luz, Algufia (1) duerme en las tinieblas.—El cristianismo y el islam se miran frente á frente como el leon y el tigre...—Los bárbaros de las regiones del hielo esperan que un pontífice romano ponga en la diestra de Carlo-Magno el globo de Constantino; pero las hermosas hijas del Yemen celebran con zambras y cantares las victorias del ismaelita, que por virtud del Coran se abre las puertas del Oriente y del Occidente.—¡Poderosa es la raza de Coreixi! Alah clemente ha vinculado en ella el precioso collar de Cósroes y las veinticuatro coronas de los reyes de Iberia.—No, no dará Dios el mundo á los que se embriagan predicando la penitencia, se enriquecen ensalzando la pobreza y se entregan á los placeres recomendando la austeridad. Para ellos, las privaciones de la vida y los monasterios sombríos; para nosotros, los verjeles, el harem, los baños y las aljamas, aljamas revestidas de bruñidos jaspes, con esbeltas columnas, airosos arcos, techumbres olorosas y lámparas inextinguibles.—Abierta está la contienda entre la barbarie y la cultura, entre las sombras y la luz, entre cristianos y musulmes; preparado el mundo y dispuesto para grandes cosas, como el hierro que sale de la fragua enrojeci-

(1) El Norte.

do y sólo espera la nueva forma que va á tomar sobre el yunque.—... Un esfuerzo más, y la majestuosa Bagdad se humillará tambien á la reina de Andalucía.—Alcemos al Señor una aljama comparable sólo con la santa casa de Jerusalem. Levantémosla en el mismo solar de un templo cristiano, para que huelle y oprima la mansion de los ídolos...»

Luégo enumera las bellezas y perfecciones que realzarán la mezquita, y describe el atrio, el pórtico, las naves y el santuario; y habla de los naranjos que darán sombra á las fuentes de las abluciones, y de las brillantes columnas dispuestas á manera de hueste belicosa, y de los arcos, como henchidas banderas al viento de la fortuna, etc.

Los jeques y alfakíes se entusiasmaron con tan sublime arenga, y tomando el proyecto del Emir por celestial inspiracion, fueron todos de parecer que empezasen las obras cuanto ántes, sin omitirse en ellas gasto ni sacrificio.

Habia, felizmente, no poco de oriental hipérbole en el discurso de Abderahman, y á pesar de sus pavorosas palabras al anunciar que la mezquita se construiria en el solar de un templo cristiano, no se crea que esto se llevase á cabo de un modo violento, pues tales procedimientos no se avenian bien con la cultura y elevada política del ilustre Omeya. Lo que sucedió fué que se abrieron negociaciones con el obispo y el conde cristiano para adquirir por compra la iglesia que se necesitaba, y aunque en un principio fué rechazada semejante proposicion, aquellos prudentes varones cedieron al fin á los de-

seos de Abderahman, si bien con la expresa condicion de que habia de permitírseles levantar otro templo á los santos mártires Fausto, Faunario y Marcial. Formalizado el convenio, y recibido en dinares de oro el precio de la venta, desalojaron pacíficamente el edificio cedido, llevándose en procesion las imágenes y objetos del culto. Tan alto espíritu de tolerancia y equidad informó el califato andaluz en sus primeros albores.

Al prestigio de la ciencia y de la religion, Córdoba reunia la importancia que le daban las artes y la industria. Sus armas competian con las de Damasco; sus tejidos de lana y de seda, con los de Persia y el Indostan, sus cueros estampados dejaban muy atras á los de Fez y Tafiote; sus joyas y aderezos eran encanto de los harenes, y sus objetos de platería, ornato y esplendor de templos y palacios.

A tres millas al Oeste de sus muros, y recostada, como perezosa odalisca, sobre las primeras ondulaciones de la florida sierra, aparecia Medina-Zahra, la mansion favorita de los califas. Su admirable alcázar y deliciosos jardines no tenian rival en el mundo.

En aquel prodigioso edificio, los calados mármoles parecian delicado encaje ó primorosa filigrana; las columnas, de preciosos jaspes, se contaban por miles; los techos eran de alerce, con entalladas tracerías, donde, entre vivos esmaltes, brillaban jacintos y topacios de inestimable valor; la púrpura y el cobalto decoraban los muros, sobre los cuales se veian, en letras de oro, sublimes sentencias del Coran; formaban los pavimentos prolijos y lucientes mosaicos; las puertas eran de cobre

cincelado con nieles de plata. Ornaban el centro de algunas estancias artísticas fuentes, en que el agua saltaba con alegre rumor, y en uno de los patios habia una gran concha de pórfido llena de azogue vivo, que fluia y refluia artificiosamente y despedia, con los rayos del sol y de la luna, un resplandor que deslumbraba. ¿Y qué podria decir, si hubiese de copiar las descripciones árabes, de los magníficos baños, de los voluptuosos camarines de las odaliscas, y, sobre todo, de aquellos encantados pensiles, donde sus propios dueños se creian transportados al Paraíso? Era, en suma, aquella peregrina mansion como el sueño maravilloso de un poeta oriental que hubiesen puesto por obra los magos y las hadas.

Mas ¡ay! todos aquellos prodigios de la fantasía, de la riqueza y del arte iban muy pronto á desaparecer con la gloriosa dinastía que los habia creado.

El califato andaluz, formado tan rápidamente, trayendo por origen un cisma, y en cuya composicion entraban tan varios elementos, tan opuestas y diversas razas, llevaba en sí el fatídico gérmen de una destruccion prematura. Si dado le fué crecer y desarrollarse, merced al genio político y civilizador de Abderahman y sus sucesores, no bien se torciese tan hábil direccion, ó se aflojase la mano que tenia reunidos en un haz á los nobles hijos del Yemen con las feroces tribus del Atlas, y las ambiciones, las rivalidades, los odios latentes tomasen vuelo en la abrasada atmósfera de las discordias civiles, aquel espléndido imperio habia de venir á tierra, como el coloso bíblico de la frente de oro y los piés de barro, y todas aquellas magnificencias y encantos di-

siparse, como los poéticos desvaríos que produce en los orientales el *haschisch*, cuando pasa el efecto de la excitadora hierba.

Alahken II dejaba, al morir, á su hijo Hixem, tierno niño aún, por heredero del trono. Cubria su infancia la gloria de sus abuelos; pero ¿qué era tan débil brazo para mantener sumisas á las provincias de África y en la debida obediencia á discolos walíes, más atentos á su engrandecimiento y medro personal que al brillo y poder del califato? ¿Qué era un emir de tan corta edad para tener á raya á los indómitos castellanos y leoneses, para emprender un año y otro la guerra santa y acabar de someter el norte de la península al cetro de los Omeyas?

Por fortuna, — que luégo se convirtió en desgracia, — cerca del tierno príncipe velaban dos personajes: la sultana viuda, mujer sagaz y ambiciosa al par que madre desnaturalizada, y un antiguo servidor del difunto califa, no ménos sagaz y ambicioso, y dotado ademas de firme voluntad y grande inteligencia, capaz de los más altos designios, el cual, si gozaba ya de cierto crédito y fama, no habia hallado todavía propicia ocasion de desplegar las alas de su genio. Pero esa ocasion, que, fiado en su estrella, há tiempo aguardaba, se la ofrecieron de consuno la muerte de su señor y su valimiento con la sultana.

Sobeya conocia sus prendas, y convencida, por otra parte, de que, débil mujer, necesitaba una fuerza en que apoyarse para reinar en nombre de su hijo, le confió primero el mando de las tropas, al cual añadió despues el cargo de hagib ó primer ministro. Acaso ya desde los

dias de Alahken le habia dado otras pruebas de confianza más íntimas y personales. El pueblo así lo creia, ó al ménos fingia creerlo, y corrian de mano en mano epigramas y sátiras, y áun se cantaban á media voz por las calles irreverentes coplas, que no dejaban muy bien parados el decoro y circunspeccion de tan alta dama. Pero, en honor de la verdad, el punto no está suficientemente esclarecido, y bien pudieran ser las tales pullas y donaires tiros de la calumnia y parto de la envidia, pues los émulos y enemigos del hagib, que no eran pocos, no perdonaban á la Sultana el haberlo encumbrado de aquella manera.

Dejando á un lado ese incidente, que poco nos importa, y cualesquiera que fuesen los lazos que unian á Sobeya y su favorito, es el caso que, en vez de preparar á Hixem á ocupar dignamente el sόlio de sus mayores, sόlo trataron ambos de prolongar su infancia, á fin de ser ellos árbitros del imperio. Con tan bastarda mira alejaron del augusto niño los ayos y maestros que su padre habia designado, y rodeándole de pompa vana y fastuosos honores, le dejaron descaecer y enervarse, entregado ántes de sazón á los goces del harem, entre odaliscas y esclavos.

Miéntas Hixem, endeble y enfermizo, vegetaba en su dorado alcázar, de donde solamente salia en las grandes solemnidades, Almanzor, —que éste es el nombre que tomó el hagib, — se coronaba de gloria en cien combates. Como Aníbal fué terror de Roma, el caudillo andaluz lo era de la España cristiana. Él condujo su hueste victoriosa hasta los montes cántabros, y entrando á sangre y

fuego en Compostela, despojó con sacrílega audacia á la augusta basílica, sin miramiento á la tumba del Santo Apóstol. Las campanas fueron arrancadas á las ingentes torres, y en hombros de cautivos cristianos traídas á la metrópoli agarena. Más de dos siglos las contempló allí el pueblo musulman, pendientes del cimborio de la aljama, como bárbaro trofeo.

Segun una tradicion popular, cuando puso cerco á la ciudad Fernando III, estando reunidos muchos muslimes en la gran mezquita con objeto de implorar la ayuda de Alah contra los sitiadores, aquellos sagrados broncees, de propio impulso ó movidos por mano invisible, empezaron á tocar á muerto, y llena de espanto la poblacion, le faltó aliento para la resistencia. Dando por lo que valga el maravilloso suceso, lo histórico y lo cierto es que Córdoba se rindió á las condiciones que quiso imponerle el vencedor. El Santo Rey mandó colocar la cruz sobre la cúpula de la aljama, y en desagravio de la afrenta de Almanzor, con gran aparato y ceremonia devolvió sus campanas al templo de Compostela, haciéndolas llevar en hombros de musulmanes, del propio modo que las trajeron ántes cautivos cristianos.

Pero en los tiempos de Hixem II, que son los de nuestro relato, no era fácil augurar tan brillante desquite. El afortunado Almanzor se habia apoderado de Castilla entera, de aquella provincia tan á duras penas arrancada al yugo sarraceno, y llevado el terror de sus banderas á las montañas de Navarra y Cataluña, arrollándolo todo sus armas vencedoras. Á ser otro el sistema de guerra de los árabes, ó la raza vencida ménos tenaz y

perseverante, la nacionalidad española, á pesar de tres siglos de esfuerzos y de heroísmo, se habria tal vez borrado para siempre.

La sangrienta batalla de Calatañazor, en que, olvidando discordias y rencillas, pelearon denodadamente los reyes cristianos, coligados ante el comun peligro, detuvo al fin al guerrero andaluz en su ya larga carrera de triunfos y hazañas. Y el que durante veintiun años pareció árbitro de su suerte y fué verdadero señor y jefe del califato, en medio de la accion cayó mal herido, y trasportado á Medinaceli, espiró á poco, causando la noticia de su derrota y de su muerte honda consternacion en todo el imperio.

Por una de esas geniales rarezas, que tanto excitan nuestra curiosidad en la vida de los grandes hombres, y que son á veces como un portillo por donde nos asomamos al fondo de su sér, habia reunido Almanzor en una preciosa caja de cedro que siempre lo acompañaba en sus bélicas empresas, el polvo que de sus vestidos y armadura se desprendia despues de cada combate, y encarecido en su última voluntad que dentro del ataúd lo cubriesen con aquella gloriosa tierra. ¿Era orgullo? ¿Era humildad? Acaso ambas cosas juntas, por contradictorias que parezcan. La carrera del ínclito hagib habia sido sin duda brillante y gloriosa; pero poco escrupuloso en los medios, con tal que lo condujesen á sus ambiciosos fines, en más de una ocasion se mostró injusto y cruel, y áun manchó sus manos con sangre inocente. No ménos olvidado de los divinos preceptos en lo tocante á la abstencion del vino,—del cual escrito está «que el diablo

ha de servirse para encender disensiones entre los creyentes, y apartarlos de Dios y de la plegaria», — Almanzor lo bebia frecuentemente entre comensales y amigos. Y lo que es peor aún que esas trasgresiones, en cierta época de su vida se habia complacido en proteger á los filósofos y libres pensadores, — que no faltaban por cierto en aquellos tiempos, — con mengua del Santo Libro y escándalo de los doctores. Se conoce, no obstante, que la luz del islam no llegó á apagarse enteramente en su alma, ó que en punto á racionalismo no pasó de los límites de la duda, y atormentado por los remordimientos, ó temeroso de no alcanzar el Paraíso, á medida que fué envejeciendo se hizo devoto, y se le vió, con aplauso de los imanes, expurgar las bibliotecas de los libros heréticos ó impíos, — aunque en esto bien pudo influir tanto la política como la religion, — y abstenerse enteramente del licor de la vid, y cumplir con todos los preceptos del culto. Dice el Coran que Dios preservará del fuego eterno á aquel cuyos piés se hayan llenado de polvo en las vías del Señor, y esto fué lo que le movió á guardar el que recogia en los combates, y con el cual queria que lo cubriesen en el sepulcro, persuadido de que los trabajos que habia pasado en la guerra santa serian en el supremo tribunal su mejor justificacion.

Almanzor dejaba dos hijos: Abdelmelik y Abderahman. El primero, que reunia algunas de las cualidades de su ilustre padre, aunque no su buena estrella, fué nombrado por el Califa, ó más bien por la vieja sultana, para sustituirle en todos sus cargos y honores.

Continuó Abdelmelik las excursiones periódicas de su antecesor, pero con escaso brillo y ménos provecho de las armas musulmanas. Y al poco tiempo de su gobierno, de vuelta á Córdoba de una expedicion al interior de Galicia, donde habia perdido lo mejor de sus tropas en varios encuentros de dudoso éxito, le aquejó una grave dolencia, que lo llevó al sepulcro.

Al fallecer Abdelmelik, ya habia dejado de existir la poderosa Sobeya; y los eunucos y esclavos de palacio, arrogándose la autoridad que aquélla ejercia, aclamaron como sucesor del difunto hagib á su hermano Abderahman, de gallarda presencia y muy parecido en la faz y aire del cuerpo á Almanzor, pero muy desemejante en prendas de carácter y entendimiento.

Aunque no desprovisto de valor, más á propósito para dirigir cuadrillas en un circo que para mandar ejércitos en la guerra, y más propio para zambras y festines que para los arduos negocios del Estado, desde los primeros momentos dió claras muestras de carecer de los dones y aptitudes que tan elevado puesto requería.

Su esclarecido padre, más sagaz, más político, habia amontonado en su persona grandes preeminencias, altísimos honores; sólo un paso le separaba del trono, pero esa pequeña distancia encerraba un abismo, y no se atrevió nunca á salvarla. Sabía que en sus venas no corría sangre coraixi, y conocía el apego del pueblo á la legitimidad de sus príncipes. En paz, como en guerra, nada se oponía á su voluntad: él era el verdadero soberano, mas obrando siempre á nombre del Califa, cuyo reinado ilustraban sus hechos; siendo, por otra parte, el prime-

ro en acatar públicamente al que no, por ser degenerado vástago de los Omeyas, perdía el sagrado carácter de Iman de los imanes y sombra de Dios en la tierra. Abderahman, en vez de aleccionarse en esos ejemplos, empezó por darse con necia presuncion el pomposo título de Al Nasir Ledin Alah (defensor de la ley de Dios), que ya habia llevado Abderahman el Grande, y en su loco engreimiento, y so pretexto de la falta de sucesion de Hixem, el cual se hallaba en la mejor edad de poder tenerla, pretendió y obtuvo del insensato Califa que lo declarase Walí alhadí; es decir, inmediato sucesor del trono.

Aunque el hecho se mantuvo secreto algunos meses, no dejó al cabo de traspasar y de llegar á oídos de preclaros miembros de la familia Ommiade, en la cual produjo gran indignacion. Distinguíase en ella, por sus aventajadas prendas, Mohamed, primo de Hixem y jóven resuelto y animoso, quien desde luégo se propuso atajar el vuelo del desvanecido favorito. Con tal propósito se puso á recorrer las provincias, concitando los ánimos contra el hagib, cuyos ambiciosos proyectos denunciaba por todas partes; y eso que, en el fondo, los suyos propios no eran, como más adelante se verá, ménos bastardos é interesados. A su voz acudieron en armas numerosos parciales; y explotando hábilmente el ódio de los árabes á los berberíes, en los cuales se apoyaba particularmente Abderahman, vióse muy luégo al frente de formidable hueste, y con ella marchó sobre Córdoba.

Apénas tuvo aviso del movimiento el presuntuoso hagib, á la cabeza de la caballería africana salió en busca

de su audaz enemigo, muy seguro de escarmentarle; pero éste, más diestro que su adversario, le tomó la vuelta por medio de una rápida maniobra, y penetró de improviso en la capital, donde, pasándosele la escasa tropa que la guarnecía, se apoderó sin resistencia del palacio y quedó árbitro de la persona del Califa.

No tardó Abderahman en saber el lance; y ciego de ira y de despecho, se revolvió sobre Córdoba, confiando en sus aguerridos escuadrones y, además, en el favor de que gozaba con el pueblo por respeto á la memoria de su padre. Al llegar á la ciudad poco despues que su competidor, halló la extensa plaza del alcázar y otros sitios importantes ocupados por las tropas de Mohamed; siendo éste el punto, precisamente, de donde parte nuestro relato.

I.

Habia la sultana Sobeya, poco ántes de su muerte, colocado á Wadha, el eslavo (1), hombre de su confianza, en el alto puesto de primer camarero de su hijo; y Mohamed, al apoderarse del alcázar, creyendo poder contar con aquel servidor, que gozaba de notable influjo en Córdoba y de no pequeño ascendiente en el ánimo del Califa, lo respetó en su empleo, encomendándole, además, en aquellas difíciles circunstancias, la custodia de su señor. Y éste, no obstante lo grave de los acontecimientos, sin cuidarse del desenlace, seguía adormecido en su ociosa existencia, entregado á sus devociones y á sus frívolos placeres.

El degenerado Hixem, aunque ya léjos de la niñez,

(1) En un principio se aplicaba el nombre de eslavo á los prisioneros que los pueblos germánicos hacían en sus guerras con las naciones eslavas y vendían á los sarracenos de España; pero, andando el tiempo, acabó por darse este nombre á todos los extranjeros que servían en el harem, en el ejército ó en los cargos públicos. Entre ellos hubo poetas y literatos muy distinguidos y hombres muy importantes. En tiempo de Abderahman III los esclavos se contaban por miles y formaban parte considerable del ejército.

vivia en perpétua infancia: era como esas frutas de invernáculo que dejan de estar verdes sin llegar á estar maduras. El único sinsabor que la rebelion de Mohamed le habia causado era el haber tenido que abandonar la mágica residencia de Zahra por el ménos suntuoso alcázar de Córdoba, que encerraba, no obstante, dentro de sus muros, hermosos y dilatados jardines. Pero, hallándose en esta mansion igualmente rodeado de sus mujeres y favoritos, y no experimentando en su vida habitual notable alteracion, el Emir de los fieles se resignó muy luégo á su dorada cautividad.

La gran plaza de palacio y las calles que en ella desembocaban, así como otros puntos importantes de la ciudad, estaban, segun ya dijimos, ocupadas por las tropas de Mohamed, el cual no pudo evitar que Abde-rahman y sus africanos se apoderasen de los barrios extremos. Éste, ántes de decidirse á jugar el todo por el todo en los azares de una batalla, trató de ganar á su contrario con ofertas y concesiones; pero Mohamed, que se creia más fuerte que su competidor, rechazó sus proposiciones con insolente desprecio.

Un choque era inminente: la poblacion, sobrecogida, se ocultaba en sus viviendas; los mercados, desiertos; cerradas las lonjas y los bazares. Los imanes se congregaban en la aljama para implorar la misericordia del Altísimo. Lúgubre silencio reinaba en toda la ciudad.

Era un dia claro y sereno de fines del estío. El sol brillaba en todo su esplendor, y ni el más leve, vaporoso vellon empañaba el azul turquí del cielo cordobes. A pesar del aparato bélico desplegado en torno de la morada

del Califa, dentro de ella todo continuaba en el más placentero sosiego. Los eunucos y las esclavas atendían con activa solicitud al servicio personal del indolente Hixem y de sus hermosas favoritas. Era la hora del baño. En la rica estancia dispuesta á tan alto fin, el Príncipe de los creyentes yacía recostado en una pila de alabastro oriental, en la que manaba con leve susurro, de la entreabierta boca de un delfín de oro, agua pura y cristalina, de temple deleitoso, exhalando suavísimo olor. Un inmenso abanico de matizadas plumas, pendiente á cierta altura del baño y que uno de los siervos de tiempo en tiempo impelia, aireaba, balanceándose suavemente, la soporosa cabeza del muelle monarca. La luz entraba amortiguada por los vidrios de colores de los calados ajimeces, y á través de la diáfana cortina que velaba la entrada principal veíase una elegante galería de arcos y columnas abierta sobre los jardines. En los ángulos del aposento humeaban pebeteros de bronce, y en un precioso velador, á corta distancia de la suntuosa pila, una especie de caleidoscopio giraba mecánicamente, formando arabescos sin fin y geométricas combinaciones para distracción del Emir, que apenas fijaba en él los ojos adormecidos.

Mas dejemos á Hixem en tan dulce estado, y pasemos, que no ha de pesarle al lector, á otra ala del edificio, mágico centro en que se albergaban las privilegiadas del harem, aquellas peregrinas beldades de que habitualmente se rodeaba el Califa. Éste, en medio de su descaecimiento, amaba con pasión las artes, — gusto, al parecer, ingénito en su raza, — y entre sus mujeres, sólo

las que descollaban en la poesía , en la música ó el baile eran sus favoritas.

Como Hixem acostumbraba á comer despues del baño, y luégo llamaba á sus escogidas para que lo entretuviesen con sus encantos y habilidades , era tambien aquélla la hora en que las hechiceras ninfas se purificaban en agua de nardos y jazmines , rosas y azahar, y se componian y aderezaban con sus mejores galas , á fin de presentarse más dignas y amorosas en presencia de su señor.

Ya que el recato y natural honestidad nos veden sorprenderlas en su hermosa desnudez, velada sólo por las claras aguas de las marmóreas pilas, ó en manos de atezadas esclavas, frotando sus venustos cuerpos con fragantes aromas, séanos lícito al ménos penetrar en la vistosa y animada estancia que servia de tocador á aquellas deidades.

Esa jóven de blanca tez y ojos azules , sentada en un taburete carmesí frente de un espejo de bruñido acero, es la gentil y discreta Amina , la que sabe tan admirables historias de hadas y encantamientos, enamoradas doncellas y valerosos emires. Una esclava le recoge los rubios cabellos, que caen á su espalda como un manto de oro. Y ella en tanto, medio envuelta en una ámplia y desceñida túnica de leve y blanco lino, que en parte cubre y en parte deja ver sus nítidas formas , tomando de una concha de nácar una gruesa borla de cisne, cargada de fresco polvo de oloroso lirio, se la empieza á pasar muellemente por la suave garganta, el sostenido seno y los ebúrneos brazos.

A cierta distancia de Amina hállase Zaida, la de mirada de fuego y pequeña boca, como de fresa encendida. En sus copiosas trenzas, negras y lucientes, una de sus siervas engasta luminosos diamantes, miéntras otra le calza menudos escarpines de amarilla seda con primorosos recamos. Ninguna como ella para bailes y zambras. El brío de su persona, su flexible cintura y graciosos movimientos, sus breves y ligeros piés, y el incomparable donaire con que sabe agitar el pandero y repicar las castañuelas hacen de la donosa Zaida una de las más fúlgidas estrellas del harem del Califa.

Aquella de garzos y expresivos ojos, castaños rizos y vaga sonrisa, que se abandona negligente á la cobriza esclava que le ajusta á la garganta del pié un áspid de esmeraldas, es la bella, la interesante Sélima.

Su entrada en el harem merece ser conocida. Muerto en la guerra santa su bravo y generoso padre sin dejar bienes de fortuna, la sultana Sobeya la tomó bajo su amparo. En ella se complacia, viéndola crecer en hermosura y dar repetidas muestras de su gallardo númen, cuando el jóven Suleiman, deudo de Hixem, que prestaba servicios en Africa, donde habia nacido, y vino á la córte con un mensaje del walí que allí mandaba, conociendo á la huérfana, quedó perdidamente enamorado y la pidió por esposa. Rudo de carácter, aunque noble y franco, y más avezado á las asperezas del campamento que á ficciones cortesanas, tuvo la mala suerte de indisponerse con la orgullosa Sobeya, la cual, deslumbrando á su protegida con ilusorios esplendores y haciéndole entrever un porvenir igual al suyo, le abrió las puertas

del harem imperial, cerrando al propio tiempo las de la esperanza al fogoso mancebo.

La ofuscada doncella, á quien halagaba sin duda la pasion de Suleiman, pero que estaba léjos de abrasarse en la misma llama, y que, por otra parte, no dejaba de ser ambiciosa, cedió con íntima satisfaccion á los deseos de la Sultana, si bien aparentando, á los ojos del desairado amante, bajar la cerviz al incontrastable destino. Y él, maldiciendo su estrella y rebosando amargura, se lanzó con sombrío furor á los azares de la guerra, buscando en ellos el fin de su tormento.

Sélima se persuadió muy pronto de lo quimérico de sus aspiraciones. El enervado Hixem se contentó con aplaudir y galardonar sus talentos; pero no eran esas relaciones, puramente estéticas, las que podian hacer una sultana de una odalisca. Ella, sin embargo, no mostró desazon ó pesar, y sacando el mejor partido, parecia satisfecha y hasta feliz con ser uno de los mayores ornamentos de aquella frívola córte. Su voz dulce y argentina subyugaba el corazon, y ella misma componia la música y la letra de sus sentidas canciones. Bajo un rostro apacible y sereno escondia un alma apasionada, y sus maliciosas compañeras le habian puesto por mote *Agua mansa*, queriendo significar de ese modo lo falaz de aquel dulce sosiego. Desde algun tiempo, algo de misterioso y extraño debia preocuparla, pues no paraba mientes en lo que pasaba á su alrededor, y andaba siempre como soñadora y embelesada.

Esotra de lánguido mirar y tez morena, que se sujeta al cabello el leve almaizar con un grueso zafiro y ostenta

sobre el pecho varios hilos de perlas orientales, es Zoraya, encantadora hija del Mogreb, sin rival para entonar los aires africanos, tocar el tamboril y rasguear la guitarra.

En tanto que esas divinas mujeres se prendian y aderezaban con rutilantes joyas y vistosas telas, otras, no ménos bellas y famosas, que sería prolijo ir citando particularmente, estaban ocupadas en teñirse los párpados con el *koheul* (1), que da á los ojos el luminoso brillo del manantial en medio de las arenas, ó entregaban sus pulcras manos á hábiles siervas, para que les frotasen las delicadas uñas con el *henneh* (2), que encierra en sí las tintas de la aurora, ó se entretenían en mascar la preciosa ramilla del *souak* (3), que blanquea los dientes, aviva el carmin de los labios y perfuma el aliento.

No bien hubieron las odaliscas acabado de ataviarse, acudieron á la espaciosa galería de que ántes hicimos mencion, y que, como dijimos, daba á los jardines del palacio. Al verlas con sus nítidas gasas y deslumbrantes arreos vagar entre los jarrones de vivos esmaltes, en que lucían pomposas plantas y lozanas flores, y entre exóticas aves, que revoloteaban en doradas jaulas ú ostentaban el fúlgido plumaje en elegantes perchas, cualquiera las hubiera tomado por las verdaderas huríes del Paraíso.

Hixem, no de muy buen talante aquel día, se pre-

(1) Preparacion que tiene por base el sulfuro de antimonio.

(2) Arbusto cuyas hojas secas y pulverizadas, puestas á cocer, producen un hermoso color anaranjado.

(3) Planta aromática.

sentó más tarde que de costumbre, y al verlo, todas, cruzando los brazos sobre el pecho é inclinándose profundamente, lo saludaron con gran acatamiento. Él respondió al saludo con una vaga sonrisa.

Era Hixem de mediana estatura, pálido rostro y complexion endeble; los ojos, de incierto mirar y apagado brillo; sus facciones, sin embargo, no carecian de nobleza, ni su porte de majestad. En la época á que nos referimos, algo más tendria de cinco lustros; pero nadie á la simple vista le hubiese dado más de cuatro, debido en parte al levisimo bozo, propio de la edad juvenil, que apenas le sombreaba los labios y la barba. Más que un hombre formado, hubiérasele creído un adolescente enfermizo.

Envolvía su cabeza un ligero turbante de seda verde, en el que brillaba la insignia imperial, una llavecita (1) de diamantes, que, á manera de broche, sujetaba un airon de cándidas plumas. La túnica que llevaba era blanca tambien, de finísimo vellon del Thibet, no muy larga, con mangas perdidas y abrochada á un lado con primorosos alamares y esféricos botoncillos de filigrana de oro; las calzas muy anchas, de la misma tela y color que el turbante, y cerradas por abajo cerca del tobillo; los pulidos borceguíes, de leonado tafilete. Ornábale el cuello un collar de gruesos jacintos; en los desnudos brazos ostentaba varios brazaletes de rubíes, y le pendia de la mano una pequeña sarta de cuentas de ámbar, á

(1) El blason de los califas españoles era una llave de plata en campo azul.

guisa de rosario, que iba pasando una tras otra maquinalmente entre los dedos.

Seguido Hixem de aquel cortejo femenino, descendió de la galería, por una escalinata de mármol, á una elegante plazoleta, separada del resto de los jardines por una arcada fantástica de ramas y flores. A uno y otro lado de aquel espacio, dos rumorosas fuentes, compuestas de varias tazas escalonadas, de donde caía el agua formando cristalinos fanales, daban frescor al ambiente, al par que un inmenso velario, con listas blancas y azules, suspendido á gran altura en pértigas de plata, mitigaba la luz y protegía aquel lugar de los ardores del sol en las horas de la siesta.

Al pié de la escalinata esperaban al Califa, sosteniendo un dorado palanquin, cuatro jóvenes abisinios vistosamente engalanados. Hixem se acomodó en él, y haciendo una ligera señal, los siervos partieron con suave y acompasado movimiento.

A los costados del palanquin marchaban las odaliscas, provistas de altos parasoles ó de redondos abanicos de plumas de pavo real, con los cuales guarecían ó aireaban la faz del Emir. Algunas de ellas caminaban delante con dorados canastillos, llenos de hojas de rosa, que iban esparciendo por el camino. Otras llevaban en las manos humeantes incensarios, en que ardían el almizcle y el áloe, y que agitaban en torno del Soberano. Detrás, á respetuosa distancia, seguían varios eunucos.

En ese orden y disposición salieron de la plazoleta por uno de los arcos de follaje, y entraron en una calle de sicomoros, cuyas ramas se entrelazaban.

Así anduvieron breve rato, vagando por lo más sombrío, hasta que al fin hicieron alto en un sitio muy ameno de lo más repuesto y solitario del jardín. Era un pequeño prado de verde césped, que frescos y plateados álamos protegían de los rayos del sol. En el fondo susurraba, entre musgosos peñascos, un limpio manantial, cuyas aguas, repartiéndose en dos acequias de floridos bordes, y ciñendo con sus brazos de cristal aquel delicioso paraje, iban á perderse á un gran estanque surcado por albos cisnes, que no léjos, entre unos arbustos se descubría. Aquél era el lugar escogido para los juegos aquella tarde, y todo, al llegar la comitiva, estaba ya oportunamente dispuesto. Sobre una gran alcatifa persiana tendida en la hierba se veían á un lado varios almohadones de seda carmesí, distinguiéndose el destinado á Hixem por su mayor suntuosidad y hallarse cobijado por un caprichoso dosel suspendido de las ramas de un árbol.

El Califa ocupó su asiento, cruzando las piernas á la usanza oriental, y en los demas se acomodaron sus compañeras, formando el más curioso y pintoresco divan que imaginarse puede. Cerca del almohadon de Hixem habia una mesita muy chata con preciosos embutidos, en la que uno de los eunucos colocó un cofrecito de brillante ataujía.

Dejando de recorrer un momento la sarta de cuentas de ámbar que tenía en la mano, el Emir abrió el cofrecito y sacó de él varias joyas.

— Hé aquí los premios que os destino. A vosotras os toca ahora disipar el tedio que me consume desde que tuve que abandonar á Zahra por esta triste residencia.

Haced, haced alarde, hoy más que nunca, de vuestras gracias y vuestros dones. El baile, el canto, la poesía, todas vuestras habilidades serán recompensadas, y como os dividís mi corazón os repartiré estas preseas.... Pero ¿y Aléxis? ¿cómo no ha llegado todavía?

— Es posible, señor, observó Sélima, ruborizándose levemente, que al venir de Zahra no le hayan dejado pasar, no conociéndole, las tropas que rodean, como en estrecho cerco, vuestra sacra morada.

— No puede ser: Wadha lo proveyó delante de mí de un salvo-conduto.

Al acabar la frase dió una palmada, y en seguida se presentó un esclavo, que hincó una rodilla delante de su señor.

— Ayub, le dijo el Emir, preven á los oficiales de guardia para que apénas llegue mi primer camarero, le hagan saber que lo aguardo con impaciencia. Despues sal del alcázar y recorre los puestos militares, por ver si en alguno se halla detenido Aléxis.

El esclavo se inclinó hasta el suelo, y marchó presuroso á cumplir la órden recibida.

Tras una breve pausa continuó Hixem:

— Sin Aléxis me fastidio en todas partes. ¡Pulsa con tanto primor la cítara, y declama con tanta expresion y gallardía las antiguas tradiciones de su tierra natal, que para mí tradujo en versos árabes!...

— Ciertamente, dijo Zaida con la vista baja y mirando de soslayo á Sélima, y sería un dolor que no llegase á tiempo de tomar parte en los juegos, cuando tanto se complace en él tu grandeza.

— Es verdad que le quiero bien. ¡Pobre Aléxis! Aunque no poseyera tan peregrinas dotes, siempre le tendría afecto. Su adhesión á mi persona, su fidelidad, y, sobre todo, la extraña semejanza de nuestros semblantes son circunstancias que por sí solas lo recomendarían á mi corazón. Si algún mal le acaeciera, creería que me había acaecido á mí mismo.

— Eso de la semejanza, dijo Zoraya, queriendo por lo lisonjera aventajarse á sus rivales, con perdón de tu grandeza, no es tanta como aseguran. Ni su continente ni su rostro tienen la excelsa majestad de los tuyos. No seré yo quien ose comparar á un hijo de nazarenos con el augusto sucesor del Profeta.

— Es nuestro parecido tan grande, repuso Hixem, que mi buena madre, de feliz memoria, sólo por ese motivo tomó bajo su protección á la suya, y á él lo puso á mi servicio desde muy joven. Si la faz es el espejo del alma, sus sentimientos deben ser iguales á los míos, aunque yo sea califa y él un pobre juglar. La predilección que le nuestro me la paga con viva gratitud. En cierta ocasión mi gloriosa madre lo envió á Constantinopla, su antigua patria, para que se perfeccionase en tañer la lira y aprendiese nuevos juegos con que animar mis ocios, y aunque allí encontró afectuosos deudos, que lo quisieron retener con agasajos y ofrecimientos, todo su afán fué volver cuanto antes á mi lado. Además, él y yo hemos nacido en el mismo día, á la misma hora, bajo el influjo de la misma estrella. Siendo igual nuestro horóscopo, un lazo invisible nos une, y al velar por su suerte, velo también por la mía.

Como todas las naturalezas débiles é indolentes, que ven con apática indiferencia los más graves sucesos y parecen insensibles á las vicisitudes de la fortuna, cuando ménos se piensa se agitan y exaltan por cualquier incidente baladí, que les hiere ciertas fibras, ó simplemente turba su comodidad ó altera sus hábitos, Hixem, contrariado por la ausencia de su juglar, saliendo de su calma ordinaria, profirió las anteriores frases con desproporcionada vehemencia. Pero su imaginacion, versátil como la de un niño, pronto cambió de giro, y dió orden de que empezasen los juegos.

Cada una de las odaliscas cogió un instrumento; quién la vihuela; quién el tamboril ó la dulzaina; las más se armaron de crótalos, y Zaida, con una faja de gasa en las manos, se lanzó en medio de la alfombra, y á compas de una música llena de caprichosas mudanzas, ya grave y melancólica, ya loca y arrebatada, desplegó á la vista de Hixem y de sus compañeras todas las gracias y hechizos de su admirable persona. La expresion de sus ojos, la sonrisa, el airoso cuello, el balanceo de los brazos, la flexibilidad del talle, la agilidad de sus breves piés, todo era en ella voluptuoso, fascinador, y al mismo tiempo, armonioso y perfecto. A veces, puesta una rodilla en tierra, echaba la cabeza atras y parecia que se iba á caer desmayada en el paroxismo del deleite. Otras, dando rápidas vueltas y ligeros pasos, creyérase que un vértigo la poseia. Ya se retorcia como una culebra, ya saltaba como una gacela, y al revolverse con sus vistosas galas, flotando sobre su cabeza el chal con que jugaban sus manos, hubiérase dicho una espléndida ma-

riposa de vivos y variados matices revolando sobre las flores.

Unánimemente fué declarada reina del baile, y ninguna se atrevió á disputarle el premio que Hixem le ofreció, consistente en unas arracadas de brillantes y zafiros.

Sélima cantó despues al són de su laud, con gran pureza y sentimiento, una *cassida* (1), compuesta por ella misma.—¿Quién ha de querer competir contigo, le dijo Hixem al recompensarla, si hasta las alondras y ruiseñores cuando escuchan tu voz suspenden sus gorjeos?

Aunque en género muy distinto, tambien Zoraya cantó á su vez, logrando hechizar el concurso. No poseia, ciertamente, el arte exquisito de su compañera; pero con expresion y gracia suma entonó los originales y melancólicos aires del Mogreb (algo como la *soledad*, las *playas* ó la *caña*, reminiscencias, sin duda, de la música de nuestros invasores), acompañándose de la guitarra con singular donaire.

No bien espiraban las últimas notas en su garganta y cesaba de vibrar el sonoro instrumento, cuando Aléxis se presentó, seguido de Ayub, con su cítara en la mano.

Cuanto Hixem habia dicho de la semejanza que el jóven griego tenía con él, era exacto. Fuera del exterior humilde de Aléxis, ser sus ojos más despiertos é inteligentes, y algo más robusto su cuerpo; facciones, color, contextura, todo aparecia en ellos idéntico. Eran como

(1) Especie de cancion elegiaca, muy en uso entre los árabes.

dos figuras vaciadas en el mismo molde; y á no verlos con tan diverso atavío, uno representando el papel de califa y otro el de juglar, cualquiera los habria tomado por hermanos, y por hermanos mellizos.

Aléxis parecia algo agitado y más pálido que de costumbre. Humillándose tres veces, se acercó respetuosamente al Emir, é hincando una rodilla,

— Gran señor, le dijo, aquí está tu siervo para lo que te dignes ordenarle.

— Loado sea Dios. Él solo puede apartar el mal de nuestra frente y librarnos de la perversidad de los hombres. ¿Cómo no has venido ántes á disipar con la luz de tu ingenio las sombras de mi apenado espíritu? Me llaman emir de los fieles, y los más altos del imperio, los que colmé de favores, y entre ellos quien lleva mi propia sangre, en vez de prestarme sumision y obediencia, promueven bandos contra mi autoridad, traen la discordia hasta dentro de la misma Córdoba, y me obligan á encerrarme, más como cautivo que como rey, en este triste palacio. Pero Abderahman, mi fiel Abderahman, el hijo del insigne Almanzor, no tardará en volverme la libertad, y la paz y la dicha al califato.

No se crea por estas palabras que Hixem se inquieta-se sériamente con los sucesos, ni que, en el fondo, le importára el triunfo de uno ú otro de los contendientes. Esas amargas quejas, como las ya ántes proferidas, más que otra cosa eran la egoista expresion de sus fútiles disgustos personales, un desahogo de su corazon, sacudido por la inopinada presencia de su histrión favorito; la cual, por virtud parecida á la que encerraba la lanza

de Aquiles, presto le devolvió, si no la alegría, que alegre no era Hixem, al ménos su habitual sosiego.

—Y bien, continuó el Emir, haciendo seña á Aléxis de que se levantára, ¿cómo has llegado tan tarde, cuando ayer te previne que estuvieses aquí temprano? ¿Acaso las tropas de mi buen deudo Mohamed te han detenido ó hecho algun mal?

La turbada faz de Aléxis harto demostraba que su arribo á palacio no habia estado exento de dificultades y aún de peligros; pero el griego era demasiado ladino para lamentarse por ello delante de Hixem, ni aventurar la menor censura sobre ninguno de los dos bandos rivales. Su insignificancia personal, su humilde condicion y absoluto desinterés en las intrigas y luchas de las opuestas parcialidades eran justamente la causa de que nadie reparase en él, ni lo disturbára en su oscuro favor con el Califa. Alexis comprendió que su mision se limitaba á divertir á su señor, y que, cualquiera que fuese el hagib, le dejaria de buen grado gozar de la predileccion de Hixem, siempre que contribuyese á tenerlo apartado de los negocios del gobierno. Así que á las preguntas del Emir contestó con afectada sencillez:

—Ningun mal me han hecho. Las tropas no me conocian, y tomándome por un espía de los enemigos, me detuvieron algun tiempo; mas cuando se convencieron de que yo era sólo un humilde siervo de tu grandeza, me dejaron pasar sin otro inconveniente.

—Si todo se redujo á la incomodidad de la detencion, loado sea Dios; el daño no fué grande, y nada hay perdido, pues llegas á tiempo todavía de recitarnos, al són

de la lira, uno de esos cantos helénicos que tanto me deleitan: los riesgos y aventuras de Ulises al volver á su patria, y si no, cualquiera de aquellas patéticas escenas del incendio de Troya.

— La lira, señor, me la han roto, dijo mostrándola. Al entrar en la ciudad, y hallándome entre dos avanzadas, una flecha perdida dió en ella y rompió las cuerdas, aunque sin hacerme á mí ningun mal.

— ¡Dios es grande! exclamó Hixem alzando melancólicamente los ojos.

Sélima se puso pálida como la cera, y empezó á agitar el abanico para ocultar su emocion.

— Pero, aunque la lira esté rota, añadió Aléxis, si tu grandeza lo consiente, contaré la ruina de la ciudad de Príamo acompañándome de un laud.

En esto llegó la hora del refresco, y varios esclavos se presentaron con ricos azafates cargados de frutas, bizcochos, tacillas de arrope y miel, gustosos alfajores y deliciosas bebidas. Uno de los siervos trajo además una salvilla de oro con pequeños cálices, llenos de fragante y suavísimo néctar preparado con deleitoso *haschisch* (1).

Hixem tomó uno de ellos sin parar la atencion en las otras chucherías, y luégo fueron servidas sus mujeres, y tambien Aléxis, el cual se guardó de probar siquiera el falaz licor.

Terminado el refresco, Sélima alargó su laud al hábil

(1) Palabra que, en árabe, significa hierba seca, y se aplica á una composicion del jugo del cáñamo hervido y otras sustancias excitantes y narcóticas, con la cual se hacen pastillas y una bebida que producen efectos análogos á los del opio.

griego, y éste, sentándose en un escabel delante de su señor, empezó á describir con musical entono é inflexiones muy expresivas, hiriendo apénas las cuerdas del instrumento, el arribo de Ulíses y sus compañeros á la isla de la encantadora Circe, y la singular belleza de la maga.

Pero el *haschisch* iba ejerciendo su narcótico influjo, y el martilleo de los versos y los acompasados sonos del laud completaron el efecto del mágico néctar. Hixem comenzó á entornar los ojos, y entreabriéndosele la boca con vaga sonrisa, que dejaba ver sus blancos y menudos dientes, asió la mano de Zoraya, que estaba á su derecha, é inclinándose poco á poco, acabó por posar la cabeza en el hombro de la hermosa, quedándose dulcemente traspuesto, miéntras ella le echaba aire en el rostro con su abanico de plumas.

Aléxis cesó de cantar, devolvió á Sélima su laud, y todos quedaron en silencio para no turbar el beato sopor del Califa, que, segun la placentera expresion de su semblante, debia en aquellos momentos vagar por el séptimo cielo entre las vírgenes de Mahoma.

Mas á poco de hallarse en aquel estado, siniestro rumor, parecido al retumbar lejano de amenazadora tempestad, vino repentinamente á interrumpir el sosiego de aquel ameno retiro. Las odaliscas permanecieron mudas, pero cambiaron entre sí miradas de sobresalto. El rumor fué creciendo gradualmente y haciéndose cada vez más distinto, hasta convertirse en espantoso estruendo, en que se percibian, si bien todo mezclado y confuso, los ecos de añafles y atambores, el estrépito de la caballería, el

choque de las armas y los salvajes lelles de los berberiscos. Al mismo tiempo una nube de polvo, elevándose en la atmósfera, se fué extendiendo como un sudario sobre los jardines. No cabia duda: las tropas de Abderahman y las de Mohamed habian venido á las manos, y en la misma plaza del palacio estaban riñendo una sangrienta, descomunal batalla.

Las aves habian tambien enmudecido, y se escondian amedrentadas en lo más espeso de los árboles. Sólo el manantial continuaba su flébil murmurio, como si llorase entre las peñas.

En la alterada faz de las odaliscas se traslucia la más viva ansiedad. Aléxis, inmóvil, con la lira rota á un lado, juntas las manos y la vista fija en el suelo, parecia la estatua de un monumento sepulcral. Y en medio del azorado grupo, Hixem, con la gozosa embriaguez del *haschisch*, dormitaba sonriente y descuidado sobre el blando cuello de su favorita, como si no hubiese para él motivo alguno de temor ó alarma, y la paz y la alegría reinasen en torno de su palacio.

De súbito se oyeron pasos precipitados; apareció Wadha, y acercándose con ademan resuelto al Soberano, le gritó:

—¡Señor, señor!

Hixem abrió los ojos, mirando en derredor de sí con aquel aire extraño de incerteza y estupor del que sale bruscamente de un sueño.

—Perdona, continuó Wadha, que venga á turbar tu reposo. Mi primer deber es velar por tu sagrada persona.

—Pero..... ¿de qué se trata? ¿Qué ruido es ése? ¿De

dónde viene este polvo y este humo que me ciega?

— Se trata, señor, de que en este momento parte de la ciudad es presa de las llamas; de que en tu propia capital, á las puertas mismas de tu alcázar, Mohamed y Abderahman están luchando en horrible combate. Hasta ahora la balanza está suspensa en las manos del destino, como si ninguno de ellos mereciese que á su favor se inclinára; pero el desenlace no puede tardar, y en la incertidumbre del éxito, lo mejor de todo es evitar el peligro y ponerse al abrigo de cualquier intento criminal.

— ¿Qué riesgo puedo correr?

— Si Mahomed triunfa, ninguno al parecer; mas si es vencido... piensa que estás en sus manos. Sus árabes te cercan, y al tener que emprender la retirada, te llevará, sin que le ataje respeto alguno, en medio de su hueste, haciendo inútil la victoria de su adversario; que allí donde se hallára el Califa, allí estará la cabeza del imperio.

— ¿Y qué hacer?

— Disfrazarte, y no bien se ponga el sol, salir conmigo de aquí. Yo te ocultaré en lugar seguro. Y con reconocer por hagib al que venza, podrás muy luégo volver tranquilamente á tu palacio.

— ¿Y si fuese descubierto al salir?

— Hay que afrontar ese peligro remoto para evitar otro cierto y seguro. Además, en ese caso toda la responsabilidad caerá sobre mí. Sé que expongo la cabeza, pero se trata de salvar el califato, y Dios me ayudará.

— ¿No podríamos evadirnos por algun portillo excusado donde no hubiese guardia?

— Los soldados de Mohamed cercan todo el edificio.

No hay salida que no esté tomada... ¡Ah! si existiera aún y pudiera yo averiguar... imposible...

— ¿Qué? acaba.

— Nada, señor; una idea sin aplicacion al caso presente: me asaltó el recuerdo de que en otro tiempo hubo una mina en estos jardines, que conducia... no sé adónde. Pero en dos años que vivo á tu lado, ni oí hablar de semejante cosa. Sin duda desapareció en las obras que tu padre Alahken llevó á cabo en esta mansion.

— Es verdad. No recuerdo si en los dias de mi buen padre ó despues; pero sí que siendo yo niño se destruyó esa mina.

— No, hay, pues, que pensar en ello. Despójate de esas galas; reviste el sayo de uno de tus siervos; envuélvete en un haik ordinario y confíate á mi lealtad.

Aléxis, en quien habian causado vivo afan las palabras de Wadha, vacilando un momento entre hablar ó callarse,

— Señor, prorumpió al fin, dirigiéndose á Hixem, si permites que tu humilde criado diga una palabra, acaso pueda pagarte hoy con ella los muchos beneficios que te debe.

— Habla, pues.

— Esa mina existe aún; mas ignoro, añadió volviéndose á Wadha, si está practicable. Habiendo frecuentado estos jardines en mi infancia, todo en ellos me es conocido.

Un rayo de luz iluminó la sombría faz de Wadha, que exclamó:

— Aléxis, si es verdad lo que afirmas y me ayudas á

salvar á nuestro señor, el galardón que recibas será mayor que cuanto puedas soñar.

— Nada ambiciono. Mi deber es servir á mi dueño. Si logro contribuir á su bien, ¿qué mayor recompensa?

— Ahorremos palabras : muéstrame la mina y veamos si está practicable.

Sin más dilación Aléxis condujo á Wadha á un extremo del jardín, donde el terreno se levantaba con pintorescas ondulaciones ; y atravesando un bosquecillo de acacias, se acercaron á un grupo de rocas cubiertas de hiedra. Formaban éstas, por un lado, una especie de nicho, á modo de garita, alto y estrecho, dentro del cual entraron los dos, uno tras otro, siendo asaz angosto el acceso. Aléxis alzó los ojos á un postiguillo de hierro muy enmohecido que habia á cierta altura, y que parecia cubrir, y cubria en concepto de los jardineros, un antiguo registro de aguas abandonado ; mas viendo que no podia llegar allí por más que se empinase, salió de la cavidad y tornó á poco trayendo un banquillo rústico. Subió en él y empezó á tantear la manera de abrir el ferrado portillo.

— Sin llave, dijo volviéndose á Wadha, ó siquiera algun hierro agudo, es inútil empeñarse en abrir esta arquilla, y ella encierra todo el secreto.

— ¿ Vale mi puñal ?

— Es posible.

Wadha se lo alargó, y Aléxis, introduciendo por el ojo de la llave la punta del arma, le dió media vuelta, y rechinando la cerradura, quedó abierta la puertecilla. Apareció entónces un reducido hueco con unos tubos de

hierro muy oxidados, y en ellos tres llaves de bronce verdoso, simétricamente colocadas; todo lo cual era muy á propósito para confirmar á cualquiera en la creencia de no ser aquello otra cosa que un antiguo registro de aguas inutilizado. Sin perder momento, Aléxis dió cierto número de vueltas en diverso sentido á cada una de las llaves, tornando á cerrar despues el nicho como estaba. En seguida, acompañado de Wadha, bajó un requeusto, y tomando una senda que lo circuía, llegaron en breve á una especie de ojiva abierta en lo más escarpado, por la cual ambos entraron en una gruta formada de peñascos húmedos y musgosos. Nada de particular se advertia en ella, y como era pequeña y sin rompimientos interiores, ni más abertura que la de la entrada, todo su espacio se abarcaba fácilmente con la vista. Por algunas grietas se notaban filtraciones, y en torno de las sinuosas paredes se veian viejos útiles de jardinería, que estaban allí como arrumbados. Aléxis consideró un momento la disposicion de las peñas, y cogiendo del suelo un roto almocafre, dió en una de ellas con el mango dos golpes secos, empujándola despues con el puño. A la presion, aunque algo premiosamente, la piedra giró sobre sí misma, dando lugar á una negra hendidura, por la cual cabria el cuerpo de un hombre, y de donde salió una bocanada de aire tibio y nauseabundo, como proveniente de un subterráneo. Wadha no pudo contener un grito de satisfaccion y de sorpresa, y agarrando del brazo á Aléxis y llevándolo á la puerta de la gruta, fijó con cierta malicia su penetrante mirada en los tímidos ojos del juglar y le dijo:

— Aléxis, tú conoces esa mina y sabes adónde conduce. Dímelo todo. Va en ello la salvacion del Califa y acaso mi cabeza. En cambio, cuenta con mi proteccion.

— Es verdad : sé dónde va á parar ese subterráneo; pero tampoco ignoro lo que cuesta saber ciertas cosas en un palacio.

— Confía en mí y nada receles. Si ha de serme de provecho tu revelacion, fuerza es que lo sepa todo.

— Va á parar á la *Torre de la Cautiva*.

— ¿Cómo?... y los que allí habitan...

— Allí no hay nadie más que el viejo Fayik, que vive del huerto y custodia las ruinas.

— ¿Y sabe el secreto?

— Nada sabía, y en realidad nada sabe aún, pues aunque hace poco tiempo, por haberse hendido la pared de un sótano, descubrió la boca de la mina, no dudó, y yo lo confirmé en su idea, de que aquello fuese un antiguo enterramiento; y supersticioso como es, se apresuró á tapar el boquete lo mejor que pudo, y dejó condenada la puerta del sótano, donde no ha vuelto á poner los piés.

Signióse una breve pausa, en que Wadha parecia reflexionar; mas Aléxis, como si temiese las conjeturas que el esclavo pudiera hacer en su mente, creyó oportuno entrar en ciertas explicaciones y continuó:

— No Alahken, Almanzor fué quien mandó cegar esa mina; pero el difunto ben Mosen, primer alarife de palacio, recibió secretamente una contra-órden de la Sultana, y fingiendo cumplir el mandato del hagib, sólo hizo desaparecer la antigua entrada, abriendo este oculto y misterioso ingreso...

— ¿Y tú cómo sabes?...

— Yo era niño entónces. Mi madre gozaba de la privanza de Sobeya, y miéntras la cóрте estaba en Zahra, yo pasaba la vida en estos jardines...

— Basta, interrumpió Wadha con impaciencia. Dejemos abierta la boca del subterráneo, y ántes que sea más tarde vamos á disponer la evasion.

Wadha y Aléxis se encaminaron de nuevo al sitio donde se hallaba Hixem. Pero al mismo tiempo que ellos, un tropel de caballeros árabes, con Mohamed al frente, se presentó al Califa.

— Hijo de Alahken y de Sobeya, dijo el caudillo rebelde con tono arrogante, príncipe de los creyentes, salud. Nieto como tú de Abderahman III, corrí á proteger la majestad del sόlio y defender los derechos de nuestro excelso linaje. Bendito Alá, vencidas fueron la perfidia y la traicion, y escarmentados los bárbaros africanos. La cabeza del audaz hagib, que osó apellidarse *Nasr el edin* (defensor de la ley), como nuestro ínclito abuelo, mi propio brazo la hizo rodar por el polvo. ¡Justo castigo del que en su loca ambicion aspiraba, sin derecho alguno, á sucederte en el califato! Los fieros berberíes que sostenian su causa, arrojados de la ciudad, huyen por esos campos á la desbandada. Ya eres libre, nada tienes que temer. Hijo de Alahken, acude al balcon de tu alcázar; las haces vencedoras te esperan formadas en la plaza para victorearte: vén á recibir sus entusiastas aclamaciones.

Y el débil inconstante Hixem, que pocas horas ántes habia manifestado tan vivo disgusto porque no llegaba

á tiempo de tomar parte en los juegos su histrión favorito, oía sin la menor emoción el trágico fin de su primer ministro, del hombre á quien había distinguido y honrado sobre todos los demás, hasta el punto de creerle digno del trono; y acompañado de Wadha y de Mohamed, ya de hecho su nuevo hagib, por la senda más corta se dirigió al edificio, con objeto de mostrarse al partido triunfante y recibir la preparada ovación.

El crepúsculo se desvanecía y empezaba á cerrar la noche cuando el Califa y sus dos acompañantes aparecieron, entre antorchas encendidas, en el gran balcón del alcázar. El espectáculo que se ofreció á su vista no podía ser más fantástico y grandioso, ni más lúgubre y aterrador. La caballería árabe, en apretadas filas, formaba cuadro en la extensa plaza, y en medio, entre un montón de cadáveres, veíase sobre una pica, fija al extremo de un poste para darle mayor elevación, la livida cabeza, goteando todavía, del desgraciado Abderahman; y toda aquella escena iluminada por los resplandores del incendio que en una de las calles contiguas devoraba el rico palacio de la familia de Almanzor, de aquel grande hombre que tanta gloria dió al imperio andaluz, y ante el cual los más díscolos enmudecían, los más soberbios se humillaban.

Hixem contempló impasible, no diríamos con íntimo gozo, aquel cuadro terrible y conmovedor. ¡Quién sabe si en aquel momento él, que tanto se complacía con los cantos de los rapsodas, que le recitaba con arte sumo su favorito Aléxis, no se figuraba estar presenciando los patéticos horrores de la última noche de Ilion! ¡Quién sabe

si no sentia algo parecido á lo que debió sentir el hijo de Agripina cuando, poseido de artístico furor, contemplaba desde una altura abrasarse Roma en las llamas que su propia mano habia encendido!

Al mostrarse el Califa, las tropas le presentaron las armas y prorumpieron en calurosos vivas, en que, al par del suyo, era aclamado el nombre de Mohamed.

Hixem oyó indiferente los vítores de los que se llamaban sus libertadores; y contento de que la crisis de un modo ó de otro se hubiera resuelto, nombró su hagib á Mohamed, revistiéndole de las más amplias facultades; aceptó sin contradiccion cuantas medidas le propuso, le entregó los sellos califales, y volvió á sepultarse en el interior de su palacio.

II.

Pasaron varios dias desde los sucesos referidos, y Aléxis, acostumbrado á que su señor lo asociára á sus juegos y placeres, veia con amarga extrañeza la especie de olvido en que, al parecer, lo tenía, pues no habia vuelto á llamarle al alcázar.

Aunque Aléxis era un servidor asalariado, no pertenecia á la servidumbre que podriamos llamar interna de la casa del Emir, ni, dadas las costumbres árabes, un extranjero, y ménos de sus circunstancias, podia residir en ella. Pero como Hixem manifestaba gran predileccion por el ingenioso juglar, cuyas dotes eran su encanto y cuya inventiva hallaba siempre recursos para ahuyentarle el tedio, no queria que estuviese demasiado lejos de su persona, y lo tenía en Zahra, su residencia habitual, donde Aléxis vivia con su madre Justina en una casita que á ella le habia donado, en recompensa de sus servicios, la sultana Sobeya.

Era Justina mujer como de cincuenta y cuatro años y viuda de un mercader griego. Hacía más de cinco lustros que su marido vino en su compañía á la capital andaluza con un surtido de ricas telas y objetos preciosos;

pero habiendo realizado ventajosamente sus géneros, ansioso de mayor lucro, dejó en Córdoba á Justina y á su hijo, de cortísima edad entónces, y se embarcó para Esmirna con objeto de traer de allí nuevas mercancías. Aunque el viaje empezó feliz, una furiosa borrasca que á los pocos dias sobrevino, sepultó la nave en el fondo del mar, y con ella al pobre mercader y cuanto llevaba, que era toda su hacienda.

Cuando Justina supo su terrible desgracia, estuvo á pique de volverse loca; pero en el amor de madre halló fuerza y energía para luchar con la adversidad.

Era la jóven viuda muy habilidosa en labores de su sexo; cantaba y tocaba la cítara, y poseia ademas varios secretos para defender de la injuria de los años el esplendor de la belleza. Con tales prendas y cualidades no le fué difícil obtener el favor de la poderosa Sobeya, que la tomó á su servicio, y hasta el fin de su vida la conservó á su lado, dispensando tambien su valiosa proteccion al hijo de la griega.

Pero desde la muerte de la Sultana, siendo ya otras muy distintas las circunstancias de aquella córte, no abrigó Justina más que un deseo: volver á Constantino-pla, donde habia nacido. Como buena griega no dejaba de ser perspicaz, y no se le ocultaban los gérmenes de discordia que encerraba la metrópoli andaluza, ni los peligros que amenazaban al débil Hixem, condenado á ser juguete de revoltosos caudillos. Ocurríale, por otra parte, que aquélla no era su patria, que allí estaba postergada su religion, habiéndose visto ella misma en la triste necesidad de esconder su fe y áun de fingirse musul-

mana; culpa de que, un día y otro, compungida y llorosa, pedia á Dios que la perdonase, y por la cual habia ofrecido una funcion de desagravio en el templo de Santa Sofia. ¿Qué tenía ya que esperar en Córdoba? Era libre, y con lo que honradamente habia acumulado cerca de su protectora podian vivir ella y su hijo tranquilos y felices á orillas del Bósforo.

Desgraciadamente Aléxis no veia las cosas bajo el mismo aspecto; y aunque sin rechazar los proyectos de su madre, tal vez aprobándolos en su fuero interno siempre que se trataba de realizarlos, él opinaba que debian aplazarse para momento más oportuno.

Pero ese momento, despues de los terribles sucesos que acababa de presenciar la capital, habia llegado ya en concepto de Justina, ó no llegaria nunca. Ademas, ¿qué mejor ocasion de partir que aquella en que Aléxis parecia olvidado en palacio? Ni ¿qué mayores motivos para decidirse, que verle en tan gran desasosiego por ese olvido... con otros síntomas que tampoco se le habian escapado á la viuda, y en su desvelo maternal la tenian profundamente alarmada?

Creciendo su ansiedad, se resolvió al fin á salir de aquel estado y á tentar con su hijo un esfuerzo supremo para determinarle á abandonar los dominios de Hixem. En tal disposicion de ánimo, y muy poseida de su intento, se fué una mañana al jardin pensando que Aléxis estaria allí cultivando las plantas, su ocupacion favorita y á que solia entregarse á aquellas horas. No lo halló, sin embargo; y preguntando por él á Kinza, vieja africana que la servía, supo que habia salido muy temprano.

y que no habia vuelto aún. Justina se resignó á esperar.

Trascurrieron algunas horas : la de comer se acercaba, y Aléxis no parecia. Su madre empezaba á manifestar cierta inquietud, cuando llamaron á la puerta, y Kinza corrió á abrir, creyendo que sería él; mas á poco tornó sola, mostrando un rollito de vitela, que un desconocido le habia dado para Aléxis, con una moneda de plata para ella y muchas recomendaciones de que no se le olvidase entregarlo.

Justina cogió el rollito de pergamino y lo examinó con curiosidad, revolviéndolo entre los dedos. Como venía sin sello y solamente atado con un cordoncillo de seda verde, no pudo resistir á la tentacion de saber el contenido, y desatando el lazo, desarrolló la pulcra y olorosa vitela; pero en ella nada se veía, apareciendo por dentro, como por fuera, de inmaculada blancura.

Era Justina mujer de entendimiento cultivado, y habia vivido demasiados años al servicio de la sultana Sobeya para no comprender que allí habia algo escrito, acaso la clave de la repugnancia de su hijo á dejar á Córdoba. Y aunque sin seguridad en el éxito, fué al hogar, y con ciertas precauciones acercó á la brasa el misterioso pergamino. No salió vana la prueba, pues apenas se calentó la piel se manifestaron estas palabras: «Mañana una hora ántes de la luna. Dos golpes.» Imposible dudar de que no fuese aquello una cita, y cita de mujer, lo cual, si era á propósito para aumentar su zozobra, no daba mucha luz á Justina. Ciertamente veía confirmadas sus sospechas de que su hijo andaba en arcanos de amores; pero ¿quién era ella? Hé ahí el enigma que no

lograba descifrar, si bien lo que ya sabía le bastaba para vivir en perpétuo desasosiego y no tener más afán que alejarse de aquella tierra, donde sólo presentia desventuras y lágrimas.

Enterada de la misiva, volvió á enrollarla y á atarla con prolijo esmero, dejándola luégo sobre un velador, con tal oportunidad, que casi al mismo tiempo se presentaba Aléxis.

— ¡ Gracias á Dios y á la Virgen ! exclamó Justina, yéndose á él y dándole un beso con maternal ternura. Desde que han venido estos aciagos dias, siempre que sales me quedo impaciente. No respiro hasta que vuelves á entrar.

— Vana aprension, madre mia. En nuestra oscura condicion, sin aspirar á nada y ajenos á la pugna de los diversos bandos, ¿ qué podemos nosotros temer ?

— Ciertamente valemos muy poco, pero lazos de gratitud nos ligan á Hixem II, y los beneficios recibidos suelen imputarse como un crimen cuando se hunde el poder que los dispensó.

— Ninguno más reconocido que yo al desgraciado Califa, ni que más deplora su infausta suerte ; pero, cualquier cosa que le suceda, ¿ quién ha de pensar en nosotros ? Tú vives en este modesto albergue enteramente ignorada, y á mí, fuera de los servidores íntimos de palacio, nadie me conoce. Y para ellos mismos no soy más que un pobre juglar, á quien se paga para que distraiga un rato los ocios de un rey imbécil. Y no lo es por cierto, aunque sí débil é indolente, y sobre todo demasiado bueno..... ¡ Pobre Hixem ! Ya me figuraba yo que al-

go extraordinario acontecia, cuando no me mandaba á llamar.

— ¿Qué ocurre?

— Es verdad que no te lo he dicho todavía. El desventurado Hixem está enfermo, y enfermo de gravedad: así lo han hoy anunciado al pueblo desde los mimbares, y en la aljama se han celebrado solemnes rogativas.

— ¡Pobre niño! exclamó sollozando Justina, que conocia al Emir desde su infancia, de la cual, á sus ojos, no habia nunca salido.

— ¡Pobre bienhechor nuestro! dijo á su vez Aléxis. Y lo peor es.....

— ¿Qué? preguntó con curiosidad Justina, viendo que no acababa la frase.

— Lo peor..... repitió Aléxis bajando la voz con aire misterioso, que tal vez no sea natural su dolencia. Abderahman se contentó con hacerse declarar *walí alhadí*. Acaso Mohamed, ménos escrupuloso ó más impaciente que su antecesor, quiera desde luégo llamarse califa.

— Hijo, repuso Justina muy asustada y mirando en derredor, borra esa idea de tu mente, y, por los clavos de Cristo, no repitas á nadie esas palabras. Que Dios acorte ó alargue la vida de Hixem, mi resolucion está tomada. Sin más dilaciones es forzoso partir. Todo lo tengo ya arreglado con el hebreo Nataniel. Nuestro pequeño tesoro lo llevarémos nosotros mismos. De Málaga zarpará ántes de un mes una nave para Oriente, y en ella podrémos irnos. Lo único que dejamos aquí es esta casita; pero Nataniel, cuyo afecto y probidad conoce-

mos, nos adelantará sobre ella parte de su valor, y el resto, cuando la venda, que no le será difícil, él hallará medio de ponerlo en nuestro poder.

—No te precipites, madre mia. Antes de llevar á cabo esa determinacion, veamos siquiera si sana ó fallece el Califa.

—Bien sabes que no parto de ligero. Desde la muerte de la Sultana formé este designio, y sólo por complacerte no lo he realizado hasta ahora. Dilatarlo más, imposible. Será manía, supersticion, llámale como te plazca; pero una voz interna me dice que en Córdoba está nuestra ruina, y me hallo resuelta á salir de aquí para Málaga antes de ocho dias. ¡Ah! Si no quieres que tu anciana madre se muera de pesar, no me detengas más, por Dios, en esta tierra de desventuras.

Y Justina se puso á llorar, y el hijo tambien, sin contestar palabra. La vieja Kinza vino oportunamente á interrumpir este duo de lágrimas, diciendo á sus amos con cierto dejo de reconvencion que no era suya la culpa si el arroz se iba convirtiendo en engrudo, y en carbon la pierna de cabrito á fuerza de retostarse en el hogar, pues hacía más de media hora que debia haberse servido la comida.

La madre y el hijo comprendieron lo justo y razonable de la admonicion de la criada, y dirigiéndose todos al comedor, que era la pieza inmediata, Kinza cogió al paso el rollito de vitela del velador en que yacia, y se lo entregó á Aléxis con la oportuna explicacion. Justina se adelantó entre tanto, haciéndose la desentendida, y Aléxis, guardándose el billete sin abrirlo, y disimulan-

do la emocion que el recibirlo le causára, entró en el comedor un momento despues que su madre.

No hay que decir si la comida fué triste y silenciosa. Apénas terminada, ambos salieron al jardín, y Justina se puso á regar unos búcaros de flores. Aprovechándose entónces Aléxis de la libertad en que la ocupacion de su madre le dejaba, voló á la cocina, echó en un braserillo unas áscuas, y se fué á encerrar en su cuarto, donde, exponiéndolo al fuego, pudo leer lo que el pergamino contenia. Sus lánguidos ojos se animaron con súbita luz, y todas las nubes que en los dias anteriores se habian amontonado sobre su frente, con aquellas cuatro palabras, como por encanto, se desvanecieron.

Pasada la primera impresion, volvió á leer el billete, y se quedó suspenso y meditabundo. Parecíale extraño que su madre nada le hubiese dicho sobre la misiva, que seguramente habia visto ántes que él, y pensó si tal vez la habria leído, explicándose así el temor y zozobra que manifestaba, y sus pavorosas frases, y el afan por alejarse de España. Aunque el ser invisible la tinta á ménos de expuesta á la accion de la lumbré, y la ignorancia del secreto en que suponía á los demas, debilitaban bastante en su ánimo aquellas sospechas. Como no hay, por otra parte, nada más egoísta y exclusivo que el corazon de un amante, pronto se olvidó de los fatídicos augurios y sombrías aprensiones de su afligida madre, y la idea de la dicha que le aguardaba lo absorbió completamente, no dejando lugar en su imaginacion á ningun otro pensamiento.

Puesto el sol, Justina y su hijo se juntaron cerca de

una mesa, al lado de una ventana que daba al jardín, y tenían abierta para gozar del fresco de la noche y aspirar los aromas, de que se cargaban las auras al pasar por los deliciosos pensiles del mágico alcázar, ántes tan alegre y animado, y tan solitario y silencioso ahora con la ausencia de su señor.

Justina, aunque en tono más sosegado, volvió á su tema del viaje anterior, y empezó á ponderar las magnificencias de la ciudad de Constantino y lo mucho que aventajaba Santa Sofia á la aljama cordobesa, y lo incomparablemente superiores que eran las orillas del Bósforo á las del Guadalquivir.

Ya entrada la noche, Justina se dirigió á una alacena disimulada en la pared, y abriéndola, apareció un altarito, encima del cual se ostentaba, entre dos velas, una tablita bizantina, representando á la Santísima Virgen, revestida de un ámplio extendido manto, y con el Niño Dios saliéndole del costado izquierdo. Sobre la ennegrecida pintura relucían, ornando las sagradas cabezas, sendas coronas de plata sobrepuestas, y del propio metal, con primorosos realces, era el marco que ceñía el cuadro. Justina encendió las dos velas, y madre é hijo se postraron ante la venerada imágen, como todas las noches tenían costumbre de hacerlo, ántes de recogerse.

¡Cuán diversa, no obstante, era la expresion de cada uno de ellos! Justina rezaba con vehemente fervor y los ojos llenos de lágrimas, como quien halla en la oracion consuelo y desahogo; él movia maquinalmente los labios con aire soñador y distraído. Ciertamente pronun-

ciaba las santas palabras del *pater* y del *ave*, pero sin aquel movimiento del ánimo que levanta el corazón y vivifica la plegaria. Aquellos sagrados conceptos eran en su boca ecos sin alma y sin sentido. Aunque de hinojos ante la devota imagen, su profano pensamiento estaba mucho más con las voluptuosas huríes de Mahoma que con la pura, inmaculada Reina de los ángeles.

Terminado el rezo, la madre y el hijo se abrazaron cariñosamente, y cada cual — ella profundamente triste — se retiró á su aposento.

Ni Justina ni Aléxis pudieron fácilmente conciliar el sueño aquella noche. Ella, exagerándose los peligros á que su hijo se exponía, é invocando la ayuda de Dios para conseguir al fin arrancarlo de Córdoba; y él, que, si enamorado de Sélima, como ya habrá colegido el lector, amaba tiernamente á su madre, combatido por opuestos sentimientos, luchando en su alma la pasión y el deber. — «Si mi madre, decía para sí en su agitado insomnio, hubiese leído la carta y supiera el secreto de estos amores, ¡cuán grande sería su ansiedad! ¡Pobre madre, lo que te hago sufrir!... Sin embargo, ¿cómo no acudir á la cita?... ¡Ah! si Hixem muriese... Pero entonces ella sería libre, y si de véras me ama... ¡Qué locura! Acostumbrada á tantos esplendores, encanto del harem imperial, ¿había de unir su suerte á la de un mísero histrión? Ella, que vería á sus pies los más brillantes guerreros, los más fastuosos emires, ¿cómo había de contentarse con el oscuro porvenir que puedo ofrecerle?... Luégo, el sacrificio de su fe religiosa... Tienes razón, madre mía; es forzoso partir, y aún á costa de mi

dicha te seguiré á Constantinopla, cumpliendo mis deberes de cristiano y de hijo...»

El cansancio y la laxitud lo rindieron, al fin, en brazos del sueño, y libre ya su fantasía de las trabas de la razón ó los avisos de la conciencia, se entretuvo en forjar el resto de la noche las más dulces y risueñas quimeras de amor y felicidad.

Al día siguiente le dijo á su madre que iba á Córdoba á informarse de la salud del Califa, y que no regresaría hasta el anochecer, pensando pasar la tarde en la *Torre de la Cautiva*, en compañía del viejo Fayik, pues hacía una semana que les había enviado los mejores higos de su huerta, y ni las gracias le habían dado todavía. Por lo cual, y para corresponder al obsequio, no estaría de más llevarle alguna chuchería y una ampolla de vino añejo, que seguramente, aunque musulman, no lo desdeñaría.

Estas prevenciones de Aléxis desorientaron un tanto á su madre, pues sabiendo que tenía una cita nocturna en Córdoba, le chocaba que eligiese aquel día para obsequiar á su amigo, y más aún que se propusiera estar de vuelta en Zahra al anochecer. Con todo, como en lo del presente á Fayik no podía encontrar malicia, Justina complació á su hijo de muy buen grado, acondicionando en un cestito de palma unas sabrosas empanadas, obra de sus manos, y una pequeña corambre, que contendría como un azumbre de generoso néctar de la Sierra.

Cuando todo estuvo preparado, Aléxis, colgándose al brazo el precioso cesto y ocultándolo bajo el capellar, tomó el camino de la *Torre de la Cautiva*.

Designábase con tan poética denominacion un vetusto edificio que, aislado en el campo, no léjos de la Rusafa se descubria; mezquino en sí y de ninguna importancia, dábale, sin embargo, carácter y color una torre románico-arábica, medio arruinada, que se levantaba al uno de sus costados. En torno se extendia un huerto cultivado con bastante esmero, y toda la propiedad, que no era grande, se hallaba cercada con una tapia de ladrillo, que desportillada por unas partes y desconchada y grieteada por otras, al par que la injuria de los tiempos, mostraba el abandono de sus señores.

Estos no eran otros que los califas cordobeses, los cuales, teniendo tan á la mano los prodigios y magnificencias de Zahra, no iban á parar miéntes en aquella bicoca sin alicientes de ningun género, y situada, ademas, en un paraje que no pasaba por muy salubre. Su romántico nombre tomaba origen de haber sido aquella torre, segun tradicion, encierro de una cristiana cautiva de singular belleza, y de la cual estuvo enamorado uno de los abuelos de Hixem; aunque otros pretendian no haber sido aquello en lo antiguo más que un tranquilo apartamiento, donde Mohamed I habia establecido una escogida biblioteca, y se complacia en pasar sus ocios, ya dedicado á las letras, ya cultivando un ameno huerto que él mismo habia plantado.

Sea de ello lo que quiera, es el caso que aquella posesion, decaida de su antiguo brillo, si alguna vez lo tu-

vo, y relegada al olvido por sus dueños, solía destinarse, de tiempo inmemorial, á albergue y retiro de viejos servidores, á quienes se les concedía como conserjes del edificio y usufructuarios del huerto. En ese concepto, y por fallecimiento del que ántes la disfrutaba, se la dió el omnipotente Almanzor al viejo Fayik, antiguo criado suyo.

Era Fayik hombre como de setenta años, no muchos alcances, recio todavía y de carácter franco y bonachon. Y aún habria sido excelente musulman sin su amor excesivo al néctar de los cristianos; afición que se le pegaría tal vez de su amo y protector, quien, á pesar del precepto, se deleitaba á menudo con el licor de la vid; verdad que lo que perdía por un lado en las vías del Paraíso, lo ganaba por otro, extendiendo los dominios del Coran con la punta de su espada.

Fayik vivía solo con su sobrino, de nombre Azam, mozo de poco más de tres lustros, algo medroso y creyendo que la ruinosa torre era en las altas horas de la noche visitada por trasgos y vestiglos. Mas, aparte sus necias aprensiones, de buen natural, ágil, robusto, los piés y las manos del tío, así en los cuidados de la casa como en los trabajos de la huerta.

Trataba Aléxis desde la niñez al viejo Fayik, con el cual habia siempre mantenido buenas relaciones, y siendo el griego muy aficionado á horticultura, sobre la cual poseía ciertos conocimientos, le habia dado en ocasiones provechosos consejos, y aún ayudado materialmente en el cultivo de los frutales. Fayik le pagaba sus amistosos servicios con afecto casi paternal y enviándo-

le en la buena estacion un cesto de ricas ciruelas ó sabrosos higos, que era lo mejor que se criaba en su huerto.

Estas relaciones que entre ambos mediaban se habian resfriado algun tanto, escaseando Aléxis cada vez más sus visitas, cuando un dia, pasando por allí casualmente, se le ocurrió entrar á saludar á su amigo, al cual encontró muy preocupado con un extraño descubrimiento que habia hecho. Segun le refirió Fayik, habia bajado aquella mañana á un sótano de la casa con objeto de colgar en él alguna fruta, y al clavar una escarpia en la pared, se abrió de pronto una oscura y profunda grieta. Llevado de la curiosidad, ensanchó la hendidura y se halló con una verja de hierro, que parecia cerrar la entrada de otro sótano más profundo. La vista de aquella negra boca heló de terror á Azam, antojándosele que de ella salian lúgubres ecos y lamentables voces, y al mismo Fayik, aunque nada oyese, no dejó de atemorizarle. Así renunció á llevar adelante sus investigaciones, sacando de allí sus frutas y cerrando el sótano á piedra y lodo. Al escuchar el suceso, Aléxis sintió en su mente como la luz de una revelacion, y pidió á su amigo que le dejase ver aquella curiosidad. Bajaron ambos al sótano, y Aléxis, agrandando el boquete, descubrió por completo la verja, y vió que, en efecto, cerraba el ingreso de un subterráneo. Al tratar Aléxis de abrirla, para lo cual se hacía necesario forzar la cerradura, Fayik se opuso seriamente á que siguiera en su intento; pero Aléxis lo persuadió de la ventaja de registrar aquel antro misterioso, pues ¿quién sabía si no

se encontraba allí algun tesoro escondido? observacion que hizo mella en el ánimo de Fayik, que ya dejó á su amigo continuar la exploracion. Aléxis, no sin algun trabajo, consiguió abrir la verja, hallándose luégo con una galería abovedada, á la cual se bajaba por dos ó tres escalones, y que á los cortos pasos torcia á la derecha. Armado con una linterna que le proporcionó Fayik, á quien no se le iba de la cabeza lo del tesoro, descendió los peldaños, y á poco él y la luz desaparecieron enteramente.

Viendo que pasaba mucho tiempo sin que Aléxis tornára, Fayik se llenó de zozobra y acabó por llamar al sobrino, á quien no le quedó la menor duda de que los espíritus infernales se hubiesen apoderado de aquel infeliz. Ambos estaban muy perplejos, sin saber qué partido tomar, cuando Aléxis reapareció con la faz serena y les dijo que no se inquietasen, pues aquel subterráneo no era otra cosa que una antigua cripta; que tal vez estaban allí depositados los huesos de algun *marabout* (1), aconsejándoles, por lo tanto, que no profanasen aquel lugar, sino que tapasen la entrada con alguna puerta vieja del edificio y dejarasen condenado el sótano como si no existiera, recomendándoles sobre todo que, por conveniencia propia, no hablasen de aquello á nadie. Los consejos de Aléxis fueron seguidos al pié de la letra. Y aunque Fayik no volvió á ocuparse más en el asunto, Azam, hasta que se acostumbró á la idea del subterrá-

(1) Religioso, santo. Las tumbas de los marabouts son particularmente veneradas.

neo, pasó muchas noches en claro, oyendo extraños ruidos y pensando ver por todas partes espectros y apariciones.

Desde aquel momento fué más que nunca estrecha la amistad entre Aléxis y Fayik. El griego venía frecuentemente á la *Torre de la Cautiva* y auxiliaba mucho más que ántes á su amigo en las labores del huerto. Y aún en cierta ocasion en que Justina fué á pasar unos dias á un pueblecillo de las inmediaciones con la familia de Nataniel, el hebreo á quien ella tanto estimaba, Aléxis se quedó de huésped en el hogar de Fayik. En este pié de intimidad se hallaban las relaciones que entre ambos existian, cuando Aléxis llegó con su cesto al brazo á la *Torre*, donde fué recibido con la cordialidad acostumbrada.

— Mucho te agradezco el presente, le dijo Fayik; mas para que mi satisfaccion sea cumplida, espero que me ayudes á gozarlo, y que, ya que no pudo ser á comer, te vengas á cenar con nosotros.

— Lo haria de buena voluntad, respondió el astuto griego, que se esperaba el convite; pero mi madre estaria con cuidado si llegase el anochecer y no me viese entrar. Los alrededores de Córdoba, en los tiempos que corremos, no están muy seguros.

— Pues entónces quédate á dormir. No será la primera vez. Pobre soy, pero, á Dios gracias, no me falta un lecho para un amigo. ¡Azam! — gritó llamando al sobrino — apareja la borrica y vé por el aire á casa de Justina. Dile que su hijo se queda á cenar con nosotros, y que no lo aguarde hasta mañana.

— En ese caso, dijo Aléxis, estaré aquí á la caída de la tarde, y ahora me marchó á Córdoba, donde tengo que hacer.

— Pues yo me voy á la cocina á sazonar alguna vianda que acompañe las empanadas y que pida un trago de ese malhadado néctar de los cristianos, que es nuestra perdición.

Y sin más, los dos amigos se separaron.

A la puesta del sol volvió Aléxis. Fayik atrancó bien la puerta que daba al campo, soltó al perro en la huerta, y entró con su huésped en una sala del piso bajo, cerca de la cocina. Era aquélla de hermosas proporciones, y no obstante su desnudez y deterioro, en el poyete de alicatado que la rodeaba, en las tracerías de los muros, mal encubiertas con profanas manos de cal; en el estropeado pavimento y en el oscuro techo de casetones de alerce, bien se veía que en algun tiempo debió cobijar á personas de más fuste que sus actuales moradores. Ahora todo su mueblaje y ornamento consistían en una antigua mesa de roble, poco más de un codo levantada del suelo, y en torno de ella ruedas de esparto ó palma de diversos colores, y unos cuantos escabeles de nogal. Sobre la mesa, donde ardía un gran velon de cobre con dos mecheros, estaba preparada la modesta cena, y descollaba un gran jarro, al que habia sido trasegado, para mayor comodidad, todo el contenido de la corambre.

El alcuzcuz no dejaba qué desear, las empanadas estaban exquisitas, y el apetito y la cordialidad no podían ser mayores. Al principio la conversacion tomó un giro algo triste, tratándose de las calamidades de los tiem-

pos; pero el vino disipa las penas, y Aléxis llenaba á cada paso las tazas, que tío y sobrino se encargaban de vaciar en seguida. Así al fin de la cena al sobrino se le habian pasado por completo sus medrosas aprensiones, y en vez de duendes y aparecidos no veia más que soles y estrellas por todas partes, y al tío empezaba á trabársele la lengua, y los párpados se le cerraban con invencible pesadez. En ese estado se dieron las buenas noches, y Fayik y el sobrino, sosteniéndose mutuamente, se fueron al cuarto donde ambos dormian, y Aléxis á una pequeña estancia, donde ya otras veces habia pernoctado, y que él mismo habia elegido, á pesar de haberle llamado la atencion Azam sobre una ventana sin reja que daba justamente al patio interior, en que se hallaba el ingreso del pavoroso sótano. Ya en su aposento Aléxis, echó el cerrojo, y convencido de que sus huéspedes estarían como troncos, merced á los vapores del vino, encendió una pequeña linterna, pasó por la ventana al patio, abrió la puerta del sótano, se introdujo por ella, y volviéndola á cerrar, todo quedó sumido en la oscuridad y el silencio.

Miéntas el imprudente y enamorado griego se aventuraba en su nocturna expedicion, veamos lo que acontecia en los jardines del régio alcázar, donde algunos dias ántes hemos asistido á los juegos de Hixem.

El ala del edificio habitada por el Califa yacia en profundo sosiego; no se percibía más luz en ella que cierto

vago resplandor en los ajimeces de la estancia en que Hixem solia cenar con Zoraya, que era entónces su favorita.

En la otra ala del alcázar, donde estaban los aposentos de las odaliscas, reinaba igual quietud, y todo envuelto en negra oscuridad. Notábase, sin embargo, una especie de bulto blanquecino ó vaporoso fantasma que iba y venía con lentos pasos por la contigua galería abierta sobre los jardines, y de vez en cuando, al escaso claror de las estrellas, se veía relucir algo como la hoja de un alfanje. La medrosa vision era sencillamente uno de los eunucos de la guardia especial del harem, que cumplia con su consigna, velando fielmente por el inapreciable tesoro confiado á su custodia.

A poco fué relevado por otro, que se puso del mismo modo, arma al brazo, á pasear acompasadamente. A la segunda ó tercera vuelta, sin cesar un momento de andar, tocó con un dedo, y de manera casi imperceptible, una pequeña puerta, situada en un extremo de la crujía. La puerta se abrió al punto sin ruido, y una sombra confusa atravesó como un soplo la galería, se deslizó por una escalinata que iba á los jardines, y borrándose completamente entre las matas y los árboles, siguió sin vacilar varios caminos y senderos hasta llegar á la gruta que ya conocen nuestros lectores, en cuyo negro recinto penetró rápidamente. Muy poco despues se oyeron en el interior dos golpes sordos, como dados en el reverso de alguna de las gruesas peñas que formaban el antro, á los cuales respondieron por la parte de adentro otros dos, apagados tambien, como si la roca hubiese sido herida

con algun instrumento forrado en lana para embotar el sonido. En seguida una de las toscas piedras giró sobre sí misma, de igual manera que en la prueba verificada dias atrás delante de Wadha, asomando, en el estrecho espacio que dejó abierto, la cabeza de Aléxis, iluminada por la opaca claridad de su pequeña linterna, la cual tuvo cuidado de apagar al momento, no bien pasó por la angosta abertura.

— ¡Sélima de mi vida!

— ¡Aléxis de mi vida! dijeron á un tiempo, abrazándose en las tinieblas, el enamorado juglar y la infiel odalisca.

— Temia que no vinieses. Es tan difícil llegar hasta aquí.....

— ¿Y lo podias dudar? Yo no soy un guerrero, y mi natural es más bien tímido y blando; pero desde que te amo siento en mí una virtud extraña, una audacia de que no me creia capaz. Por un beso de tu boca expondria cien veces la vida. Si tengo miedo, es por tí, luz de mi corazon.

— Por mí no temas. Ayub vela en este momento, y es enteramente mio.

Cogidos de las manos los dos amantes salieron de la cueva y se sentaron en un banco rústico debajo de los árboles.

— Me parece un sueño que te tengo en mis brazos, dijo Aléxis, y que ha trascurrido un siglo desde el aciago dia del triunfo de Mohamed, último en que te vi.

— ¡Ah, no me lo recuerdes! ¡Cuántos sustos, qué angustias me hiciste pasar! primero, al ver que no llegabas, y despues porque en tus palabras, en tu demudado semblante, en tu lira rota, comprendí los riesgos

que habrias corrido, los vejámenes que debiste padecer.

—Y no te engañaste. La soldadesca me trató bárbaramente. Cuando invoqué el nombre del Califa, lo recibieron con carcajadas y sarcasmos, y á no ser porque llegó á tiempo un jeque y contuvo el desenfreno de aquellos malvados, no sé lo que fuera de mí.

— ¡Pobre Aléxis!

—Béndigo aquellos trabajos, si por ellos fuí objeto de tu compasion. Miénttras tú te afligias adivinando mis sufrimientos, yo, viéndote, me consolaba; y eso que no podia mirarme en tus ojos, como ahora me miro, á pesar de la oscuridad que nos rodea..... Pero embelesado contigo, aún no te pregunté por el desdichado Hixem. ¿Conque está de tanta gravedad?

— Eso nos dicen : nosotras no le vemos, pero yo sospecho.....

— Si se muere, ¿qué será de nosotros?

—¿Lo dudas? ¿Pues no me amas? Si se muere, seré libre y seguiré los impulsos de mi corazon. ¿Qué me puede detener?..... ¿La vana promesa de hacerme su esposa, nunca cumplida? Tú lo sabes : yo era huérfana y sin amparo en el mundo cuando Sobeya, brindándome su proteccion, me introdujo en este alcázar, haciéndome creer que la suerte me reservaba una posicion igual á la suya. Y, sin embargo, ¿qué fuí yo aquí, ni qué soy, más que una pobre odalisca, un rui señor aprisionado, para que distraiga con sus gorjeos á un emir indolente y ocioso?..... Muchos aplausos, es verdad..... muchas dádivas, pero jamas una palabra de amor, ni una mirada de afecto y ternura. Si al tocar el desengaño no huí de este alcá-

zar, fué por tí, Aléxis mio. Al verte me alegré de mis burladas esperanzas; no sentí más las espinas del orgullo herido; bendije mi humilde situacion, y no tuve más afán ni más deseo que el que me comprendieras y llegases á amarme, como yo te amaba. Mis canciones tú me las inspiraste, y al entonarlas, me eran indiferentes los elogios y los premios de Hixem. Lo que yo buscaba era llegar con ellas al fondo de tu alma.

— ¡Tú, que mereces un trono, fijarte en mí!

— ¿Qué me importa tu oscura condicion? El dulce fuego de tus melancólicos ojos, la suave palidez de tu rostro, tu voz insinuante y expresiva, y la magia con que recitas tus peregrinas leyendas, y la nobleza y sentimiento con que tañes la lira, todo me rendia la voluntad y me cautivaba el corazon.

— Mi dicha es tan grande, que se me figura estar soñando y tengo miedo de despertar. Sélima, Sélima, ¿no son esas palabras seductoras un juego cruel para hechizarme y enloquecerme? ¿Será verdad que me amas tanto?

— Y si no lo fuera, repuso la odalisca con pasion, ¿crees tú que arriesgaria así mi vida por verte un momento? ¿Crees que habria descendido hasta humillarme á sórdidos eunucos y viles esclavas que mañana pueden perderme?

— ¿No confias en Ayub?

— A mí me debe el puesto que ocupa, y mis larguezas van más allá que su ambicion; pero el día que mi último dinar ó mi última presea haya desaparecido en las fauces del cerbero, ¿quién sabe lo que podrá suceder? Además, Zaida, aunque nada sabe, algo sospecha y me tiene envidia.

— Ebrio de felicidad, no habia pensado en tan serios peligros. Tus palabras me infunden pavor... Si fueras descubierta...

— Por ahora no hay que temer. Nadie está en el alcázar para fijarse en mí. Por un lado la enfermedad, verdadera ó supuesta, del Califa; por otro, los cambios en la servidumbre. Todos, todos, hasta el mismo Ayub, están esperando ser expulsados.

— ¿Y Wadha lo consiente?

— Wadha no tiene fuerza para oponerse, y al fin él mismo caerá, no obstante su influjo con los esclavos.

— ¿Cuál puede ser el objeto de Mohamed?

— No lo sé: tal vez un plan siniestro; tal vez el odio á todo lo que es hechura ó recuerdo de la familia de Almanzor. La vaga claridad que noto me indica que empieza á salir la luna. Es forzoso separarnos.

— ¿Tan pronto!

— Detenerte más, imposible... Otro día...

— ¿Cuándo te volveré á ver?

— Si el Emir no te llama, te escribiré en la primer ocasion. A todo estoy resuelta. Esperemos los acontecimientos. En último caso, ancho es el mundo; me fugaré de esta mansion y huirémos de Córdoba.

— Tuyo soy, alma y vida.

— Adios... Ni un momento más.

— Adios, amor mio.

Y dándose un postrer abrazo, los dos amantes se separaron.

III.

Desde que Mohamed habia hecho anunciar públicamente la supuesta enfermedad del Califa, Wadha, que, á pesar de todas las remociones llevadas á cabo en la servidumbre palaciega, se mantenía firme en su alto empleo, velaba con inusitado celo por la persona de su señor, descendiendo á los más nimios detalles, y sobre todo, examinando cuidadosamente los manjares y bebidas de la régia mesa, que, ántes de ser servidos, habia de probar irremisiblemente un oficial de boca.

Dedicado estaba el fiel camarero al cumplimiento de los sagrados deberes que en aquellas difíciles circunstancias su cargo le imponía, cuando le trajeron un billete de parte del hagib; abriólo en seguida, y vió que Mohamed lo llamaba con urgencia para asuntos importantes, sin decirle cuáles fuesen.

Como la espléndida morada en que el nuevo hagib se habia instalado estaba muy cerca del alcázar, Wadha no se hizo esperar, y á los pocos minutos se presentó en el gabinete en que Mohamed estaba despachando con sus secretarios. El hagib lo recibió con afectada cordialidad, y ofreciéndole asiento á su lado, despidió á las

otras personas, quedándose solo con él. Mohamed guardó algunos instantes reflexivo silencio, como quien se reconcentra para coordinar las ideas que va á exponer; despues se acercó á la puerta, echó por dentro el pasador, descogió la cortina, que era un hermoso tapiz tunecino, y volviendo á su almohadon, empezó de este modo :

— Si la confianza que me inspiras no fuese tan grande como la amistad que te profeso, no me determinára á dar este paso; pero sé dónde rayan tu cordura y penetracion. Yo no puedo olvidar que te debo en parte mi legítimo triunfo sobre el insensato Abderahman. Por tu influjo los inquietos esclavos, y aún los zefetes y berberies que formaban la guardia del alcázar, se pasaron á mis banderas, y merced al prestigio de que gozas en Córdoba, todos los ánimos se inclinaron á mi favor.

Mohamed exageraba adrede los servicios de Wadha, que no habia hecho más que plegarse á las circunstancias, para sacar el mejor partido en provecho de su señor.

— Corté los vuelos, prosiguió, al tan inepto como engreido hagib, que aspiraba nada ménos que á sustituir á los Omeyas en el califato; y sin embargo, la obra no está más que empezada: la muerte del hijo de Almanzor me abrió las puertas del poder; pero no ha conjurado los peligros que amenazan á la unidad del imperio. Cada vez es mayor el odio entre árabes y africanos. Ante la flaqueza del trono y la incertidumbre actual, los codiciosos esclavos maquinan en la sombra, dispuestos á venderse al que más les ofrezca. Los reyes de Castilla y

de Leon, los Condes de Barcelona y Urgel, aprovechándose de nuestras discordias, adelantan de dia en dia sus fronteras. Los walíes de las provincias, y aún los alcaides de plazas fuertes, no ocultan ya sus ambiciosas miras de independencia, y se burlan de un rey que ni acatan ni temen. Por todas partes pululan fanáticos visio-narios, promoviendo cismas con sus falsas predicaciones, y soldados dementes empeñados en fundar dinastías. De seguir más tiempo en las flojas manos del apocado Hixem, el cetro de los califas se romperá en cien pedazos; y entre la barbarie de los hijos de Alfranc y la ferocidad de las hordas del Mogreb, quedará para siempre destruida la obra gloriosa de mi ínclito abuelo Abderahman el Grande.

Wadha comprendió desde luégo que algun plan siniestro se agitaba en el alma del hagib; y ántes que siguiera adelante en sus ominosas consideraciones, trató de salirle al paso, por ver si lograba apartarlo de la torcida senda en que, no sin profundo recelo, lo miraba empeñarse.

— La soberanía del mísero Hixem, le dijo, no es más que un nombre. En tus manos vigorosas están la espada del poder, las riendas del gobierno, la balanza de la justicia. ¿En qué puede Hixem contrariar tus empresas? Su debilidad é indolencia no fueron obstáculo para que el insigne Almanzor diese al imperio largos años de prosperidad y de gloria.

— ¿Y nos hallamos, por ventura, en aquellas circunstancias? Entónces la sultana Sobeya se encargaba de reinar por su hijo. Yo admiro las grandes cualidades de

Almanzor, verdadero rayo de la guerra; pero ¿qué nos ha dejado por herencia despues de tantas hazañas? El desastre de Calatañazor, mortal encono entre árabes y africanos, un pueblo acostumbrado á glorificarlo á él y á despreciar al Califa; y por último, una multitud de reyezuelos, con nombres de walies y alcaides perpétuos, que, muerto su señor, se juzgan ya libres de toda sumision y obediencia. Wadhá, el imperio se desmorona, y nuestro primer deber es salvarlo. A grandes males, grandes remedios. Ciertamente, el desdichado Hixem no es más que una sombra; pero esa sombra empaña el honor del trono, envilece la dinastía, y es menester que desaparezca... Hé ahí el grave proyecto que deseaba confiarte, y para el cual necesito tu cooperacion... ¿Vacias?...

—¿Y no temes que el pueblo?...

—¿El pueblo? Ya has visto el pesar con que ha recibido la noticia de su enfermedad... El pueblo apenas lo conoce, y recibirá con la misma indiferencia el anuncio de su muerte.

—Y no siendo probable que se prolongue mucho su existencia enfermiza, y siendo tú el llamado legítimamente á sucederle, ¿no comprendes que sería un crimen inútil, que te expondría á grandes peligros y males sin cuento?

—No, Wadha, no pienses que es impaciente ambicion. Las tropas están decididas á proclamarme Califa. Yo estoy haciendo los mayores esfuerzos para contenerlas, ya que no me sea dado el disuadirlas. Si á mi pesar estalla el movimiento, y es violentamente depuesto Hi-

xem, los walies, que sólo buscan un pretexto para declararse independientes, levantarán el estandarte de la rebelion. Por el contrario, si sucedo pacíficamente á mi deudo en el trono, vacante por su fallecimiento, la guerra civil quedará conjurada; y de saltar algun chispazo, será fácilmente extinguido. Y te hablo del bien público, y no de las ventajas personales que tal cambio te ha de reportar, pues sé cuán alto rayan tu abnegacion y desinteres.

— Que no reine Hixem, repuso el sagaz Wadha, comprendiendo que lo que más urgia era salvar la vida de su señor, poco me importa. Realmente nunca reinó, y en ese punto entro desde luego en tus miras... Pero déjame que te hable con lealtad. Hixem lleva tu sangre y justo es que yo mire por ella. Así se lo juré á la Sultana cuando me recomendó, en la hora de la muerte, que velase por su hijo. ¿A qué, repito, cargar nuestra conciencia con un crimen inútil? Si se tratara de otra persona... mas ¡del pueril é inofensivo Hixem! Nada tan fácil como hacerlo desaparecer sin que la tierra lo sienta. Y si quieres, yo me encargo de esa empresa. Yo lo pondré en sitio tan recóndito é ignorado, que ni él mismo sepa jamas dónde se halla... Eso sí, donde no le falte sustento ni abrigo.

— ¿Y cómo hacer creer que se ha muerto?

— La mitad del camino está andado. En todo el imperio se hacen diariamente rogativas por el restablecimiento de su salud. No hay nadie que no espere de un momento á otro la noticia de su fallecimiento; pues bien, con decir que al fin ocurrió la desgracia, enlutar

banderas y atambores, y hacerle pomposas exequias, todo está terminado.

— Wadha, el pueblo cordobés es tornadizo y suspicaz: hoy mira con desdeñosa indiferencia la suerte de un califa, que vivió siempre como petrificado en su alcázar, que no se halló nunca al frente de las tropas, ni en las academias de los sabios, ni en los consejos del gobierno; pero desde el instante que se anuncie su muerte, si no lo ve difunto con sus propios ojos, tendido sobre paños fúnebres, en imperial catafalco, vendrán las malignas cavilaciones, las aviesas conjeturas, y mil hablillas y patrañas de que sacarán provecho nuestros enemigos.

Wadha no contestó á la anterior observacion, mas en su faz grave y adusta bien conoció el hagib que la fidelidad del eslavo era inquebrantable.

Largo rato quedaron ambos como abstraídos y en hondo silencio, hasta que de pronto, como si una chispa de satánica lumbre atravesára su tenebroso espíritu, Mohamed, desarrugando el ceño, dijo con siniestra calma:

— Ese jóven histrión que divierte á Hixem con su lira jónica y sus cantos helénicos, por raro capricho de la suerte es la propia estampa del Emir. Además, oscuro extranjero, sin relaciones y sin importancia, ¿crees tú que si el pueblo viese en un túmulo el cadáver de ese juglar con las vestiduras del Califa, dudaria del fallecimiento de Hixem?

— ¡Oh! de ninguna manera... Pero en palacio aún hay servidores que lo conocen y...

— Los alejaremos. Yo cuidaré de que el griego entre

en el alcázar sin que nadie le vea : al mismo tiempo tú harás desaparecer á Hixem. Lo demas corre de mi cuenta. ¿Estamos conformes?

— Lo que me importa es la vida de Hixem, y yo te respondo de que no volverás á oir hablar de él. Ahora, en lo que concierne á ese infeliz griego, tú obrarás como mejor te plazca.

— ¿Cuento, pues, contigo?

— Wadha y sus partidarios serán los primeros que te saluden *Emir el mumenin* y jefe del Imperio.

Mohamed, sonriente y satisfecho de su feliz inspiracion, estrechó entre las suyas las manos del esclavo.

Luégo que terminó la conferencia, Wadha, sin perder tiempo, empezó á ocuparse en los medios de sacar á Hixem de Córdoba y ocultarlo en sitio seguro, plenamente convencido de que su vida sería irremisiblemente sacrificada de continuar siendo obstáculo á la insana ambicion de Mohamed.

Para llevar á cabo su plan llamó á Ambaso, cliente suyo, esclavo como él y persona de su absoluta confianza, y poniéndolo en el secreto de lo que ocurría y asociándolo á su pensamiento, le encargó que con el mayor sigilo examinase la mina del alcázar, conservándola expedita. Su objeto era sacar por aquella oculta vía á Hixem, evitando las puertas de palacio; pues conociendo á Mohamed, recelaba no lo hiciera seguir por algun espía que averiguase el lugar de la reclusion del Emir, en cuyo caso habria perdido el trono sin quedarle por eso asegurada la vida.

Dejemos por ahora al fiel camarero disponiendo lo ne-

cesario para librar á Hixem de las garras de su despiadado primo, y pasemos al hogar del desventurado Aléxis, víctima inocente que empujaban de consuno al sacrificio la lealtad de Wadha y la ambicion de Mohamed.

Despues de su misteriosa entrevista con la apasionada Sélíma, Aléxis se creia ligado á ella con lazo indestructible. Su honradez, su conciencia, y sobre todo su corazon, se sublevaban á la sola idea de salir furtivamente de Córdoba y dejar burlada y en la desesperacion á aquella mujer que tantas pruebas de amor le habia dado y que estaba dispuesta á dárselas aún mayores. Y no que el viaje á Constantinopla le causase ya el disgusto ó repugnancia de otras veces; al contrario, ahora lo deseaba ardientemente, con tal, sin embargo, de que con él y su madre partiese tambien la bella odalisca. Si Hixem fallecia, nada más fácil que lograrlo, viéndose Sélíma entónces dueña de su voluntad y de sus acciones. Si no llegaba ese caso, que, sea dicho de pasada, Aléxis vislumbraba ya con ménos pesar que al tener la primera noticia de la dolencia del Emir, puesto que Sélíma parecia resuelta á fugarse del harem imperial, ¿qué otro partido le quedaba que ser su cómplice, su encubridor, huir con ella y, buena ó mala, correr su fortuna? De todos modos, estando ya tan adelantadas las cosas, no podia seguir más tiempo embozado y esquivo con su cariñosa madre. Por su propio bien era preciso que francamente se descubriese. Comprendia los terrores

que iban al pronto á asaltarla, pero como no era posible retroceder, estaba seguro de que, recobrada su antigua energía, sin pararse á volver la vista atras, su madre no tendria más pensamiento ni más afan que ayudarle á salvar peligros, vencer dificultades y realizar al fin sus amorosas esperanzas. Es verdad que la diferencia de religion era grave inconveniente para legitimar un dia aquel vínculo clandestino; mas Aléxis pensaba acallar fácilmente los escrúpulos de su madre en este punto, pues no dudaba de que, iluminada la razon de Sélima con los dogmas cristianos, abandonase una creencia que la reducía á la inferioridad de odalisca, por otra que la elevaba á la dignidad de única y exclusiva esposa.

Antes, sin embargo, de confiarse á su madre, le pareció prudente esperar á que Sélima le diese nueva cita, á fin de saber fijamente á qué atenerse sobre sus aventurados proyectos, y ponerse con ella de acuerdo sobre los medios de ejecucion.

Llegó al cabo el billete que Aléxis aguardaba. Mejor fuera que nunca llegase, pues vino á deshacer de un soplo los encantados castillos que el iluso griego habia levantado en su ardorosa imaginacion.

Esta vez la misiva cayó desde luego en sus propias manos, y al reparar que era negro-el torzal con que venía atada, se le oprimió el corazon. Corrió á su aposento, y encerrándose en él, con indecible ansiedad leyó lo que sigue :

« Todo ha cambiado. No esperes verme. Amame desde lejos. ¿Cómo luchar con el destino? »

Sin duda esas amargas expresiones habian sido inspi-

radas á Sélina por la honda zozobra que debió causarle el saber la insólita vigilancia que se ejercia en la mina y cuyo verdadero objeto no podia adivinar. Pero el pobre amante, que ignoraba lo que acontecia, no vió en aquellos conceptos más que desamor, inconstancia y olvido, y por algunos momentos quedó el infeliz como fulminado. Luégo volvió á leer las fatídicas palabras, y viniendo en su auxilio las lágrimas, exclamó entre comprimidos sollozos:

«¡Falsa!..... ¡cruel!..... ¡Fingir apasionado amor, embriagarme con ilusoria felicidad, y hundirme despues en un abismo de amargura, sin dejarme siquiera en el corazon un rayo de esperanza!»

Y la faz sombría, los ojos fijos y sin mirada, permaneció largo rato inmóvil y reflexivo. Las lágrimas se fueron evaporando, y una leve sonrisa, mucho más acerba y dolorosa, contrajo sus finos labios. Saliendo al fin por un brusco movimiento de aquella especie de estupor, se puso á andar á largos pasos por la pequeña estancia, hablando solo, y á veces gesticulando como un demente.

«¿De qué me quejo?..... Su cabeza y la mia habrian sido al cabo el precio de nuestros amores..... ¡Qué locura! Exponer su preciosa vida por un miserable juglar..... Si yo pudiera ofrecerle un trono, ó fuese al ménos algun poderoso walí..... Madre mia, tienes razon : en Córdoba no nos aguarda más que afliccion y quebranto..... Es forzoso partir.»

Y pronunciando esta última frase, abrió resueltamente la puerta, corrió al cuarto de Justina, y le anunció su vivo deseo de emprender el viaje cuanto ántes.

Aunque por el tono y el ademán del hijo conoció la madre que algo extraordinario había ocasionado tan súbita mudanza, se guardó de indiscretas preguntas, y cogiéndole la palabra, se dedicó desde entónces, sin levantar mano, á arreglar sus asuntos y á hacer los preparativos para la marcha. Celebró al efecto várias entrevistas con el judío Nataniel, hombre de probidad, sin dejar de ser codicioso, que le allanó algunas dificultades; y despues de haberse concertado con un arriero mozárabe, que tenía excelentes mulas de paso y hacía periódicas expediciones á Málaga, se fijó el día de la partida, que debía serlo el mismo en que otra familia salía también para dicho punto; pues en los tiempos de nuestra historia, á pesar de los adelantos de la civilización árabe, no era grande la seguridad de los caminos, y los viajeros preferían juntarse en pequeñas caravanas á aventurarse solos por sierras y despoblados.

Dos días no más faltaban ya para la marcha. Los baulles hechos, todo dispuesto y arreglado. Hubiérase dicho que á la buena viuda se le habían quitado diez años de encima; su hijo, por el contrario, parecía muy abatido, y melancólico, y soñador. Desde que el viaje fué definitivamente resuelto, miéntras ella se ocupaba diligente y gozosa en las oportunas prevenciones y preparativos, él subía al mirador de la casa y se pasaba horas enteras con los ojos fijos en el alcázar de Córdoba, por cuyas tapias empinadas asomaban los árboles de los jardines, y entre cuyos alicatados chapiteles se complacía en revolver, con las alas del espíritu, como la deslumbrada mariposa en torno de la llama que debe abrasarla.

De más notaba Justina la tristeza y enajenamiento de su hijo; pero estaba persuadida de que con el cambio de aire y de vida y las nuevas impresiones, muy en breve volvería al juvenil semblante su apacible serenidad. Tal era la diversa disposición de ánimo en que Aléxis y su madre se hallaban cuando al llegar mediodía ambos se sentaron á la mesa, uno enfrente de otro.

La vieja Kinza se habia esmerado aquel día, y presentó delante de sus amos una cazuela de azafranado arroz con pollo y pimientos, á cuya grata vista y oloroso vaho se le hubiera hecho un agua la boca al más melindroso é inapetente.

—Come, hijo mio, le dijo su madre, sirviéndole buena porcion de la sabrosa vianda. Es tu plato favorito.... Y bebe, bebe un poco de Montilla, añadió, llenándole la taza que tenía al lado. El vino añejo restaña las fuerzas y alegra el corazon. Nosotros, bendito Dios, somos cristianos y podemos beberlo.

Justina rebotaba de contento, y se afanaba cariñosa por comunicarlo á su hijo. Por desgracia, un accidente imprevisto turbó inopinadamente aquel sencillo é interesante cuadro de familia. Cuando más descuidados estaban, resonaron dos golpes en la puerta de la calle. Como no esperaban á nadie á aquellas horas, Justina se sobresaltó algun tanto, y Kinza acudió presurosa á ver quién llamaba. Un momento despues tornó seguida de un oficial de palacio, quien de órden del Califa significó á Aléxis que se presentase al anocheecer en la régia morada, y que fuese acompañado de su lira.

Desde aquel momento se anubló la frente de Justina,

el gozo huyó de su alma, y por amarga ironía de la suerte, brilló al mismo tiempo, como iluminado por súbita luz, el macilento rostro de Aléxis; é invertidos los papeles, ella era ahora la taciturna, y él quien trataba de animarla.

—¿Qué importa, madre mia, que Hixem me llame para que le recite miéntras cena alguno de mis cantos, ni en qué dificulta eso ni desbarata nuestros planes? No te aflijas: yo le diré que tu salud exige que nos ausentemos algunos meses de Córdoba. ¿Cómo se ha de oponer? Nosotros somos libres.

Justina, sin responder palabra, rompió en llanto.

—Enjuga, por Dios, esas lágrimas, le dijo Aléxis. Nada me detendrá: estoy enteramente resuelto á partir.

El tono firme de su hijo la tranquilizó algun tanto, pues, no sin razon, habia siempre creído que el obstáculo en que hasta entónces se estrelló su proyecto de viaje, más habia consistido en la repugnancia de Aléxis á emprenderlo que en el empeño que el indiferente y tornadizo Hixem pudiera poner en estorbarlo.

Una hora ántes de echarse el sol, Aléxis se aderezó con sus mejores galas, para lo cual hubo que deshacer uno de los baules, y cogiendo la lira, salió de casa con su madre, que, muy triste y cavilosa, lo quiso acompañar hasta cierto punto de la vía. Y al separarse de su hijo, no sin estrecharlo ántes á su oprimido seno,

—Vén pronto, le dijo con voz trémula y acongojada.

Tales extremos de pesar y ternura ejercieron su natural influjo en el ánimo de Aléxis, que se apartó de su madre conmovido y angustiado. Poco á poco, sin em-

bargo, á medida que iba avanzando, al respirar el suave ambiente de la tarde entre las acacias y sicomoros que guarneceían el camino, que bajaba en manso declive, y al contemplar á Córdoba en el fondo del valle, tendida entre huertos y jardines sobre las márgenes del Guadalquivir, con sus cúpulas de oro y sus calados alminares reverberando los últimos rayos del sol poniente, las tristes impresiones que llevaba en el alma se fueron desvaneciendo, y dando penas al olvido, asaltaron de nuevo su fantasía las risueñas imágenes de la morada de Hixem, destacándose entre todas la figura de Sélíma, llena de luz, de encanto, de vida, y subyugándole el corazón con sus ojos azules, su tez de alabastro y sus labios de fuego.

A pesar de las crueles expresiones «no esperes verme, ámame desde léjos», dentro de breves minutos iba á volverla á ver y á escuchar su voz, tal vez á acompañarle alguna canción y á adorarla de cerca. En medio de tan mágico ensueño, la idea del próximo viaje llegaba bruscamente á turbar su ilusoria felicidad. Pero en su espíritu voluble buscaba razones para convencerse á sí propio de que aún era posible retardar el malhadado proyecto.

Embebecido en estos devaneos, entró en la ciudad cuando las sombras de la noche empezaban á envolverla. Llegado que hubo á la plaza de Palacio, la misma persona desconocida para él que le había llevado la orden del emir y le estaba aguardando, se le acercó para conducirlo; y evitando la puerta principal, donde estaba la guardia, le introdujo por otra ménos visible en el al-

cázar. Llevándole luego por una escalera interior, le hizo atravesar varias salas solitarias, y abriendo una puerta, le empujó suavemente por ella, cerrándola otra vez á sus espaldas. Aléxis apartó la cortina, y se quedó suspendido y sin atreverse á dar un paso, al verse, sin los rodeos y ceremonial de costumbre, en la propia estancia de Hixem, y á éste de hinojos sobre una alcatifa, vuelto hacia Oriente, rezando en voz baja la azaala de la noche. Por lo demas, nada del poético cuadro que el iluso griego habia soñado. En el vasto aposento, que una araña de oro con siete mecheros iluminaba, nadie más que el Iman de los fieles, de rodillas, como hemos dicho, y con los ojos entornados, murmurando perezosamente su oracion. Terminada ésta, Hixem se puso de pié, y notando á Aléxis, le hizo seña de que se acercase y le dijo:

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! Desde que se han empeñado en que estoy enfermo, vivo con ménos libertad que el último de mis esclavos... No debo pasear por los jardines, porque el aire me enfria ó el calor me enerva; el relente me es perjudicial, y apenas cae la tarde me he de ahogar con las ventanas cerradas; la sala de los banquetes da á un estanque, y para evitar la humedad me han de servir de comer en este aposento. Han acabado por separarme de mis mujeres, y ni Zoraya consienten ya que esté conmigo. Pretenden que es por mi salud... Yo bien sé que mi cuerpo es débil, mi alma no tanto como se figuran; pero siempre fui lo mismo, y así seré ¡Alah me acoja en su misericordia! hasta el fin de mi vida. Cada uno ha nacido para lo que es en el mundo, y á nadie le es dado contrastar el destino. De todos

modos, continuó sentándose en un almohadon y haciendo signo á Aléxis de que ocupase un escabel cerca de su persona, agradezco á mis carceleros que hayan deferido á mis deseos, llamándote para que disipes un poco el tedio que me consume. Tus cantos y tu lira me harán olvidar un rato la triste suerte que me ha cabido en la tierra bajo la tiara del Califa.

Calló Hixem, y como Aléxis manifestaba cierto embarazo y no se atrevia á contestar,

—Habla, dijo el Emir. Te autorizo á que expreses tus sentimientos en mi presencia. Si no has ganado batallas ni conquistado pueblos, prefiero tu humildad á la soberbia de mis walies.

—Señor, pienso que los males de que te quejas serán pasajeros, y que cuando tus físicos no vean en ello peligro para tu salud, sin que nadie se atreva á estorbarlo, volverás al género de vida que más te cuadre.

—¿Y qué peligro puede haber en que vea bailar á Zaida, ú oiga á Sélima improvisar sus versos, ó en que me pasee bajo los árboles en Lulú, mi mulita del Irak, tan dócil y mansa? Però del mal el ménos; y ya que estás aquí, tú sabrás con tus peregrinas leyendas distraer mi espíritu atribulado. Quiero que me cuentes esta noche la historia de algun rey que haya sido más desgraciado que yo; ése me consolará, tal vez, de mis cuitas presentes.

Aléxis, aunque no poco disgustado, viendo que la velada no se presentaba como él se la habia figurado, para complacer á su señor empezó á recitar la trágica historia de Edipo, rey, que Hixem escuchaba con profunda atencion.

Llegada cierta hora, el servicio de la cena del Califa fué causa de que la narracion se suspendiese.

Aléxis notó con extrañeza la falta del ostentoso aparato que habia presenciado otras veces en casos semejantes. Por toda servidumbre, dos oficiales de palacio que le eran enteramente desconocidos. No se presentaron ni el Maestre de boca que debia gustar las viandas ántes de ser servidas al soberano, ni el jefe trinchante de las carnes, ni el copero ó escanciador, ni otros empleados que solian asistir á la comida del Califa.

Miéntas los dos servidores ántes mencionados disponian sobre una mesa muy baja fuentes de oro con exquisitos manjares; platos de chinesca porcelana con sazoadas frutas; jarros de cristal de roca con bebidas fragantes y espumosas, y un cáliz inestimable, cuajado de piedras preciosas, de que usaba generalmente Hixem, éste, levantándose de su asiento, se dirigió á una pila de alabastro que habia en un ángulo, y abriendo el cincelado grifo, se mojó las manos, se frotó despues los brazos hasta el codo, y la faz, por último, todo en la forma ritual. Hecha la ablucion, volvió á sentarse; y pensativo con la trágica historia que le habia relatado el juglar,

—¡Pobre rey! exclamó. Ya veo que no hay infortunio que no pueda ser superado por otro mayor, y que no hay medio de sustraerse al rigor de los hados... Pero tratemos ahora de esparcir el ánimo. La mesa está preparada; y pues me dejan en el aislamiento que ves, y eres tú el solo que viene á aliviar mis cuitas, yo te convidó á mi cena. ¿Qué me importa tu humilde condicion? La hospitalidad es un precepto religioso, y si el último de los

árabes la practica bajo su tienda, ¿por qué el Emir de los creyentes no la ha de ejercer en su palacio?

Aléxis, á un signo de su señor, se dirigió á la concha de alabastro; y despues de purificarse, se sentó tímidamente á la opípara mesa.

—Nada hay más triste que comer solo, continuó Hixem, ni hay plato bueno si el espíritu no está exento de zozobra y opresion.

La desgracia, gran maestra de verdades, parecia abrirle el entendimiento é infundirle sabiduría.

Aléxis lo escuchaba con sincera, pero silenciosa compasion. Asaltándole ademas siniestras sospechas, no sin recelo llevaba á los labios los manjares que le servian, y sobre todo el *fokka* y el *mazar* (1), de que le habian llenado las tazas. Y á pesar de la riqueza y abundancia de aquella mesa, preferia en su corazon la pobre, aunque limpia, de su modesto hogar.

Várias veces durante la cena sintió comezon de anunciar á Hixem su próximo viaje; pero ni hallaba conveniente forma á su pensamiento, ni propicia la ocasion, pues le ocurría, no sin fundamento, que era corresponder muy mal á las benévolas demostraciones del Emir decirle en aquellas circunstancias que él tambien lo abandonaba.

Cuando la cena terminó, Hixem fué á sentarse á otro lado de la estancia, cerca de un velador, en el que le pusieron una rica salvilla con tacitas chinescas y un pre-

(1) Bebidas fermentadas de que usan los árabes, formada la primera de jugo de dátiles, y la segunda extraida de la cebada.

cioso jarro, lleno de aquel delicioso néctar compuesto con haschisch, la llave del Paraíso, como él le llamaba.

Luégo que se fueron los servidores, Aléxis cogió su cítara, y para distraer al Emir, empezó uno de sus cantares; mas ántes que lo acabase, sintiendo Hixem que dulce sopor comenzaba á enajenar sus sentidos, y deseando en torno profundo sosiego, hizo seña á Aléxis de retirarse. El juglar, á quien pesaba aquella noche, cual si fuera de plomo, la atmósfera del regio alcázar, y que ansiaba con tan vivo afán como ántes hallarse en él, abandonarlo ahora, sintió aliviársele el pecho con la orden del Califa; y de puntillas, para no disturbarle, se apresuró á salir por la misma puerta por donde habia entrado.

No bien se quedó solo Hixem sumido en su grata soñolencia, estrépito repentino y un grito agudo que resonaron distintamente en la estancia, lo sacaron bruscamente de su adormecimiento. Miró en torno despavorido, y corriendo á una de las puertas, la halló cerrada por fuera; se dirigió á la otra, y lo estaba también.—«¡Traicion, traicion!», gritó entónces creyéndose perdido. En esto se presentó Wadha, pálido el rostro, la figura descompuesta.

—Señor, señor, le dijo, no hay tiempo que perder. Los sicarios de Mohamed te rodean. Ten confianza en mí. Si me sigues, aún puedo salvarte.

Y echándole un pardo albornoz sobre los hombros, lo sacó del aposento, le hizo atravesar un corredor oscuro, y por una escalera interior lo bajó á los jardines, corrió con él á la mina; y sacando una linterna sorda que lle-

vaba preparada, ambos penetraron en el subterráneo y desaparecieron.

Pasaban una tras otra las horas de la noche, y Aléxis no tornaba al hogar. Justina, que se habia propuesto no acostarse hasta que su hijo no entrase, daba vueltas al huso inquieta y desvelada.

Es imposible, pensaba, que se haya quedado á dormir en palacio. Lo habrán ocupado durante la cena del Califa, y despues despedido como otras veces. ¡Si habrá tropezado con malhechores en el camino!...

Pero luégo le ocurría que la calzada de Córdoba á Zahra se hallaba guarnecida de casas de campo, y que una ronda de kaschefs (1) vigilaba en ella desde la puerta del sol.

«A no ser, se decia, que careciendo de salvo-conduc-to, no le hayan franqueado las puertas de la ciudad, cerradas por la noche. En ese caso no le habrá faltado techo bajo que guarecerse. Nataniel es nuestro amigo, y, aunque judío, bondadoso y hospitalario.»

Con tales conjeturas procuraba la pobre madre calmar su impaciencia; mas de súbito le venía á las miéntes la idea de los misteriosos amores de su hijo, y su alarma é inquietud se convertian en angustiosa ansiedad. Entónces dejaba el huso, y á la opaca luz de la

(1) Especie de guardia á caballo, encargada de la vigilancia y seguridad de las afueras.

lámpara de aljófar que débilmente iluminaba la estancia, se ponía á andar de un lado á otro, sin saber ella misma lo que hacía. En este estado la sorprendió la aurora, y al notar en la ventana vaga claridad, subió á la azotea, desde donde se dominaba parte del camino. El panorama que se ofreció á su vista, iluminado por el sol naciente, era en verdad grandioso y admirable; mas para ella en aquel momento todo el universo se concentraba en su Aléxis, y no acertaban á descubrirlo sus ojos.

El astro rey se fué levantando majestuoso de su fantástico lecho de arrebolados vapores; las aves lo saludaban con sus gorjeos, y en los vecinos campos renacían el movimiento y la vida.

Por el camino, húmedo aún del relente de la noche, empezaron á descender aldeanos de ambos sexos, con vasijas de leche y cestos cargados de legumbres y frutas; pero Aléxis no parecía.

De pronto llamó la atención de Justina un golpe de caballeros árabes que á toda brida subían la calzada; mas dejando á corta distancia de Zahra aquella ruta y tomando otra dirección, se perdieron á poco en los repliegues de la Sierra. Luego se le figuró percibir confuso é inusitado clamor hacia la parte de Córdoba. Aléxis, entre tanto, no acababa de llegar. No pudiendo ya dominar su impaciencia y desasosiego, dejó la azotea, se echó un manto, y toda azorada salió de su casa, con ánimo de recorrer la vía hasta encontrarse con su hijo. No habría andado por ella diez minutos, cuando vió venir dos hombres del pueblo hablando entre sí con mu-

cha animacion, y que parecian mozárabes por el traje. Aunque en la honda preocupacion de su espíritu no se fijára en ellos, como al cruzarse con los tales oyese que el uno decia al otro: «La muerte de Hixem es aún mayor desgracia, por no haber dejado hijos», esto la paró, sus ideas tomaron repentinamente otro giro, y acercándose por un impulso irreflexivo á los viandantes,

—¿De qué Hixem hablais, les preguntó, que decís que ha muerto?

—¿De quién ha de ser? del Califa.

—¿El Califa ha muerto? ¿Cómo?... ¿cuándo?...

—Nosotros no sabemos más sino que anoche se acostó ya muy decaído y falto de fuerzas, y que esta madrugada, al entrar en su cámara, lo hallaron cadáver en el lecho. Pero si vas á Córdoba, pronto te informarás de todo, pues en las mezquitas están anunciando su muerte, y nadie habla más que de tan infausto acontecimiento.

Justina, en la triste nueva que aquellos hombres le daban, creyó hallar la explicacion de la tardanza de su hijo.—«No es creible; decia entre sí prosiguiendo su marcha, que Aléxis viese anoche al Emir, encontrándose ya tan grave; pero al enterarse de su estado, no habrá querido salir del alcázar hasta conocer el fin de la crisis. De todos modos, una vez sabido su fallecimiento, bien podia haberse apresurado á traerme tan importante noticia.»

Con estas reflexiones avanzaba por el camino, que se iba poblando de gente de las casas contiguas, que acudía á Córdoba llevando en las manos manojos de flores,

ó ramillos de brezo y de ciprés; y ya cerca de la ciudad, se vió rodeada y oprimida por una gran multitud, afanosa por ganar el ingreso de la almenada puerta. Arrastrada por la corriente, más que movida por la propia voluntad, se encontró Justina, sin saber cómo, dentro de la poblacion; pero no siendo otro su objeto que juntarse con su hijo, y temiendo que miéntras ella vagase á la ventura por las calles, él saliese de la ciudad por la misma puerta que, empujada por el tropel, acababa de franquear, se subió en el umbral de una casa para evitar el flujo de la muchedumbre, y ántes de seguir adelante, pensar lo que le conviniese hacer. Reflexionando un momento, le pareció lo mejor dirigirse al alcázar por el camino más corto, que era el que llevaba la gente, y si no topaba con su hijo, introducirse, á serle posible, en la morada régia, preguntar si sabian de él á los servidores. En caso de que no estuviera allí y nada averiguase, correría á casa de su buen amigo Nataniel, donde, á ménos que no se le hubiese tragado la tierra, habria de hallarlo seguramente. Una vez fijado su plan se mezcló con el pueblo, y siguiendo el movimiento general, al cabo de un cuarto de hora penetró en la vasta plaza de palacio. Aunque era inmenso el gentío, doubles centinelas de kaschefs en las bocacalles, y el Mothesib (1) con sus alguaciles convenientemente apostados, evitaban el tumulto y mantenian severamente la circulacion y el órden. Desde el gran balcon ajimezado que se ostentaba en el centro de la fachada del alcázar, pendia á me-

(1) Especie de prefecto de policía.

dia asta el pabellon de los califas, velado en fúnebre gasa. Y de negro crespon era el lazo que se advertia en las empuñaduras de los alfanjes, en los arcos de las ballestas, ó á guisa de pendoncillo, sujeto al hierro de las lanzas de la guardia de honor desplegada á uno y á otro lado de la puerta principal.

Justina se quedó un momento indecisa y perpleja; mas al sentirse empujada por la multitud y ver que el pueblo entraba en palacio sin que nadie se lo estorbase, no pudo ménos de exclamar:

—Pero ¿á dónde va esa gente?

—Donosa pregunta, le contestó un vecino : donde tú misma ; á ver el cuerpo del Califa, expuesto en una de las salas bajas del alcázar.

El ver el cadáver del infortunado Hixem no era ciertamente el móvil que allí la traia ; pero ya que con tal motivo podia sin dificultad introducirse en palacio, aprovechaba la ocasion, pensando, una vez dentro, no salir hasta saber noticias seguras de Aléxis.

La entrada principal del regio edificio, en forma de herradura, y del caprichoso estilo que hoy llamamos mu-dejar y tanto nos hechiza, daba acceso á un vasto portal sustentado por airosos pilares, que comunicaba con un gran patio rectangular, rodeado de espaciosas galerías con arcos y columnas, en cuyo centro se levantaba una hermosa fuente de mármol.

Contigua á una de las galerías, y con dos anchas puertas cintradas sobre la misma, hallábase la grandiosa cámara donde el difunto emir estaba de cuerpo presente. Era ésta una especie de capilla, cuya extensa planta for-

maba un arco prolongado que tenía por cuerda la gruesa pared que del patio la separaba. Recibía la luz por algunosafiligranados ajimeces abiertos en lo alto, cerca del friso, y desde el pavimento de mosaico hasta el elevado techo, deslumbradora bóveda de estalactitas de oro, toda ella estaba colgada de negros paños con medias lunas de plata y franjas y pasamanería del mismo metal. Una verja ó cancel de hierro de peregrinas labores dividía la nave en su parte inferior, limitando el espacio en que era admitido el pueblo, el cual entraba ordenadamente por una de las dos puertas ántes mencionadas, debiendo salir por la otra. Del opuesto lado de la verja estaba la parte que podríamos llamar reservada, y donde, colocado de frente, yacía el Califa sobre un lecho imperial, que revestía ancho tapete de negro velludo, cuyas puntas, con borlas de oro, llegaban al suelo, y cubría un rico dosel, en cuyo centro brillaba el excelso blason de los Omeyas.

Deslumbrantes galas servían de mortaja al inanimado cuerpo del Emir, más objeto de curiosidad que de pena é interes para la multitud que á contemplarle acudía. Un turbante verde claro, que ornaba un airon de cándidas plumas, prendido con un broche de diamantes, ceñía la yerta cabeza, que un cojin sostenía levemente inclinada hácia adelante. La túnica era blanca y de un tejido particular, de lana y seda, en que por todas partes se repetía el nombre del difunto; el ancho calzon verde, como el turbante, y ceñido á la garganta del pié por dos arcos de pedrería. Las sandalias, de tafílete leonado con recamos de púrpura. Tenía los brazos cruza-

dos sobre el pecho, y la expresion de su rostro era noble y serena. Un rayo de sol que rompía por uno de los calados ajimeces y pasaba sobre su pálida faz, parecia envolverla en una aureola. A los ángulos del catafalco humeaban cuatro pebeteros embalsamando el ambiente. Notábanse á la derecha del túmulo dos ricos almohadones: en uno estaba abierto un magnífico ejemplar del Coran; en el otro, bajo un velo muy tenue de gasa negra, se veía una tiara, un cetro y un alfanje, emblemas del califato. Cuatro jeques árabes, envueltos en sus haiks, con desnudas cimitarras en las manos y apostados simétricamente, velaban de pié y en severa actitud junto al fúnebre monumento; y á un lado y á otro yacian prosternados varios imanes y faquires, y detras servidores y empleados de la casa, aunque entre ellos, ninguno de los antiguos.

El pueblo, como tenemos dicho, entraba por una puerta y salía por la otra para evitar confusion. A medida que llegaban enfrente del cadáver los que traian flores ó ramillos de brezo, mirto ó cipres, los echaban por entre las barras del cancel á los piés del túmulo. Justina no llevaba ninguna ofrenda, y al verse en la sala mortuoria pensó pasar de largo; pero al mirar vagamente la amarilla faz del difunto, una violenta sacudida estremeció todo su sér. Cogiéndose entónces á los hierros con las manos crispadas, volvió á mirar el yerto é inanimado semblante, aunque ahora con singular fijeza, y examinándolo con indecible expresion de angustia y de espanto, lanzó un alarido y cayó desplomada.

Hubo un momento de confusion, y acudieron dos alguaciles á restablecer el órden.

—¿Qué ha ocurrido? preguntó uno de ellos en voz baja á una mujer que, envuelta en un negro manto y la cara cubierta, con ayuda de un tercero sostenia á la infeliz Justina.

—¿Qué ha de ser? contestó con extraña vehemencia la desconocida. El dolor, que le ha hecho perder el sentido.

Entónçes sacaron á la desmayada al patio, y aproximándola á la fuente, le rociaron con agua el rostro para que volviese en sí. Al cabo de algunos minutos empezó, al parecer, á recobrar sus facultades; mas al preguntarle qué tenia, se llevó la mano á la frente, como si pugnára por acordarse de lo que le habia acontecido; luégo quiso hablar..... imposible; ni su garganta ni su lengua se prestaban á modular palabras. Despues de varios esfuerzos, en que los ojos parecian salirse de las órbitas, tendió los brazos hácia la cámara en que estaba expuesto el difunto, y rompió en una horrible carcajada, la que se repetia cada vez que intentaba explicarse. Esta escena atrajo por de contado bastante gente, y aún ocasionó gran tumulto; y ya los alguaciles se apoderaban de la desgraciada para sacarla de allí, cuando acertó á pasar Wadha, y movido de curiosidad, penetró en el grupo en que Justina se hallaba, muy ajeno de quién ella fuese, pues no la conocia, y tratando de informarse del caso, se le acercó la tapada del negro manto, y le dijo al oido: «La madre de Aléxis. Ten piedad de esa desventurada.»

Al oír tales palabras, Wadha se quedó en una pieza, y al buscar con la vista, no repuesto de su estupor, la persona que se las dirigiera, ésta había ya desaparecido en la multitud. Sin embargo, con su natural perspicacia y los antecedentes que ya tenía, creyó adivinar quién fuese la tapada misteriosa, y resolvió en su mente avisarse con ella, y presentándose á sus ojos exento de culpa en el consumado crimen, ganarla á su causa, y sobre todo, asegurar su silencio. Pero lo que más le inquietaba por el momento era el que Justina no fuese á hablar; y afectando la mayor compasión por aquella infeliz, dió orden de que la trasportasen á su propia casa, que estaba cerca de palacio, para que allí se le prodigasen los cuidados que su triste situación exigía.

IV.

Cuando Wadha llegó á su casa , se presentó á Justina, creyendo pasajero el estado de convulsiva agitacion en que la halló en el alcázar, y muy temeroso de que, recobrada de aquel trastorno, denunciase á los cordobeses, para vengar la muerte de su hijo, la siniestra burla de que habian sido objeto. El sagaz eslavo, confiando en su habilidad , se proponia calmarla, y arrojando toda la odiosidad del crimen sobre Mohamed , hacer de aquella desdichada un precioso auxiliar de su poder é influjo en la nueva situacion que los sucesos habian creado.

— Mohamed es el solo culpable, le dijo. Todos mis esfuerzos fueron vanos para contener su ambicion y evitar ese crimen. Domínate un poco , templa ese dolor; el mal no tiene remedio; pero si sabes guardar el secreto de tu amargura, muy pronto gustarás el placer de la venganza. Yo te juro que Mohamed pagará con la vida su loca usurpacion y el daño que te ha hecho. Confia en mí y espera resignada la hora de la justicia.

Justina oia todo eso con la expresion estúpida de una persona dementada, y por toda respuesta, se empezó á reir con la funesta risa que ya le conocemos.

Wadha comprendió que, por el momento, no habia medio de entenderse con ella, y por un sentimiento de humanidad, no exento de egoismo, mandó que la condujesen á su casita de Medina Zahra, poniendo á su lado una persona de confianza que la cuidára, y observase y le diese á él aviso de cualquier alteracion en el estado de la doliente.

Entre tanto Mohamed fué declarado Califa por algunos walíes y wazires, sus parciales, congregados á este fin en una cámara del alcázar, y aclamado con entusiasmo por los árabes y los esclavos. La guardia africana se mostró ménos regocijada, y no faltaron acerbos murmuraciones y áun conatos de rebeldía, que á fuerza de oro se logró por el momento acallar.

El nuevo Príncipe de los fieles tomó el sobrenombre de *El Mahadi Bila* (el enviado de Alah), y en todos los mimbares se hizo ya por él pública oracion.

Su primer acto fué decretar pomposas exequias al supuestamente difunto Hixem, y para honrar más señaladamente su memoria, hizo depositar el cadáver en un magnífico sepulcro, á la sombra de hermosos árboles, en uno de los patios del alcázar.

Al instalarse en la régia mansion, trató con gran miramiento á las mujeres de Hixem, proponiéndoles que se quedáran las que quisieran en el harem imperial, donde, cumplido el luto, las haria suyas. Todas aceptaron, excepto Sélima, cuya resolucion fué respetada, dándosele vivienda aparte, con medios para subsistir decorosamente.

No obstante haber realizado sus ambiciosos deseos y

hallarse en el goce de los supremos honores, el espíritu de sedicion de la guardia africana tenía á Mohamed receloso y desvelado. Sabía que entre los jefes se pronunciaban á cada paso las palabras: «crimen y usurpacion», aludiendo á su encumbramiento, y que los mismos soldados, á quienes á fuerza de dádivas logró contener, pero cuyos corazones no se cuidó de ganar, á la más ligera instigacion se levantarían para derrocarle.

Urgia, pues, atacar el mal. Antes, sin embargo, de tomar una medida violenta, trató de asegurarse la adhesion de los esclavos—muy numerosos en Córdoba, y de los cuales estaba formada una parte importante de la milicia—colocando á sus principales corifeos en altos puestos, y confiando el cargo de hajib á Wadha, que, á más de su prestigio personal, era en cierto modo el árbitro de la situacion, teniendo, como tenía, oculto en su poder, sin que nadie, ni el mismo Mohamed supiese dónde, al depuesto Hixem.

Hallábanse á la cabeza de la guardia africana, con gran ascendiente en ella, dos bizarros caudillos, Raxid y Suleiman, ambos de prosapia ilustre, particularmente el segundo, que era de familia ommiade, y jóven todavía y de gallarda presencia. Aunque muy superiores en cultura y alteza de pensamientos á sus agrestes y rudas tropas, no dejaban de participar de sus odios y pasiones, si no por motivos de raza, que los dos eran de la árabe más pura, aunque nacidos casualmente en Africa, por el estímulo de la ambicion que movía sus pechos, y su mal disimulado encono al bando dominante. No cabía, pues, duda, exacerbado más que nunca el antiguo

antagonismo entre árabes y berberiscos, de que un día u otro habia de estallar entre ellos la tremenda lucha. Y como pequeñas causas suelen á veces determinar la realizacion de grandes sucesos, un incidente de carácter puramente privado vino á precipitar la pavorosa contienda, que, sin esa circunstancia, acaso hubiera podido aplazarse, si no evitarse.

Hemos referido al principio de nuestra narracion que, al ser destinada la bella Sélima por la poderosa Sobeya al indiferente Hixem, un jóven guerrero, pariente lejano del Emir y enamorado locamente de la peregrina hurí, quedó sumido en profunda amargura, buscando desde entónces la muerte con ciego empeño en el azar de los combates. Pero la muerte, que suele huir de quien afanoso la busca, y sorprender al que no la llama, no quiso apiadarse de sus males, y aquel temerario brío llevó en poco tiempo al despechado Suleiman al elevado puesto donde ahora lo vemos, al frente de la guardia africana. En él se hallaba cuando, sabedor de que Sélima habia rechazado las proposiciones de Mohamed, volviéndola á ver libre, sintió de nuevo abrasársele el alma en el mal apagado incendio de su antigua pasion, y no habiendo ya nada, pues con la voluntad de la bella creia contar, que se opusiera á sus deseos, le escribió una carta tan noble como expresiva, recordándole los sentimientos que su hermosura le habia en otro tiempo inspirado, y pintándole la constancia de un amor tan hondo y verdadero, que habia resistido á terribles pruebas sin que nada lograra borrarlo. «Vuelvo á ofrecerte, le decia, mi pobre corazon, herido sí, pero siempre ena-

morado. Si hoy, que eres libre, quieres ser mi esposa, en él reinarás como única y absoluta sultana; que fuera insigne locura, poseyendo un cáliz de oro y perlas, beber en vaso de grosera arcilla.»

La respuesta de Sélima no se hizo esperar, dándosela en estos extraños términos:

«Admiro tu nobleza y acojo tus sentimientos con viva gratitud; pero no es el momento de tiernas expansiones. Libra primero al Imperio del cruel usurpador del trono, y luégo será tuya

SÉLIMA.»

Esta carta fué la chispa que determinó el incendio. Pues avisado Mohamed á los pocos dias de que se fraguaba una vasta conspiracion contra su persona, y que zenetes y berberies estaban próximos á sublevarse, decretó enérgicamente la expulsion de la guardia africana.

Raxid y Suleiman se juntan en seguida y arengan á sus escuadrones, pintándoles con vivo colorido lo ignominioso de salir de aquella manera de la capital, donde desde los tiempos de Abderahman I habian los africanos formado constantemente la guardia de honor de los califas. Añaden que Mohamed es un usurpador; que Hixem ha muerto envenenado, y que ellos, con los que les sigan, resistirán las órdenes del tirano mientras les quede sangre en las venas y brío en el corazon.

Llenos de entusiasmo los soldados, juran no abandonar á sus caudillos, y triunfar ó sucumbir con ellos en la

demanda. Luégo caen de improviso, guiados por sus jefes, en la plaza de palacio, cercan el edificio y empiezan á pedir á gritos la cabeza del Emir, tratándole de traidor y asesino.

Aunque Mohamed era previsor y tenía adoptadas las disposiciones necesarias para hacer cumplir su decreto y dominar toda resistencia, no se esperaba tan brusca acometida; así que era muy escasa la fuerza que en aquel momento guarnecía el alcázar. No desmayó, sin embargo, y repartiendo convenientemente sus soldados, sostuvo con vigor el asedio, dando lugar á que llegasen más tropas leales. Los esclavos se unieron á los árabes, y acudiendo igualmente el pueblo, que odiaba á los africanos, á ponerse de parte del Califa, creció la pelea, extendiéndose tambien á otros puntos de la infortunada capital, donde la guerra civil habia tomado asiento y naturaleza.

Dos dias, porfiada y sangrienta, duró la lucha. Raxid y Suleiman obraron prodigios de valor. Desgraciadamente, en uno de los terribles choques que sin cesar se renovaban, y cuando Raxid con los suyos, cual torrenciente asolador, iba arrollando cuanto se le ponía por delante, una flecha disparada desde una ventana le atravesó el corazon. Al verlo caer exánime del caballo, su gente quedó consternada, y aflojando ya el ímpetu de su fiera nativa, se vió compelida á abandonar la plaza. Los hijos del Mogreb habian sido vencidos, pero no domados. Respirando ódio, jurando venganza, reconocieron por jefe supremo á Suleiman, bajo cuyo mando y direccion se alejaron de Córdoba, aunque no sin dejar en

sus alrededores tristes señales de vandalismo y rapacidad. Ricas alquerías fueron saqueadas, y varios grupos de aquellos bárbaros, ávidos de botín y exterminio, se corrieron á Medina Zahra con el feroz intento de saquearla y destruirla, propósito que los salvajes empezaron á ejecutar prendiendo fuego al maravilloso alcázar y otros edificios. Lo cual, notado con indignacion por los cordobeses, Wadha salió en persona al frente de mil caballos á poner coto á aquellas abominables depredaciones.

Los africanos huyeron al acercarse los árabes, que aún llegaron á tiempo de salvar con sus tesoros la mayor parte de la poética mansion de los Omeyas, pero no de evitar que en otros puntos ardiese hasta consumirse el caserío.

Al aproximarse Wadha á un extremo de la poblacion, donde era más densa la humareda, un extraño espectáculo, lleno de terrible amargura, se ofreció á su vista: una vieja escuálida y desgredada, hecho jirones el vestido y subida en un montecillo á corta distancia del incendio, señalaba con el dedo, riéndose á carcajadas entre convulsas contorsiones, una casita blanca que devoraban las llamas : era la desventurada Justina, la loca de la risa, como la llamaba el pueblo, y á cuyo pobre hogar habian prendido fuego los berberíes.

V.

Movido por el deseo cada vez más vehemente de poseer á Sélina y por el ciego afán de la venganza, el caudillo de los africanos, que no era, por otra parte, muy escrupuloso en los medios con tal que condujesen al fin que se proponía alcanzar, ajustó pactos con Sancho García, conde de Castilla, conviniendo en cederle várias plazas y fortalezas en cambio de una hueste numerosa que le ayudase á llevar á cabo la empresa que intentaba. Sancho cumplió su promesa, y Suleiman, reforzados sus berberiscos con tropas leonesas y castellanas, volvió sobre Córdoba á probar de nuevo la suerte de las armas.

El Emir, no ménos valeroso que su adversario, le salió al encuentro con sus bizarros andaluces; pero trabada la pelea con furia igual por ambas partes en el sitio llamado Gebal Quintos, á breve distancia de la capital, la inconstante fortuna le volvió la espalda, y dejando millares en el campo, con las reliquias de su destrozado ejército corrió á refugiarse en Toledo al abrigo de su deudo Obeidhala, walí de aquella provincia, quedando abiertas al vencedor las puertas de la metrópoli.

Demasiado sabía Suleiman el odio de los cordobeses á los africanos; y no estando muy seguro de que el pueblo permaneciese tranquilo á su entrada en la ciudad, la estuvo demorando un dia y otro con estudiados pretextos.

Entre tanto, el verdadero árbitro de Córdoba lo era el sagaz y flexible Wadha, cuyo consejo todos buscaban en aquel trance, y á quien todos respetaban y obedecian. Antes de tomar una resolucion, tambien quiso consultarle Suleiman, llamándole con ese objeto á su tienda.

Wadha, que siempre hallaba medio de sobrenadar en la confusa marejada de los opuestos bandos, inclinándose con los esclavos del lado que más ventajas le reportase, no tardó en presentarse al caudillo de los berberies, que lo acogió con señaladas muestras de consideracion y le habló de esta manera:

—Bien sabes que la victoria de Gebal Quintos me hace dueño del Imperio, y que sería verdadera demencia de parte de los cordobeses querer estorbarme la entrada. Sin embargo, como no faltan espíritus inquietos, ni gentes que sólo viven de disturbios y revueltas, te he mandado llamar para saber de tus labios si al franquear las puertas de la capital he de llevar en la diestra el hierro ó la oliva. Yo vengo de paz. De la actitud sumisa ú hostil de los cordobeses dependerá la mia. No quiero abusar del triunfo, ni trató de ahondar divisiones, sino de borrarlas. Nadie será por mí vejado ni oprimido, mas es forzoso que mis tropas sean bien recibidas, sin que aviesas demostraciones vengan de nuevo á enconar los ánimos.

— Yo te respondo de que no habrá á tu entrada ni el más leve desórden. Todos hacen justicia á tu valor y á tu moderación despues de la victoria. Y muchos que creen que Hixem fué envenenado por Mahomed, piensan que su derrota fué justo castigo del cielo. Ademas, la poblacion está ya hastiada de sangre y fatigada de luchas estériles. Llegas á tiempo y bajo buenos auspicios. Abandónate sin temor á tus instintos generosos; sé justo y reparador; las bendiciones del cielo caerán sobre tu cabeza.

— ¿Y qué puedo hacer?

— Nadie se halló jamas en situacion igual á la tuya, y bien puedes llamarte protegido de Dios. Tú puedes salvar el califato de su ruina y restaurar en el trono la justicia y la legitimidad.

— No te comprendo.

— No me comprendes, porque ignoras un secreto que te importa saber y te voy á revelar. Hixem II no ha muerto. Yo lo salvé de los criminales intentos de Mohamed. Su enfermedad, su fallecimiento, su entierro, no fueron más que una farsa infernal y una odiosa superchería.

— Tú sueñas... ¿Y el cadáver, que vi con mis propios ojos?

Wadha le contó en breves palabras lo que habia acontecido.

— ¿Será verdad lo que me cuentas?

— Alah me niegue el Paraíso si digo mentira. Sí, vive Hixem, y si tú, que venciste la usurpacion, volvieres el trono á su legítimo dueño, la historia te llamaria

El Justo. Cerrando la puerta á bastardas ambiciones, afirmarias la paz, y por tu prudencia y tu valor tal vez renacerian el sosiego y la prosperidad.

Suleiman, que, aunque rudo, era magnánimo y generoso, se sintió perplejo un instante y como persuadido por las razones de Wadha; pero la imágen de Sélima apareció entónces en su mente, y comprendió que de nuevo la perderia con el restablecimiento de Hixem. En realidad no era la ambicion del trono lo que agitaba su pecho; mas por un capricho de la suerte era forzoso que lo ocupase para ser dueño de la que amaba. Esa consideracion lo decidió al fin, y contestó al esclavo de esta suerte:

— Wadha, no sé qué me causa más admiracion, si la malicia de Mohamed ó tu firme y acendrada lealtad. Participo de tus sentimientos y me holgára de cumplir tus deseos, pero que no te ciegue el corazon: no es el momento de entregarnos á manos tan débiles. Antes que todo es pacificar el Imperio, apoderarnos, vivo ó muerto, de Mohamed y reducir á la obediencia á los walíes rebeldes. Si las circunstancias nos favorecen, á su tiempo y sazón restaurarémos en el trono al hijo de Alhaken. Entre tanto, que nadie sepa que alienta aún, ni que hemos tenido esta conversacion.

Wadha tornó á Córdoba, y al siguiente dia Suleiman entró en ella tambien con sus tropas, que, á ejemplo de lo acontecido á Mohamed, lo proclamaron Califa.

No bien tomó posesion del régio alcázar y recibió el homenaje que, con más ó ménos espontaneidad, le prestaron los magistrados de la ciudad y las altas corpora-

ciones civiles y religiosas, se envolvió en un haik, y saliendo á la calle, sin ser visto, por una puerta excusada, se dirigió al modesto albergue donde Sélima, bajo los negros paños que llevaba por la falsa muerte de Hixem, escondia su profundo dolor por la muy triste y verdadera de su dulce é inolvidable Aléxis.

—Sélima, le dijo el nuevo Emir, al pedirte por esposa, dándote pruebas de lo tenaz é invencible de mi pasión, me ofreciste ser mia si arrojaba del solio al cruel usurpador. Cumplido está tu deseo. Alah quiso darme la victoria, y con ella, sin ambicionarlo yo, el centro de los califas, que rindo á tus piés.

—Tuya soy, Suleiman; pero ántes de que me llames esposa es mi deber revelarte un arcano que acaso ignoras. Hixem vive aún.

—Lo sé. Mas ¿qué importa? Si saliese de su reclusion, ¿con qué derecho te reclamaria? Nosotros hallamos vacante su trono y disuelto su harem. ¿No creen todos en su muerte? ¿Qué motivos ostensibles tenemos nosotros para no participar del comun error? Además, ¿qué eras tú en el palacio de Hixem? Un adorno más en sus juegos, una flor entre mil, cuyo perdido aroma se llevaban los céfiros. Yo te elevo á la jerarquía de esposa y me ligo á tí con sagrados lazos, que él en su apatía é indiferencia no se cuidó jamas de formar.

Sélima, llena de gratitud, le alargó la mano, que él llevó á sus labios, y que no soltó de las suyas ántes de ponerle en un dedo una preciosa sortija con un encendido rubí, en prenda esponsalicia.

Al dia siguiente se verificó la boda, exenta de pompa

y público aparato, como convenia á las especiales circunstancias en que se hallaba la novia.

Si Suleiman hubiese podido leer en el pecho de su amada, el más cruel desencanto helára su corazon y hubiera huido de ella con horrible amargura. Sélima no buscaba la dicha de esposa; otro pensamiento la dominaba; aquella union era sólo un sacrificio que se imponia, con el único objeto de vengar la muerte de su adorado Aléxis. No es decir que no estuviese reconocida al bizarro caudillo que tanto amor le mostraba y á tan arduas empresas se habia por ella arriesgado; pero en realidad más se curaba de mantener vivo en su alma, como votiva luz de un sagrario, el dulce recuerdo de su bien perdido, que de los obsequios del rendido esposo y de su ventura presente. ¡Ah! no es dudoso que de haber podido elegir entre el pobre declamador griego y el victorioso adalid africano, no hubiera vacilado un momento en irse con el primero, como Angélica con el gentil pastorcillo Medoro, causando la desesperacion y locura de Orlando. Y es que ni la grandeza, ni el oro, ni el prestigio del valor ó de la virtud, ni humano poder alguno, logran atajar el corazon en su caprichoso vuelo, y que el ciego amor todo lo desdeña y todo lo arrolla para llegar al objeto deseado.

Por fortuna de Suleiman, lo que su esposa amaba era simplemente un recuerdo, una sombra, acaso un sér misterioso y etéreo, sólo perceptible á sus ojos, y en quien su alma enamorada podia complacerse sin suscitar la fiebre de los celos en el apasionado Emir.

Desde que la mísera Justina vió convertido su hogar en humeantes escombros, puede asegurarse que no habia tenido domicilio fijo. Wadha, compadecido de aquella infeliz, y pensando siempre que su testimonio podria serle útil en algun caso, le procuró otro albergue; pero ella á lo mejor desaparecia y pasaba noches enteras errando como un fantasma entre las abandonadas ruinas de su antigua mansion. Otras veces se la veia recorrer con tétrico afán las calles de la capital, como álguien que busca desatentado, y no encuentra, algo muy precioso que ha perdido. No haciendo, por otra parte, daño á nadie, y considerada generalmente como una víctima de la rapacidad y barbarie de los odiados berberíes, todos en Córdoba la compadecian; y muchos vecinos, sobre todo desde que le daban con ménos frecuencia los accesos de epiléptica risa, la llamaban á sus puertas y le ofrecian de buen grado socorros de toda especie. Ella no hablaba, ó á lo más proferia algunos monosílabos; pero con vaga sonrisa de amarga dulzura y una lágrima en los hundidos ojos, agradecia las muestras de compasion que se le prodigaban.

Sélíma tambien la socorria con vivo interes, informándose á menudo de su estado y necesidades; y prevaleándose del gran ascendiente que ejercia sobre Suleiman, le habló un dia en favor de la desgraciada, contándole la verdadera causa de su locura y cómo en el incendio de Medina Zahra habia perdido hogar y hacienda. A pesar de su natural rudeza, era Suleiman generoso y compasivo, y la palabra «reparacion» salió espontáneamente de sus labios, dando á Sélíma carta blanca para

que ella mitigase tan acerbo infortunio como le dictára su corazon.

No deseaba Sélina otra cosa, y sabedora de que, perteneciente al patrimonio imperial, habia en las afueras de Córdoba una alegre casita deshabitada y de análogas condiciones á la que Justina habia perdido, resolvió dársela por los dias de su vida.

Hallábase el pequeño edificio situado á cierta distancia de la Rusafa, y no léjos de la Torre de la Cautiva, en paraje algo extraviado, pero sano y seguro: rodeábala un jardincito y tenía una azotea, desde la cual se dominaba parte del ameno valle del Guadalquivir.

Para completar la merced, Sélina señaló una pension á su protegida y le destinó una de sus siervas de más confianza para que la acompañára y asistiese. Ya todo acordado, quiso ella misma participar á Justina la gracia de que habia sido objeto, y mandó que la trajesen á palacio, si bien recomendando que no la entrasen por la puerta principal, ni por el gran patio, funesto teatro de su desgracia pocos meses ántes.

Leila, una de las más discretas servidoras de Sélina, fué la encargada de la comision, y no sin dificultad logró arrastrar á Justina á casa de su bienhechora.

Al fin entraron ambas en palacio, evitando la puerta principal y tomando una excusada que habia á otro lado del edificio; pero al atravesar un patio interior, en cuyo centro se levantaba un monumento de mármol entre unos sauces, como Leila notase que Justina fijaba en él la vista, — «Es, le dijo sencillamente, el sarcófago donde yace olvidado el cuerpo de Hixem.»

Al oír estas palabras, Justina, con asombro de su compañera, corrió precipitada hácia el túmulo, y postrándose al pié, se puso á besar la piedra y á llorar y á reírse al mismo tiempo. Todos los esfuerzos, todas las reflexiones de Leila, que consideraba como verdadero rasgo de demencia la súbita explosion de dolor de aquella mujer ante el sepulcro del difunto califa, fueron inútiles para calmarla é inducir la á seguir adelante. Fija al lado del monumento, no veía más que la imagen que el mármol aquel encerraba, ni oía otra cosa que las internas voces de su desgarrado corazón.

Desesperando al fin de persuadirla, Leila la dejó allí clavada y corrió á participar á su señora lo que ocurría, manifestándole que, en su sentir, la pobre vieja estaba loca rematada. Y por cierto no fué poca su sorpresa al ver la mirada severa y de reconvencion que su ama le lanzó oyendo tal especie, y que, invitando á Suleiman, en aquel momento con ella, á pasar á una estancia que daba al patio en que Justina sollozaba junto al mausoleo, ambos se pusieran á contemplar con sincera emocion, desde una ventana, aquel doloroso cuadro.

Sélina resolvió bajar ella misma, y acercándose á la desolada madre, así le dijo con trémula voz, en que vibraba el sentimiento: — «Yo sé cuán grande es tu desventura, y el cielo me es testigo de que nada dejaria de hacer por remediarla, si remedio hubiera. Ten resignacion. Aléxis es más feliz que nosotras y te envía cariñosos besos desde el Paraíso. En cambio, tus acerbas lágrimas caerán eternamente como gotas de fuego sobre el corazón de tu verdugo. Dios es justo y vengador. Ma-

homed ha sido arrojado del trono y empezó para él la hora de la expiacion. Yo amaba á tu Aléxis; y ya ¡ay de mí! que no me sea dado volverte la dicha que perdiste, haré lo posible por endulzar tus penas. De aquí en adelante vivirás tranquila en una casita cerca de Córdoba, que mi generoso señor te regala. Y para que tengas el triste consuelo de guardar tú misma los restos mortales de tu hijo, yo haré enterrar su cadáver en el jardin que la rodea, y pondrémos sobre tan queridos despojos una blanca losa con su nombre grabado, para que ores en ella y la adornes con coronas de cipres y vasos de flores. Yo cuidaré de que nada te falte.»

Como entre dos almas que conmueve un mismo sentimiento se establece en seguida una corriente magnética que las enlaza y hasta las confunde, Justina, que no habia prestado la menor atencion á las frias observaciones de Leila, se fué serenando y miró en silencio, pero con indefinible dulzura, á la desconocida que le hablaba de aquel modo. Era en vano que la infeliz tratase de articular palabras, y no lo intentaba; áun sin ellas, la vaga luz que animó sus ojos sombríos y la ligera contraccion de sus cárdenos labios revelaban hondo agradecimiento. Su pecho respiraba con más calma. Habia llorado sobre la tumba de su hijo, y por vez primera, desde su terrible infortunio, encontraba un corazon que respondiese al suyo, un alma piadosa, que sabiendo la causa de sus penas, demostraba comprenderlas y sentirlas.

Despues de esta tierna escena, fácil le fué á Sélima

hacerla conducir á la nueva morada que le habia dispuesto.

La exhumacion del cuerpo de Aléxis y su traslacion á la casa de la infeliz madre no dejaban de ofrecer dificultades, exigiendo grandes precauciones; pues era forzoso que actos tan ocasionados quedasen sumidos en el más profundo misterio. Sélima, que estaba, sin embargo, como hechizada con el recuerdo de su malogrado amante, y que, dominada por su extraña pasion de ultratumba, parecia complacerse en vivas y dolorosas emociones, ya no se contentaba con evocar la imágen de su amor en el fondo de su alma, sino que, dominada no sé por qué fantástica obsesion, sentíase aguijada del irresistible deseo de volverla á contemplar en su forma terrenal y humana, y ver qué habia hecho de aquel rostro tan dulce y expresivo la mano implacable de la muerte.

Suleiman, que no podia, ni remotamente, imaginar la intencion verdadera que su mujer llevase, y que creia ser meramente un generoso impulso de exaltada conmiseracion lo que la movia, asintió sin reparo á su proyecto de exhumacion. Aunque tal vez lo hiciera tambien por cerciorarse con sus propios ojos de que no era, en efecto, el cadáver de Hixem II el que bajo ese nombre yacía en el mausoleo.

Para la ejecucion de la fúnebre empresa, y á fin de que todo quedase en el más hondo arcano, se llamó á

Wadha, quien, por captarse la buena voluntad de Sélíma, de buen grado se encargó de realizarla, auxiliado de un siervo de toda la confianza de Suleiman y de dos esclavos de la suya propia. El acto deberia llevarse á cabo de noche, con el mayor sigilo. Para que los servidores de palacio nada pudiesen saber ni sospechar, con pretexto de reparos y reformas en aquella ala del edificio, anticipadamente se fueron desalojando y cerrando las habitaciones todas, cuyas puertas ó ajimeces daban al patio del túmulo, en el cual ya á nadie se permitió la entrada.

Tomadas cuantas precauciones se juzgaron necesarias, se designó al fin la noche de la exhumacion.

Nada más fantástico y conmovedor que aquella lúgubre escena. Wadha y uno de sus auxiliares, con antorchas en las manos, alumbraban el sepulcro, miéntras los otros dos se ocupaban en desoldar la pesada losa que lo cubria. Entre los sauces que rodeaban al monumento, caprichosamente iluminado por la trémula llama de los hachones, se destacaba la figura imponente y severa de Suleiman, contemplando la obra, grave y silencioso. Y medio oculta detras de las ramas y envuelta en su manto, Sélíma la presenciaba tambien, toda anhelante y temblorosa.

Despues de algunos minutos de trabajo consiguióse levantar la losa, y del interior del sepulcro sacaron, no sin esfuerzo, la caja, que era de alerce, primorosamente labrada, y la colocaron en el suelo. Suleiman ordenó entónces que alzasen la tapa, y apareció á la rojiza luz de las antorchas el lívido cadáver de Aléxis disfrazado de

califa. El alcanfor y los aromas que habian echado en el féretro mantenian el cuerpo incorrupto y en el mismo estado que habia sido expuesto al público despues de la muerte. Todos fijaron en él las miradas, llenas de curiosidad é interes. Sélima se adelantó dos pasos, tendiendo el cuello con ávida impaciencia; pero al clavar los ojos en el marchito rostro del muerto, sintió que se le turbaban los suyos, que perdía pié, y por no venir á tierra se asió apürsuradamente de una rama.

Luégo que Suleiman hubo considerado el cadáver, sin decir palabra se acercó á su esposa y ambos se retiraron; mas ella le dejó ir delante, y no bien hubieron andado algunos pasos, volvió atras rápidamente, y echando en el ataúd un manojillo de flores que llevaba debajo del manto, tornó á juntarse con el Emir, disimulando su profunda emocion. El inanimado cuerpo fué despojado de las insignias imperiales y revestido de una mortaja adecuada, con lo cual cerraron el féretro, y envolviéndolo en una estera de palma lo sacaron del alcázar, y á lomo de una caballería, de antemano preparada, lo condujeron á la mansion de Justina, en cuyo jardin fué piadosamente sepultado.

VI.

Poco duró á Suleiman el tranquilo goce de su alta investidura, ni era posible que miéntras alentase su competidor tuviera momento de reposo, ni afirmase la planta sobre el trono. Se aproximaba ya, pero no habia sonado todavía, la hora decisiva del predominio africano. El elemento árabe no se daba por vencido, y, no obstante Gebal Quintos, se erguia de nuevo y otra vez levantaba audaz y arrogante la cabeza. Mohamed, sostenido por diversos walíes de las provincias del sur y de la España oriental, allegaba refuerzos, reorganizaba su hueste y se aparejaba sin descanso á vengar su derrota. Suleiman le habia, por otra parte, enseñado el modo seguro de vencer, y aprovechando el ejemplo, solicitó el auxilio de los poderosos Condes de Barcelona y Urgel, como el caudillo de los berberíes con tanto éxito lo habia anteriormente solicitado del Conde de Castilla. Ni se descuidó tampoco en esta ocasion, atravesándose en las negociaciones de su rival y entablándolas por su lado con aquellos príncipes, que estuvieron á punto de romper sus tratos con Mohamed; pero éste les ofreció mayores ventajas, con lo cual se decidieron por él, acudiendo desde

las montañas de Alfranc á sostener su causa con nueve mil almogávares, á cuya cabeza venian, ademas de los Condes, los santos prelados de Barcino, de Vich y de Gerona, á quienes, por lo visto, el báculo del pastor no les incomodaba para manejar la espada del guerrero. Curiosa época aquélla, en que los príncipes cristianos, á manera de vulgares *condottieri*, no hallaban reparo en vender su sangre á los caudillos musulmanes, y en que mitras y turbantes se veian revueltos en el mismo campo, peleando por la misma causa con igual desnudo.

Mohamed no se habia equivocado en el provecho que le reportaria la pujanza de sus auxiliares.

La batalla se empeñó encarnizada y sangrienta en Acbatalbacar, á pocas millas de Córdoba. Nubes de polvo y de flechas oscurecian el sol; una y otra vez cargó como el huracan la caballería africana, y otras tantas se estrelló en el muro de hierro de las picas almogávares. La sangre generosa de ismaelitas y cristianos corrió mezclada y á torrentes. Allí perecieron, víctimas de su extraño celo, los augustos prelados; allí cayeron para no levantarse jamas los más ilustres y valerosos musulimes, y con ellos la flor de la nobleza catalana. El mismo Conde de Urgel, mortalmente herido, espiró en el teatro de la lucha. Pero ¿qué importa? El triunfo estaba conseguido. La caballería africana habia sido completamente deshecha, y Suleiman, con las reliquias de su destrozada hueste, corria fugitivo por valles y montes, con ánimo de ganar el Estrecho de Gebel-Tarik y recobrarse en África de su terrible descalabro. El desastre de Quintos estaba vengado, pero la causa del califato andaluz

estaba herida de muerte; que no habia ya poder humano capaz de borrar los ódios y divisiones que engendraban el espíritu de caudillaje, la pugna de clases y el antagonismo de razas.

Mohamed entró de nuevo triunfante en Córdoba. El pueblo lo recibió indiferente y silencioso. Es verdad que no habia familia que, en uno ú otro bando, no hubiese perdido alguno de sus miembros, y que para los buenos musulimes era grave pecado la alianza de Mohamed con los cristianos, á los cuales, mucho más que al propio valer y esfuerzo, debia la victoria y el trono. Sea de ello lo que quiera, por segunda vez se veía encumbrado á la suprema jerarquía, que es lo que le importaba.

Tomadas algunas disposiciones de orden interior y reorganizados sus escuadrones, salió con ellos de la capital, dirigiéndose apresuradamente hácia Algeciras, cerca de cuyo punto acampaba Suleiman, concertando pactos y alianzas con los emires africanos y reforzando sus mermadas tropas.

Apénas lo avistó Mohamed, impaciente por atacarlo y destruirlo, y confiando demasiado en la superioridad numérica de sus fuerzas, sin dar á su gente el preciso descanso despues de tan precipitada marcha, se arrojó con su hueste sobre los contrarios, que, frescos, apercebidos, y, ademas, en buenas posiciones, no sólo resistieron el choque, sino que cerraron denodadamente contra los enemigos, causándoles bastantes bajas y obligándoles á emprender la retirada, aunque sin perseguirlos, por no apartarse de su base de operaciones.

Expedicion tan poco lucida y afortunada no aumentó

ciertamente el prestigio de Mohamed con los cordobeses, y el desabrimiento de éstos creció de punto al ver pasearse por la ciudad, como señores, á los fieros catalanes, y las humildes deferencias de que eran objeto por parte del Emir.

La escasez y encarecimiento de los víveres, natural consecuencia de las guerras intestinas que habian desolado los campos, y de la aglomeracion de tropas en la capital, avivaron el público descontento; y notándose síntomas de agitacion entre los esclavos y suscitándose constantes quejas contra los extranjeros auxiliares, cuyos altivos jefes parecian, á su vez, muy irritados con las amenazas é improperios que en papeles anónimos se les dirigian, Mohamed, con harto sentimiento suyo, tuvo que despedir á los rudos almogávares, no sin colmarlos de presentes, sospechando, acaso, que ántes de mucho se veria obligado á llamarlos de nuevo.

Los hijos de Alfranc ya no estaban en Córdoba, pero otros huéspedes peores, el hambre, la miseria y la enfermedad, tomaron carta de naturaleza en la metrópoli andaluza.

Ya no llegaban los sacos de candeal que, en mejores dias, eran estrechas á contener las vastas alhóndigas; ni venian á los mataderos las manadas de rollizas vacas y de lúcios chotos que en otro tiempo las abastecian; ni ménos se veian en los mercados las frescas legumbres y deliciosas frutas de los huertos circunvecinos. La guerra habia devastado las más fecundas comarcas del Guadal-

quivir; cuadrillas de malhechores infestaban los caminos, siendo terror de marchantes y trajineros, y todo contribuía á encarecer más y más el precio de las vituallas. Pero, si no llegaban los abundosos bastimentos de otras veces á la populosa ciudad, en cambio se le entraban por las puertas nubes de harapientos mendigos, que iban de casa en casa implorando la caridad con lamentoso clamoreo, cuando no asaltaban las tahonas ó invadian en confuso tropel las lonjas y bazares. Día y noche recorrían la poblacion patrullas de kaschefs para evitar conflictos. Entre tanto Suleiman allegaba nuevos parciales y rehacía su hueste, y miéntras se aparejaba á un golpe decisivo, mantenía en perpétua alarma el imperio con sus algaradas y correrías.

En vano Mohamed, que sentía hundirse el trono bajo sus plantas, impetró el apoyo de los walíes de Mérida y Zaragoza y de los alcaides de las plazas fronterizas; unos y otros se excusaban con especiosas disculpas; que ya ninguno abrigaba otra idea que apropiarse algun despojo del califato en inminente ruina.

A las calamidades de la guerra y del hambre vino á juntarse, como de ordinario acontece, una epidemia que diezmaba particularmente á los ancianos y á los niños, dando pábulo al siniestro rumor de que estaban envenenadas las fuentes públicas. Las familias acomodadas huían de la ciudad, y de las mismas tropas, hasta entónces leales, muchos desertaban para ir á incorporarse á las bandas de Suleiman. En tan críticas circunstancias nadie sabía qué partido tomar. En balde se consultaba al cuerpo de los imanes, á los jefes de la milicia, á los

notables de la ciudad, y todo eran idas y venidas y estériles deliberaciones: el mal parecía no tener remedio, cuando el astuto Wadha, por medio de un golpe de audacia, intentó hallarlo, y salida á tan apurada y angustiosa situación.

VII.

Era llegada la época del Ramadan, y ademas, el solemne dia en que se celebraba el santo y glorioso aniversario de la fuga del Profeta á Medina.

«¡Dios es grande! ¡No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta!», gritaba el muezin desde el alminar con incesantes voces, convocando á los fieles á la insigne aljama.

En la metrópoli andaluza, como en todos los pueblos en que imperaba el Coran, era considerado aquel dia como el más augusto y venerable de todo el año, y celebrado con igual entusiasmo y piadoso fervor en todas las mezquitas de Oriente y Occidente.

Al influjo de los grandes recuerdos que aquella fecha sublime despertaba en el alma de todo buen musulman, las fieras pasiones parecian calmarse, extinguirse los odios, borrarase las rencillas y divisiones.

Era como una tregua en las enconadas luchas de los opuestos bandos, un dia de penitencia y abnegacion, en que perdian su avasallador influjo todos los incentivos terrenos. Dijérase que el fiel ismaelita, fortificado por la divina gracia, lograba en aquella ocasion, siquiera fue-

se pasajeramente, romper los lazos con que Iblis, al-Dounia, al-Nefs y al-Hewa (1), los cuatro enemigos tentadores del alma, lo tienen estrechamente aprisionado.

Ese día la vida es sinceramente considerada como un tránsito doloroso, el mundo como una triste posada en que hacemos noche, sin hallar descanso; y son desdeñadas las riquezas y menospreciados los esplendores humanos, como polvo deleznable ó vana humareda que deshace el soplo de la muerte. Ese día el musulman no vive más que para las maceraciones del ayuno y de la vigilia, las puras expansiones de la caridad, los íntimos arrobos de la plegaria.

Fuera de la famosa Kaabah de la Meca, no había templo alguno en que se venerase el Coran, que superase en hermosura, grandiosidad y magnificencia á la prodigiosa mezquita, gloria de los Omeyas cordobeses. Otros años, por la misma época, millares de peregrinos de todas las provincias del imperio, y aún de los confines de la Siria y de la Persia, atraídos por su renombre, ó en cumplimiento de algun voto, acudian á visitar la excelsa Al-kobbat (2), como entónces la apellidaban, por la gallarda cúpula que se elevaba en los aires, teniendo por remate y corona una granada de oro. Pero las calamidades que desde algun tiempo llovian sobre

(1) Iblis, el diablo; al-Dounia, el mundo; al-Nefs, la codicia; al-Hewa, el amor.

(2) Cúpula. — Hoy no existe. Sin duda desaparecería en las obras y trasformaciones que en diversos tiempos se llevaron á cabo en la mezquita.

el califato, y muy particularmente los disturbios y luchas intestinas, habian ido retrayendo á los devotos de tierras lejanas de venir en peregrinacion al majestuoso santuario, donde Alah se complacia en derramar sus dones y beneficios.

Sin embargo, á pesar de lo revuelto de los tiempos, y de los azares y peligros á que el viajero se exponia, no dejaba de verse entre la fervorosa multitud que se apiñaba en el suntuoso templo, polvorosos y macilentos romeros cubiertos del irham (1), que de los otros fieles los distinguia.

Mezclados al pueblo entremos ya en el augusto recinto, grandioso teatro de una de las más extrañas é importantes escenas del drama que vamos narrando.

No obstante su amplitud y extension, las treinta y ocho naves que van de ocaso á oriente, en la vasta mezquita, son estrechas á contener la muchedumbre inmensa que en actitud devota y recogida acude á prosternarse ante el Mirhab (Sancta-Sanctorum) y á escuchar de boca de los imanes la divina palabra.

Tupidas cortinas de seda cubren los ajimeces y claraboyas, y quedáran los ámbitos en negra oscuridad á no inundarlos con sus resplandores las cuatro mil lámparas de plata que ardian suspensas de la rica y olorosa techumbre. De trecho en trecho, y simétricamente colocados entre las esbeltas columnas de vistosos jaspes, calados pebeteros de elegante forma dejaban escapar azu-

(1) Capa de peregrino.

lados vapores, que saturaban la atmósfera de fragantes aromas.

Los fieles que no logran penetrar en el interior de la mezquita llenan á su vez el anchuroso patio de los Naranjos, donde están las fuentes de las abluciones, y allí se postran ante las puertas del santuario, abiertas de par en par; y aún la vasta plaza de la Mosallah (1), á que da la fachada principal del templo, se cubre tambien de apiñado gentío.

Pero volvamos al sagrado recinto, donde se acerca el momento en que la inspirada palabra del Katib caiga como benéfica lluvia sobre las almas de los creyentes. Segun la ley y la costumbre, los hombres casados ó viudos ocupan los primeros puestos, de hinojos ó sentados en ruedos de palma; detras de ellos, los solteros y más jóvenes, de pié, por falta de espacio para arrodillarse; y á ambos lados, separadas por una verja de apiñados arabescos, y enteramente cubiertas con sus mantos, las matronas y las vírgenes. En la nave central, dentro del espacio cobijado por el gran cimborio, elévase la *mak-soura*, tribuna donde el califa, acompañado de sus más altos dignatarios, suele asistir á las religiosas solemnidades. El rico almohadon de terciopelo y oro, que sólo tiene derecho á ocupar el que es á la vez rey y pontífice, está desierto aquel dia. Mohamed, impotente para remediar las calamidades públicas, suspicaz, cauteloso, y

(1) Plaza en que el pueblo se reunia á orar en ciertas épocas del año, y en que se verificaba la *Fiesta de los sacrificios*, una de las cuatro pascuas en uso entre los musulmanes.

no osando afrontar las miradas del pueblo, habia pretextado una indisposicion para no presentarse en la aljama. A falta del califa veíase á Wadha en la tribuna régia, y á otros personajes de valía, algunos enteramente envueltos en sus haiks, calada la capucha y prosternados con gran recogimiento. Enfrente se levantaba el púlpito ó mimbar, á cuyo pié se extendia, en un espacio reservado, el Sacro Colegio de los imanes, ó sea de los ministros encargados de la enseñanza religiosa, de interpretar y explicar la divina leyenda, sentados en cojines de seda sobre alcatifas de Esmirna, con las piernas cruzadas al modo oriental, la cabeza inclinada sobre el pecho, en completa inmovilidad, como una hilera de estatuas de mármol blanco.

En medio de profundo silencio el venerable Katib subió al mimbar, y cruzando los brazos y haciendo una profunda genuflexion, con voz solemne pronunció la sagrada fórmula, señal y comienzo de la azahala: — «En nombre de Alah clemente y misericordioso.» Á estas palabras, con que el ángel Gabriel abrió su revelacion al Profeta, y cuyo poder es tan grande, que la primera vez que resonaron conmovióse el cielo, retembló la tierra y los ángeles malos cayeron precipitados al abismo; á esas palabras todos se postraron hasta tocar el suelo con el rostro. El Katib siguió recitando el Kotbah, ó sean las diversas oraciones del oficio del dia, y que debian terminar con la que se aplicaba en pro del soberano imperante. Al llegar, sin embargo, á esta parte de la liturgia, con no poca extrañeza de los doctores de la ley, el ministro alteró los términos rituales, rogando á

Dios por el califa *legítimo*, y sin nombrar el que ocupaba el solio.

Acabado el oficio, bajó el katib del púlpito, que debía en seguida ocupar el Daï de los daïs (jefe de los misioneros), á cuyo raro saber é inspirada elocuencia estaba encomendado el sermón que debía pronunciarse en aquella solemne festividad.

El Daï de los daïs, ántes de subir á la cátedra de la sabiduría, con austera expresion y graves pasos se dirigió al Mirbah, y sustrayéndose un momento á las miradas de los fieles, entró en el misterioso y sagrado recinto, donde despues de orar breve espacio, volvió á presentarse ante el pueblo, que impaciente lo aguardaba, y con los ojos bajos, pálido el rostro, la frente meditabunda y los brazos en cruz sobre el pecho, ascendió lentamente al mimbar, adonde en un momento se fijaron todas las miradas. Luégo que se inclinó con profunda humildad hácia el Oriente, en medio de la atencion y silencio general, habló en estos términos, con noble actitud, voz vibrante y palabra de fuego:

«En nombre de Alah, clemente y misericordioso. ¡Oh fieles! grande, glorioso dia el que hoy conmemoramos; sublime aniversario, que, miéntras el sol alumbra, y crezca y mengüe la luna, celebrarán los humanos en la tierra y eternamente los ángeles en el cielo. No hay más Dios que Dios, único y verdadero. El universo es obra de sus manos, y el sol y las estrellas pálidos reflejos de su grandeza. En el hondo arcano de sus inescrutables designios creó al hombre; y si llevado de su ineludible justicia, al ver que prevaricaba, castigó in-

dignado su funesta culpa, quiso al mismo tiempo, como padre amoroso, levantarlo de su postracion, y guiarlo y dirigirlo en el áspero camino de la vida, para que, triunfando de la muerte, pudiese alcanzar el Paraíso. Llevado de su bondad infinita, Él se dignó hablar á nuestro padre Ibrahim desde la zarza ardiente, y á Mouza desde la tormentosa cumbre del Sinaï, abrasada en fulgorosa lumbre. Él animó con su propio espíritu á Issa, el hijo de María, y por último, á fin de que no cupiese duda ni error en la conducta de los humanos, y viesen claro y distinto el derrotero que debian seguir para salvarse, por un acto sublime de su inefable amor, envió al arcángel Gabriel para que dictase á su elegido, nuestro santo Profeta, el maravilloso libro de la ley, única expresion de la verdad divina, inextinguible faro, á cuyos vívidos resplandores se renovó la tierra. — Los pueblos acudieron en tropel á la voz de Mahoma. Los que cerrando los ojos á la luz se obstinaron en vivir en las tinieblas, fueron al punto reducidos á oprobiosa servidumbre. Alah lo habia escrito con letras de fuego en las tablas del destino: no habia más que dos caminos que seguir, ó musulman ó esclavo. — La buena nueva se extendió con la rapidez del rayo por todos los ámbitos del mundo. Las más heroicas expediciones de los antiguos guerreros; las gigantes empresas de asirios, babilonios ó persas; todas las conquistas de Grecia, de Roma y de Cartago, ni compararse pueden á las llevadas á cabo por el glorioso Profeta y por sus ilustres compañeros y sucesores, en quienes el escogido de Alah parecia infundir su propio aliento. Pero ¿qué digo? La obra que se

cumplia era más divina que humana; arcángeles invisibles combatian, sin duda, á la cabeza de los fieles con espadas fulmíneas. ¿Cómo explicar, si no, que en tan breve espacio realizasen tan grandes hechos, y que los mismos compañeros de Mahoma alcanzasen á ver convertidas ó subyugadas las más poderosas naciones? Eran apenas transcurridos cincuenta años de doce lunas desde la santa egira, y la Caldea, la Persia, el Egipto, la Cirenaica, de grado ó por fuerza, habian abrazado la fe del Islam; y hasta los ásperos hijos del Mogreb, bajando la dura cerviz ante el sagrado libro, corrían con fervida exaltacion á engrosar las haces musulmanas, ansiosos de inmolar sus vidas en defensa y propagacion de la buena nueva. Africa y Asia fueron estrechas á la fuerza expansiva del Coran, y en una sola jornada, que tornó en mar de sangre al rauda Guadalete, Taric, Dios le haya premiado su hazaña, aseguró al islamismo la fértil y opulenta Hesperia. Tan rápida é increíble conquista del pueblo que se vanagloriaba de Sagunto y Numancia, y en cuyas montañas tantas veces se estrellaron las águilas de Roma, era clara señal de los altos destinos á que el Omnipotente lo reservaba. Y, en efecto, como si fuesen poco para gobernar tan privilegiada tierra los renombrados walíes que en ellos se ilustraron, por imprevistos sucesos y misteriosas vías les deparó el Señor el excelso linaje de los Omeyas para que fundase el magnífico imperio andaluz, levantase esta aljama portentosa, é hiciese de Córdoba el emporio de la riqueza, la cuna de los héroes, el centro de la religion y de la ciencia. ¿Qué nacion aventajó en esplendor al

califato cordobés bajo el imperio justo y paternal de tan preclara dinastía? ¿Cómo no recordar á sus legítimos representantes, al comparar los quebrantos y miserias de hoy con las dichas y bienandanzas de ayer? ¿Cómo no llorar el haberlos perdido, cuando, al desaparecer del trono, desapareció con ellos nuestra ventura? ¿Cómo no volver los ojos, en nuestra angustia y tristeza, á los egregios príncipes en cuyas manos era el cetro como vara prodigiosa de un mago, á cuyo poder se disipaban todos los males é infortunios? ¡Tiempos felices, en que la gloria y la fortuna acompañaban doquier nuestras armas, y por todas partes reinaban la paz y la salud, la abundancia y la vida! ¿Cómo olvidar á nuestro amado Califa, el benigno Hixem II, en cuyo próspero reinado el mismo Alah parecía complacerse? Niño era aún, cuando sucedió al sabio y generoso Alahken, autor de sus dias; pero la prudencia encarnada en su madre, la sultana Sobeya, de grata memoria, lo acompañaba en el trono, y el insigne Almanzor llevaba en su nombre á las montañas de Algufia el terror de nuestras banderas. ¿Quién nos dijese, cuando vimos con asombro esas groseras campanas—que como bárbaro trofeo cuelgan á nuestros ojos de esas elevadas cimbrias—llegar de Compostela en hombros de infieles, que algunos años despues habíamos de presenciar á los impíos y agrestes soldados de Alfranc, pasearse por nuestra ciudad como auxiliares, más bien como señores, ¡oh baldon! con la insolencia en los ojos y el desprecio en los labios? ¿Quién nos dijera que á la paz y fraternidad entre musulmanes, hubiesen de suceder la discordia y el encono;

que habíamos de ver convertidos en humeantes escombros los espléndidos palacios de Zahra; desiertos y cerrados aquellos piadosos asilos, fundacion de los Abderahman y de los Alahken, donde el ángel de la caridad cobijaba con sus benéficas alas á los pobres, á los enfermos y á los desvalidos? Memorad cuando aquí venian á visitar esta santa morada millares de peregrinos de los más remotos climas; cuando los sabios más insignes del orbe acudian á ilustrarse á nuestras academias; los embajadores de los más poderosos reyes á rendir homenaje á nuestros califas; cuando el sol de la fortuna, fijo en nuestro horizonte, derramaba su pródiga luz en todo el imperio. ¿Qué nos queda ¡ay! de tantos esplendores? Ruina y desolacion por todas partes. El hambre sustituyó á la abundancia, la enfermedad á la salud, el afan y tristeza á la paz y la alegría.—No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta. Hijos del Islam, macedrad y afligid vuestras carnes, humillad la frente en el polvo, implorad misericordia del que todo lo puede, en la compuncion y sinceridad de vuestros corazones. Él salvó á Noah de las aguas del diluvio, á Muza de las ondas del Nilo, á Jonas del vientre de la ballena, y sacó á Yuzef del fondo de un pozo para exaltar su manse-dumbre y colmarle de riquezas y honores. Él guarda y protege al inocente; perdona al arrepentido; acorre al desgraciado que invoca su santo nombre. Él es dulce, paciente, misericordioso; pero justo, vengador y terrible con la iniquidad y la falsía.—No lo dudeis, ¡oh creyentes! si con tanto rigor su mano justiciera pesa sobre nosotros y así nos abruma y nos quebranta como

vaso de arcilla contra dura roca, es que algun crimen odioso ha atraído el rayo de su cólera sobre nuestra frente. ¿Qué importa que llorosos y contritos imploramos su clemencia, si pudiendo reparar el mal no lo reparamos? — Guardan los venerandos archivos de esta gloriosa mezquita la inspirada profecía de un piadoso fakir, que, iluminado de celeste luz, anunció la ruina del califato el día que el cetro saliese de la sucesión directa. La profecía, bien lo veis, por nuestra desgracia, acaso también por nuestra culpa, ya se está cumpliendo. — Os hablo en nombre de Dios, y os debo palabras de verdad, aunque abrasen mis labios. — Fieles, escuchad atentamente. La usurpación y el fraude se sientan hoy en el trono de nuestros reyes.»

Un sordo rumor y vago estremecimiento del inmenso concurso siguieron á estas palabras.

El Daï de los daïs impuso silencio con el gesto y el ademán, y continuó:

«La muerte de Hixem II fué sólo una indigna superchería para burlar nuestros sentimientos y apoderarse á mansalva del solio. Gracias á la lealtad de Wadha, Hixem fué salvado de la boca del león y de las uñas del tigre. El cadáver expuesto con tantos honores fué el de un pobre juglar, muy semejante en rostro al Califa, ahogado bárbaramente para llevar á cabo tan inicua y abominable farsa.»

Una convulsa, descompuesta carcajada, resonó de repente en el templo. La muchedumbre, que parecía como fulminada con las extrañas revelaciones del vehemente predicador, volvió la cabeza hácia el sitio de donde par-

tia el estrépito, produciéndose un momento de confusión; pronto restablecido el silencio con la salida de la que lo turbaba:

« Ahí la teneis, exclamó el Daï, señalando con énfasis el lugar ocupado por las mujeres: esa desventurada, que vosotros llamais *la loca de la risa*, sin comprenderla, es la madre de la víctima. Al ir á ver al Califa de cuerpo presente, bajo las vestiduras imperiales reconoció el cadáver de su hijo. Tan horrible sorpresa la dejó trastornada y sin habla, y desde entónces exhala su dolor en lúgubres carcajadas. »

« ¡ Muera, muera el tirano! », prurumpió indignada la muchedumbre, sin que bastase á contenerla la augusta majestad del santuario.

« ¡ Silencio! gritó el Daï, y oidme hasta el fin. Va en ello vuestra salud en este mundo y en el otro. Hixem II alienta aún, por dicha nuestra. Alienta, sí, y está entre nosotros, escuchando mis palabras. ¿ Lo dudais? Volved los ojos á esa tribuna, y saludad gozosos al excelso hijo de Alahken y de Sobeya. »

Wadha en aquel punto, quitándole el albornoz que lo cubria, presentó á Hixem al pueblo, que, electrizado de júbilo al reconocerlo, rompió en aclamaciones y vivas.

De la mezquita la nueva corrió y extendióse por toda la ciudad; y el pueblo, olvidado ya del escaso valer del mísero Príncipe, y viendo sólo en él un cambio favorable á sus apremiantes desventuras, lo llevó en triunfo al alcázar, de donde meses ántes habia tenido que huir, como azorado criminal, para poner en salvo su vida.

VIII.

Al salir la gente del templo, en la tumultuaria confusión que habia naturalmente producido el acontecimiento que acabamos de relatar, dos mujeres, cubiertas con negros mantos de la cabeza á los piés, alejándose de la multitud, tomaron por las calles más solitarias. Eran aquellas dos tapadas, Justina y Sélina. Esta, que desde la rota de Suleiman vivia en oscuro y apartado retiro, entregada siempre á su amoroso desvarío, y más preocupada con la idea de vengar al difunto amante que con la suerte que pudiese caber á su turbulento esposo, habia mantenido constantemente buenas relaciones con Wadha, que desde el principio logró persuadirla de que ninguna participacion habia tenido en la muerte de Aléxis, y el astuto eslavo, aprovechándose de las pasiones y sentimientos que la agitaban, fácilmente la ganó á sus planes, logrando que el dia aniversario de la egira llevase á Justina á la aljama, donde su presencia podia serle, como lo fué en efecto, de inestimable valor en el imprevisto lance que maquinaba.

Realizado el intento que Wadha se propusiera, la vengativa Sélina, contenta, si no aplacada aún, con la

caida del odioso asesino de Aléxis, empezó á pensar en sí propia, comprendiendo lo difícil de su posicion y los riesgos á que su casamiento con Suleiman la exponia, vuelto Hixem al trono. Así que, como mejor partido, resolvió ocultarse, una vez que dejára en su hogar á Justina, y salir lo más pronto posible de Córdoba, aunque no ántes de ver el fin del drama, en que tan vivo y apasionado interes ponía.

Tomando, segun arriba dijimos, diferente rumbo que la multitud, sin importarles rodeos por evitarla, llegaron á un puente, que atravesaron, y engolfándose luégo en un arrabal extenso, si humilde y de estrechas y torcidas calles, en que dominaba la poblacion mozárabe, alcanzaron pronto una de las puertas de la ciudad, por la cual salieron al campo.

Era por allí el terreno sinuoso y pintoresco, y lo cruzaban en distintas direcciones várias sendas y caminos, viéndose, á largos trechos, diversos edificios de destino agrícola ó fabril, alternando con casas de recreo de más ó ménos importancia, desiertas ó abandonadas la mayor parte. Nuestras tapadas echaron por un sendero que serpeneaba cerca de un bosquecillo de palmas, y luégo segnia por un terreno inculto, en el que se divisaban á lo léjos, entre matas silvestres, los derruidos muros de la «Torre de la Cautiva», ya enteramente abandonada. Sélima, cuando estuvo á la vista de aquellas ruinas, se paró á contemplarlas con vaga tristeza, y continuando luégo adelante con su compañera, poco despues llegaron á un recuesto, en cuya falda, á la vera de un manso arroyo, se elevaba la casita de Justina.

En el camino guardaron ambas profundo silencio, pues si bien Justina habia recobrado en parte sus facultades, y podia hablar, — á ménos que algun suceso imprevisto no la impresionase fuertemente, — habíánle quedado cierta opacidad intelectual y embarazosa lentitud, como triste consecuencia de su doloroso desconcierto, y era asaz penoso conversar con una persona que tenía que hacer grande esfuerzo para coordinar sus ideas, y mayor aún para expresarlas, siquiera fuese imperfectamente. Así, aunque juntas y en amor y compañía, cada cual iba entregada á sus propios pensamientos.

Sélina resolvió quedarse en casa de Justina hasta el siguiente dia, tanto por hallarse muy cansada, como por el recelo y temor que el residir en Córdoba empezaba á infundirla. Además, en aquel asilo campestre yacian los restos queridos del que, aún despues de muerto, llenaba toda su alma, y ningun lugar más propicio para la evocacion de sus recuerdos y para soñar con la dulce imagen del perdido amante. Tal vez *perdido* no sea el adjetivo adecuado; pues ella, en la exaltacion de su apasionada fantasía, cuando á la caida de la tarde se paseaba sola por su jardin, á cada paso encontraba entre los árboles la sombra de Aléxis; muchas veces, hallándose descuidada, oía su voz, que la llamaba por su nombre; al embargarla el sueño, sentia sus inefables caricias, y aún en ciertas ocasiones de extático enajenamiento, lo veian sus ojos como habia sido, y hasta seguia con él, al ménos ella lo pensaba, tiernísimos coloquios, y las dos almas se abrazaban en un amplexo de indefinible ternura. Tan poéticos ensueños no se armonizaban, es

verdad, con la persona real y efectiva de su nuevo señor, cuya importuna presencia debia á menudo ahuyentarlos y desvanecerlos; pero Sélima, aún viviendo bajo el mismo techo que Suleiman, pasaba en la soledad largas horas, fuera de que podia humillarse como sierva en cuanto á la humana y deleznable arcilla, y con el espíritu y el corazon ser toda de su Aléxis. Sin duda habia en esta manera de ser cierto oscurecimiento moral; pero no olvidemos que Sélima no era cristiana, y que á la atmósfera de corrupcion en que habia vivido, juntábase ahora la extraña pasion que la avasallaba. Bien mirado, su casamiento con Suleiman fué sólo un rasgo de exaltada abnegacion, el doloroso sacrificio de su libertad para vengar la muerte de su amante.

Sea de ello lo que quiera, no habia temor de que en aquellas circunstancias la presencia del noble africano viniese á divertir sus pensamientos del vuelo en que se complacian, y ningun lugar más á propósito para que Sélima se entregase á sus remembranzas y evocaciones, que aquel sosegado retiro. Así fué que, terminada la frugal comida de Justina, compartida con ella aquel dia, Sélima pasó al jardin y tejió una corona de flores, que puso sobre la tumba de Aléxis, junto á la cual sentóse en actitud soñadora. Al verla remover los labios y notar el embeleso de sus ojos y la sonrisa de su boca, hubiérase dicho que no estaba en su razon, ó que, en efecto, su alma y la de su amante, por modo sobrenatural, se comunicaban y entendian.

Ya empezaba á declinar la tarde cuando subió á la azotea para contemplar el paisaje. Mas de pronto llamó

su atencion un piquete de Kaschefs, que subiendo por el camino, se dividió en pequeños grupos, tomando diferentes direcciones, lo cual le dió la idea de que tal vez el depuesto Mohamed se habria fugado, sustrayéndose á la venganza de los vencedores, y pensó que aquellos jinetes no tenian otro objeto que dar una batida en busca del fugitivo.

Cuando los caballos desaparecieron de su vista, como impulsada por cierto luminoso instinto, volvió los ojos hácia el sitio, algo lejano, en que se hallaban las ruinas de la «Torre de la Cautiva», y le pareció distinguir, no sin emocion, un árabe envuelto en su capellar, que entre las matas y derrumbadas paredes se movia. Aquella figura, indecisa por la distancia, desapareció de pronto, y al poco rato vió Sélima que por la senda que conducia á la casa subia un anciano venerable, cubierto con el irham de peregrino; miéntras dos kaschefs, de cuya vista lo ocultaba un pliegue del terreno, tomaban posesion de la especie de erial en que yacian las ruinas.

Sélima se llevó la mano al pecho, que le palpitaba con violencia, sin apartar los ojos del romero que, despues de observar con aire de duda y desconfianza las casas que hallaba al paso, parándose delante de la de Justina, la contempló perplejo y vacilante, hasta que, decidiéndose al fin, se acercó á ella y llamó á la puerta. Cubriéndose el rostro con el manto, Sélima bajó al punto, y abriendo un postigo, preguntó al extranjero qué se le ofrecia.

—Soy un pobre peregrino, respondió, que en nombre de Dios os demando hospitalidad.

—Entrad, dijo Sélima, y esperad un momento, mientras doy aviso de vuestra llegada á mi anciana madre, para que disponga lo conveniente.

Sélima, sin revelar sus vehementes sospechas acerca del personaje, previno á Justina y ordenó á la criada que condujese al huésped á una estancia en el fondo de la casa y le preparase un lecho y cuanto pudiera necesitar.

Vino la noche; pero Sélima ni logró conciliar el sueño, ni halló paz ni descanso. Agitada por contrarios impulsos, en su febril exaltacion veia doquier la sombra de Aléxis y oia su lúgubre voz, que le pedia venganza. «No cabe dudar, se decia á sí propia. Aunque yo desoyera mi acerbo resentimiento, y la sangre de mi herido corazon no clamase por la del autor de mi desventura, la fatalidad, que lo trae á mis manos, me dictaria el camino que debo seguir. No, no temas que desmaye. Juré vengarte, y te vengaré. Cálmate, Aléxis mio: su odiosa vida será inmolada en desagravio de tu injusta muerte.»

En esta siniestra agitacion la sorprendió el alba. Se levantó muy temprano, y supo que el huésped, que habia madrugado más que ella, despues de haber subido al mirador y contemplado los alrededores, llamó á Justina, á quien hizo presente que, teniendo poderosos enemigos entre los corifeos del bando triunfador, y recelando que en su daño no quisieran aprovecharse del influjo que ejercian en el Califa, apelaba á sus buenos sentimientos para que, durante dos ó tres dias, lo tuviese oculto en su domicilio, guardando de ello el mayor secreto. Y la bondadosa Justina, que ni remotamente

sospechaba quién fuese aquel peregrino, y que, á más de ser la hospitalidad precepto religioso en los pueblos musulmanes, sabía por dolorosa experiencia los atentados á que daban lugar las ambiciones y turbulencias de aquella época aciaga, desde luégo asintió á los deseos del desconocido, ofreciéndole de buen grado la paz de su hogar.

Sélima se enteró de todo minuciosamente, sin hacer la menor observacion; y recomendando mucho á la sirviente que negase haber allí ninguna persona extraña, en el caso poco probable de que á aquella humilde mansion, conocida en los alrededores por *la casita de la loca*, se acercase álguien á preguntarlo, se despidió de Justina, y envuelta en su manto, tomó el camino de la ciudad.

Ya dentro de sus muros, oyó el redoble de un atambor, y vió que la gente se dirigia presurosa hácia una plaza, donde sonaba el estrépito. Comprendiendo que aquello era el anuncio de algun pregon, movida por la curiosidad, tambien acudió á enterarse de lo que ocurría. El redoble era, en efecto, señal de un bando que iban á echar, y al aproximarse al sitio en que estaban los oficiales de justicia, oyó estas palabras del pregonero:

.....«Nuestro excelso y poderoso señor, el Califa Hixem II (Dios le sea propicio), ofrece, por un acto de su voluntad soberana, á cualquiera, que presente, vivo ó muerto, al odioso usurpador Mohamed, la recompensa de quinientos mitcales de oro, que le serán inmediatamente satisfechos por el tesoro imperial. Item más; si el que prestase tan inminente servicio hubiese anteriormente incurrido en falta ó delito alguno, le será desde

luégo remitida la pena á que se hubiese hecho acreedor, quedando borrados todos sus efectos...»

Enterada del bando, y no descontenta, por cierto, de que se le hubiera proporcionado oportuna ocasion de conocerlo, se encaminó á su morada. Al entrar en ella se encontró con un billete, que habian recomendado muy particularmente á la sierva que lo habia recibido. Se apresuró á abrirlo, y vió que contenia otro papel. El billete decia así :— «La mansa oveja se convirtió, al despertar, en furioso leopardo. Su resentimiento es mucho mayor de lo que pudiera creerse. Una nube de sangre lo ciega. A cada paso habla de la infidelidad de sus mujeres, y jura castigar su torpe ingratitud. Tal vez algun enemigo oculto lo excita en tu daño. Aprovechate de ese salvo-conducto. Miéntas no se disipe la tempestad, en cualquier parte puede caer el rayo. No pierdas tiempo. De nada responde tu amigo...»

Seguramente no habia para ella otro mejor partido que seguir el prudente consejo de Wadha; que de él, como habrá adivinado el lector, era la misiva, aunque no la firmase. Sélima, sin embargo, dominada constantemente por la misma idea, no se resignaba á dejar á Córdoba sin ver ántes realizada su venganza.—«Sí, partiré, dijo para sus adentros; pero luégo que hable con Wadha. Nadie más interesado que él en deshacerse de un enemigo tan terrible como Mohamed. Ya que no supo ó no pudo salvar la vida de Aléxis, que sirva al ménos á vengar su muerte.»

Hechas estas reflexiones, cogió una pluma y un papel, y escribió estos renglones :

«No echaré en saco roto el consejo. Huiré donde no pueda alcanzarme el rayo; mas quiero ántes pagar favor con favor, revelándote un secreto, para tí de importancia suma. El tiempo urge. Vén á verme sin tardanza.»

Cerró la carta y la confió á una de sus siervas, con órden expresa de entregarla al mismo interesado, ó no hallándole, de ponerla en manos de Ambaro, su secretario y confidente, con exclusion de cualquier otra persona. Esto último verificó la mensajera, que no pudo hallar á Wadha.

Desgraciadamente pasó aquel día y su noche sin que el camarero de Hixem se diese por entendido (luego se supo que la carta llegó tarde á sus manos), y al sol siguiente, llena Sélima de recelos y presentimientos, se disponia á salir de su domicilio, cuando se le presentó de improviso un oficial de palacio intimándole una órden del Califa, por la cual debia ser inmediatamente conducida al alcázar. Los temores de Sélima se realizaban al fin, y la tempestad rugia sobre su cabeza. Sin embargo, las vicisitudes de la fortuna la habian fortalecido, y léjos de amilanarse y desmayar en tan apurado trance, comprendiendo que su vida dependia acaso de su serenidad y destreza, sin entregarse á inútiles lamentos ni oponer la más leve resistencia, con aire grave y tranquilo entró en la silla de manos que le traian dispuesta, y se puso en marcha, escoltada por el oficial y cuatro soldados de la guardia del Califa.

IX.

Los crueles instintos de que ya Hixem habia dado muestra, aunque pasiva, en alguna ocasion, y que yacian como embotados y adormecidos en su débil y enervada naturaleza, se avivaron y crecieron al viento de la adversidad. La sed de venganza devoraba su alma enfermiza, y su bastarda energía se exhalaba en desordenados raptos de irreflexiva cólera. Desde el momento en que volvió en triunfo á su palacio, fué su primera disposicion establecer una especie de tribunal de sangre, para castigar con el mayor rigor los atentados á su sagrada persona, — que hoy llamariamos de lesa majestad. — Mas, como el verdadero reo, objeto principal de su ojeriza y de su saña, se le habia escapado de entre las manos, con el fin de aligerar un tanto su corazon del ódio que en él rebosaba, y miéntras daban algun resultado las comenzadas pesquisas, habia llamado á comparecer ante aquella apasionada magistratura, que él mismo presidia, á las miseras mujeres de su disuelto harem.

Cuando Sélíma llegó á palacio fué introducida en la antecámara del estrado donde actuaba el tribunal, y allí,

despojándola de su manto y ligándole con esposas las blancas y delicadas muñecas, trance inesperado que quebrantó su entereza, la dejaron en aquella disposición esperar á que la llamasen para ser juzgada.

En tanto que aguardaba, llena de sobresalto é incertidumbre, oyó sollozos y lamentos en la pieza contigua, lo cual acabó de desconcertarla, creyéndose perdida sin remision.

A poco se abrió la puerta y Sélima fué introducida en la sala del Consejo.

Hixem estaba sentado en un escaño de terciopelo carmesí: á su derecha, el Kady de los kadies, es decir, el supremo magistrado, asistido de dos de su órden, y á su izquierda, con una espaciosa mesa delante, cubierta de un tapete de rojo damasco, en la cual se veian sendos tinteros de metal, finas plumas de caña y varios papeles y pergaminos, dos khodjas ó escribas, encargados de consignar las declaraciones y extender los fallos.

Aunque Sélima se presentó en actitud modesta, y por consiguiente, con los ojos bajos, por ese dón peculiar á todas las de su sexo, de ver aún cuando no miren, desde luego advirtió notable cambio en la fisonomía del Califa, y sobre todo, cierta expresion sombría y ceñuda, muy poco tranquilizadora.

Sélima se inclinó ante el Emir, cruzando los brazos sobre el seno, cuanto se lo permitia la breve cadena que mediaba entre ambas esposas, y andando algunos pasos, se paró á respetuosa distancia del tribunal.

— En nombre de Alah, le dijo el Kady, que lee en el fondo de nuestros corazones y guarda terribles penas

para la falacia y la impostura, te invito á decir verdad en cuanto sepas y te se pregunte.

— Así lo haré, contestó ella sin levantar la cabeza.

— ¿Eres tú Sélima, la infiel odalisca de nuestro excelso señor Hixem II?

— Sélima soy, hija del noble Hassan, muerto en defensa de la Santa Ley y del trono de nuestro venerado Emir.

— Circunstancia que te valió para ganar el favor del generoso Califa é introducirte mañosamente en el harem imperial, sin perjuicio de afrentar más tarde la memoria de tu señor.

— Alah me es testigo de que no abrigué jamas tal intento. Huérfana y desvalida, la gloriosa Sobeya (de feliz recuerdo) me tomó bajo su proteccion; y estimando mis pobres dotes en más de lo que valian, ella fué la que me introdujo en el harem imperial, abriendo mi corazon á la esperanza de llegar á ser esposa del Califa. Pronto me convencí de que yo no habia nacido, no digo ya para tal preeminencia, pero ni para inspirar el más leve sentimiento de amorosa aficion al excelso Emir de los fieles. Ni una queja salió de mis labios. Desde luégo comprendí que yo no era más que un ave sin nido, destinada á halagar con sus gorjeos los ocios de su señor. Mi dueño munífico y liberal me colmaba de ricos presentes, y por mi parte, satisfecha y feliz, toda mi ambicion hubiera sido que aquella existencia se prolongase hasta el fin de mis dias.

Sélima, que habia dado á su bello semblante la más sentida expresion y apelado á las más dulces inflexiones

de su voz insinuante en la poética explicacion de su estado cerca de Hixem, notó muy luégo, con honda zozobra, en la yerta fisonomía de los jueces el ningun efecto de sus palabras. Sin duda estaba condenada de antemano : lo que allí se buscaba era una víctima.

— ¡Vanas frases! dijo el Kady. ¿Cuál fué tu conducta (que es lo que importa) á la desaparicion de Hixem de este alcázar?

— Creyendo que habia sucumbido, no de muerte natural, sino asesinado por Mohamed, contestó Sélima, más atenta al peligro que la amenazaba que á los fue-ros de la verdad, me cubrí de negros crespones y me encerré en mis aposentos. El usurpador me propuso que pasase á su harem, lo cual rechacé horrorizada, manifestando mi resolucion de vivir léjos del mundo, entregada á mi dolor y á mis recuerdos.

— ¿Y cumpliste el propósito?

— Viví muchos meses con luto en el cuerpo y luto en el alma, pidiendo un dia y otro á Dios que no dejase el crimen de Mahomed sin castigo. Suleiman quiso hacerme su esposa. Yo me creia libre y... es verdad, no rechacé sus pretensiones; mas le puse por condicion que ántes habia de vengar la muerte de Hixem. No volvió á hablarme de amores; pero sublevó contra el usurpador á los berberies, y cuando en la sangrienta batalla de Quintos venció al tirano, se me presentó de nuevo y me dijo: « Los manes de Hixem están vengados. Si al arrancar el trono á Mohamed no pude tambien arrancarle la vida, es que Alah sólo dispone á su arbitrio de nuestra existencia. » Entónces lo admití como esposo.

— Tu relacion es incompleta y es forzoso que yo la acabe. Y el tosco africano, un oscuro aventurero, aunque no faltó quien le dijese, despues de su victoria, que el legitimo Emir existia, osó fijar la planta en el trono, haciéndose á su vez usurpador ; y tú, su cómplice, no habiendo podido llegar á ser esposa de Hixem, buscaste compensacion á tu vanidad herida, llamándote la sultana de Suleiman. Mujer infeliz, lo que expones en tu defensa es tu mayor acusacion, y la ley te condena.

Sélima no respondió palabra.

— ¿ Nada más tienes que alegar en tu descargo ?

Sélima se consideraba perdida, y con los ojos bajos continuó sumida en hondo silencio.

— ¿ Nada más tienes que alegar en tu descargo ? repitió el Kady con glacial monotonía.

— Sí tengo, contestó Sélima, animándose su abatido rostro, como dia nublado con súbito rayo de sol que se entra por una rotura del hosco celaje.

— Habla, pues, le dijo el Kady con incredulidad. Y ella, con ardorosa vehemencia, prosiguió :

— Si la ley me condena, la ley tambien me salva. ¿ No es el Emir de los fieles el dispensador de la justicia en la tierra ? ¿ No es ley acaso su voluntad soberana, solemnemente manifestada á su pueblo ?

— No comprendo lo que quieres decir.

— En el sagrado nombre del Califa se ha publicado un bando, en el que se ofrece al que presente á Mohamed, vivo ó muerto, la recompensa de quinientos mitcales de oro y la cumplida remision de su pena, en el caso de que hubiese ántes incurrido en cualquier delito, sin excepcion alguna.

— ¿Y bien? preguntó ahora con vivo interés el Kady.

— Que si yo fuera quien entregase á Mohamed, desde luego quedaria libre y absuelta.

El Kady, que no se esperaba tal medio de defensa, sorprendido y perplejo, miró al Califa, por adivinar en su rostro la respuesta que debia dar; y viendo que su señor, desarrugado el ceño con mal encubierta alegría, bajaba la cabeza en señal de asentimiento,

— Ciertamente, exclamó. La palabra del Iman de los imanes, sombra de Dios en la tierra, es sagrada, y con la vida de Mohamed rescatarias la tuya. Pero ¿puedes tú verdaderamente hacer lo que indicas?

— Lo puedo... si Alah me da ayuda.

— ¿Y si fuera un pretexto?...

— Mujer, dijo Hixem interrumpiendo al Kady. Si es verdad que sabes dónde Mohamed se oculta, decláralo al punto, y estás perdonada.

— Caigan, señor, de mis manos estas esposas; ordenad que alguien de vuestra confianza me siga con dos ó tres guardias, y ántes de una hora Mohamed estará en vuestro poder.

Hixem accedió en seguida á lo que Sélina proponia, y Ambaro, el esclavo, fué designado para acompañarla con cuatro guardias leales y decididos.

En tanto que Sélina con su pequeña escolta, los unos á cierta distancia de los otros por no llamar la atención, se dirige al domicilio de Justina á salvar su vida y consumir su venganza, fuerza es que sepa el lector los importantes sucesos que en aquel modesto albergue ocurrían.

Leila, que habia salido con su canasto á comprar comestibles en las cercanías, regresó á poco muy agitada, y presentándose á Justina,

—¡ Oh mi ama! le dijo con trémula voz. Acabo de saber que ese romero es el mismo Mohamed en persona. Cuentan que se escapó por una mina del alcázar. Los katschefs están registrando las habitaciones contiguas y van á registrar ésta tambien.

Al oir á su sierva, Justina se apretó con las dos manos el corazon, haciendo un supremo esfuerzo para contener el hipo convulsivo que empezaba á amagarle.— « Agua, agua pronto », exclamó, y santiguándose una y otra vez con indecible afan, « Dame fuerzas, Dios mio, y no me abandones en esta terrible prueba. »

Leila le sirvió el agua que pedia, cuidando de verter en el vaso algunas gotas de un elixir, prodigioso remedio de un médico persa, que su ama solia tomar para calmar y áun prevenir sus ataques, ya ménos intensos y frecuentes, como tenemos dicho. Despues de beber un poco y de besar una medalla de la Virgen, que sacó del pecho, un tanto confortada, Justina se dirigió sin vacilar al aposento de su huésped. No bien abrió la puerta, Mohamed, que se hallaba sentado en un almohadon sobre una esterilla de palma, con las piernas cruzadas y la barba sobre el pecho en actitud reflexiva, alzó los sombríos ojos, y viendo que era su bondadosa huésped, esperó tranquilo á que ella le hablase.

Justina se adelantó hácia él, y con resuelto continente, voz temblorosa y sacudida é indefinible expresion, le apostrofó de esta manera:

—Tú no eres el romero que dices, sino Mohamed, el califa depuesto.

—Lo mismo da para la hospitalidad que me concedes; pero ya que lo sabes, guarda el secreto, pues va en ello mi vida.

—¿Y tú, que me arrancaste la mia, verdugo cruel, quieres ahora hacerme guardadora de la tuya, que aborrezco?

Mohamed se puso de pié, como impelido por un resorte.

—No te comprendo, dijo arqueando las cejas y mirándola con asombro.

—¿No me comprendes? repuso Justina. Y abriendo con trémula mano una ventana que daba al jardín,—Mira, añadió señalando la blanca losa que sellaba la tumba de Aléxis; ahí, ahí bajo ese mármol yace el hijo de mis entrañas, el infeliz juglar que inmolaste para hacerlo pasar por el cadáver de Hixem. ¿Me comprendes ahora?

Mohamed retrocedió dos pasos, y viendo con espanto el lívido y airado rostro de Justina, llevándose la mano á la frente, exclamó:

—¡Estoy perdido!

—Sí, estás perdido, porque la sangre del inocente te acusa y la ira de Dios te persigue.

—Basta, basta, mujer infernal; entrégame á mis enemigos, ó toma esta daga y sacia en mí tu sed de venganza.

—Soy cristiana, y no puedo manchar en sangre mis manos. Te has amparado de mi hogar, y no puedo venderte.

—¿Qué pretendes, pues?

—Lo que Cristo me ordena desde la cruz y mi hijo me está pidiendo desde el fondo de esa huesa: salvarte y perdonar.

Mohamed creía soñar despierto.

—Los katschefs, continuó Justina, andan registrando las casas contiguas, y acaso están llamando ya á mis puertas. Huye, huye de aquí, cuando es tiempo todavía.

—¿Cómo? ¿por dónde?...

—Por la puerta falsa. A cortos pasos hallarás unos cañizales que guarnecen un arroyo: allí podrás ocultarte.

—¿Cómo pagar...

—Cuida de tí. Tú nada me debes. Dios sólo, añadió alzando los ojos al cielo, puede volverme á mi hijo. Sígueme.

Lleno de lúgubres recelos, al par que admirado y confuso, obedeció Mohamed; y ella, con paso vacilante, lo llevó á un patinillo que habia á espaldas de la casa, y le abrió el postigo que daba al campo.

Cuando Justina volvió, titubeante y sosteniéndose en las paredes, á su habitacion, le faltaron las fuerzas para contener el acceso con que luchaba, y desplomándose en los brazos de Leila, dió rienda suelta á su terrible risa. Aunque el ataque en aquella ocasion fué poco intenso y duradero, quedó la infeliz en tan hondo abatimiento y postracion, que ni intentó siquiera levantarse del lecho, en que yacia como un tronco, miéntras Leila fué á la cocina á prepararle un cordial.

A corto rato de la escena descrita, Sélima, muy rebujada en su manto, llegó con sus acompañantes al domi-

cilio de su protegida, muy ajena á lo que en él acababa de acontecer. Dejando á los guardias convenientemente apostados, se adelantó con Ambaro y llamó á la puerta. Como Leila se hallaba en aquel momento en la cocina tamizando el cocimiento que acababa de hacer, algo tardó en ir á informarse de quién llamaba, lo que dió lugar á que la impaciente Sélina golpease de nuevo y á que Justina, á pesar de su estado, acudiese ella misma á la puerta, donde ya encontró á la criada, que la estaba abriendo.

—¿Y el peregrino? preguntó Sélina entrando en la casa, seguida de Ambaro.

Justina miró con desconfianza á aquel desconocido, y más con el gesto que con la palabra, dió á entender que su huésped se había marchado.

Sélina creyó que la infortunada, atenta á los deberes de la hospitalidad é ignorante de quién fuese el refugiado en su hogar, no queria descubrirlo; y por desvanecer en ella todo escrúpulo y que no fuera á dificultar el arresto,

—Justina, le dijo, ¿á qué guardar una sierpe en el pecho? Ese fingido romero es Mohamed, el asesino de Aléxis. La cólera divina lo arrojó á tu hogar para que tú misma lo entregues al brazo de la justicia. Vamos, pues, donde se oculta. ¡Bueno fuera, madre desventurada, que escudases ahora al verdugo de tu hijo!

Por toda contestacion, Justina alzó los ojos al cielo, y de ellos se desprendieron dos lágrimas.

En esto, y á pesar de las protestas de Leila, que confirmaban la certitud de la evasion, Ambaro y los guar-



días registraron la casa, convenciéndose pronto de que, en efecto, Mohamed no estaba en ella.

—Pero, ¿cuándo, por dónde se ha ido? gritaba Sélíma desesperada.

Como Justina, con incierta expresion y vago mirar, permanecía pasiva y muda, cual si rendido hubiese las potencias de su espíritu el sublime esfuerzo de aquel día, Leila contestó por ella, que no podía haber transcurrido mucho tiempo desde la fuga del peregrino, pues que hacía una hora, ó poco ménos, que se hallaba en la casa; pero que no lo había, como era verdad, sentido partir, ni le era posible determinar la direccion que hubiese tomado.

—¡Desgraciada de mí! exclamó Sélíma. Estoy perdida.

Y Ambaro, sin detenerse en más explicaciones, salió fuera, y con sus guardias siguió camino arriba, por ver si lograba dar con la pista del fugitivo.

A corto trecho se topó con unos katschefs que andaban rondando los alrededores, y con ellos y los suyos organizó una batida en un circuito de pequeño radio, y cuyo punto céntrico era la casa de Justina. Repartida y convenientemente dispuesta la gente, empezó el ojeo, y no hubo sendero que no se recorriese, vivienda que no se registrase, manchon que no se reconociera, ni valla, tronco, mata, quiebra ni accidente alguno del terreno que con viva solicitud no se escudriñára, ni quedó rama sin sacudir ni piedra sin remover. Inútil celo, ociosa faena. De vez en cuando, de aquí y acullá, salía, como flecha disparada, alguna alimaña, ahuyentada por el afanar de los exploradores, ó de la copa de algun árbol

levantaba el azorado vuelo un ave asustadiza. Pero de Mohamed nada ni nadie les daba razon, ni era posible hallar de su escondite ó de su marcha la menor señal ó indicio. Cansado Ambaro de su inútil porfia, determinó volverse á la ciudad á dar cuenta á su señor del mal éxito de la mision que le confiára; y despidiendo á los katschefs, que se dispersaron en diversos sentidos, echó con sus guardias por una senda que, cruzando várias heredades, conducia en poco tiempo á las puertas de Córdoba. Ambaro caminaba delante, silencioso y reflexivo, cuando al atravesar una cerca se encontró con un labrador, amigo suyo, que, con una ballesta de cazador terciada á la espalda y acompañado de su perro, iba á tomar la misma vereda.

— Alah te guarde, dijo el labriego.

— Él te tenga en su gracia, Yaferí, contestó Ambaro parándose. ¿De dónde vienes? ¿Vas de caza?

— Vengo de Hornachuelos, y voy á mi pégujar. Me tercié la ballesta por si algo me salia por el camino; pero hoy estoy de malas.

— ¿De Hornachuelos?

— Allá fuí á ver si cobraba unos dineros que me debe un cuñado mio y que me hacen bastante falta; pero en mal hora nací; el pedrisco le ha destruido la sementera, y lo hallé tan triste y menesteroso, que en vez de darme él lo que me adeuda, tuve yo que dejarle algunas monedas que llevaba. Así que, amén del cansancio, traigo el estómago hueco y las manos vacías.

— Y ¿no te has tropezado por el camino con un anciano de barba blanca y traje de romero? preguntó Am-

baro prosiguiendo su marcha con el campesino al lado.

—Sólo hallé á la bajada de la sierra á unos leñadores, y despues alguno que otro aldeano; mas no he visto á ningun romero.

—Es que con ese disfraz anda escondido por estos alrededores, sin que hayamos logrado dar con su persona, Mohamed, el depuesto Califa, y no puede estar lejos de nosotros, supuesto que hoy á mediodia dejó la casa de la loca, donde se habia refugiado.

—Entónces, ciertamente no debe de hallarse muy léjos.

—Tú conoces palmo á palmo estos contornos, y, como cazador, ninguno te gana en rastrear una zorra ó tomar los vientos á un jabalí. ¿Por qué no te echas á buscar al proscrito? Su cabeza vale quinientos mitcales de oro, con los cuales cambiarias tu suerte y podrias reirte del pedrisco que asoló el campo de tu cuñado.

—Libreme Alah de abrasar mis manos con el precio de la sangre. Yo no conozco á Mohamed; pero mi padre fué servidor de su casa, y de ella me viene el pedazo de tierra que me sustenta. Esas monedas caerian como ascuas de fuego sobre mi alma. Libreme el cielo de mezclarme en lo que no me atañe. Prefiero mi tranquilidad y mi pobreza.

Con esta salida de Yaferí desmayó la conversacion, y aún cesó del todo, quedando cada cual entregado á sus propias reflexiones.

Detras de ellos iban los guardias, y delante el perro, meneando la cola y volviendo de vez en cuando la cabeza para mirar á su dueño.

Al pasar á corto trecho de una arroyada que, en parte, se escondia en confuso golpe de alisos, mimbrones y lozanas cañas, atraído por el rumor del agua echóse el podenco por la escabrosa márgen, y, desapareciendo á la vista de los caminantes, empezó á ladrar como si lo sorprendiese y excitase la presencia de algun objeto extraño.

El paraje aquel habia sido ya ántes registrado minuciosamente, y Ambaro pasó de largo, sin dar importancia á los ladridos. Mas como el Yaferí llamase á su can, y éste, sin obedecerle, continuase atronando la cañada, se acercó receloso á la orilla, y con él uno de los guardias, que, picado de curiosidad, se desprendió por las rocas, y penetrando en la espesura, se puso á dar voces desaforadas á compas de los ladridos del perro. Retrocedió entónces Ambaro, y descendiendo todos, ménos el Yaferí, al lugar del estruendo, hallaron al desgraciado proscripto, encogido en el estrecho hueco que formaban al unirse dos peñas cubiertas de musgo, escondidas entre confusas ramas y espeso follaje.

—¡Maldito perro! exclamó el Yaferí; no volverás á comer del pan que amasen mis manos.—Y disparándole una flecha, lo dejó muerto al pié de un árbol, y siguió adelante su camino.

Mahomed, entre tanto, salió de su escondite, y sin oponer resistencia alguna, se dejó atar los brazos con fria resignacion, y fué en tal guisa conducido á Córdoba.

Sélima, que desde la azotea de la casa de Justina paseaba los ávidos ojos por el paisaje, esperando inquieta

el desenlace de la triste cacería organizada por Ambaro, viendo que traian preso á Mohamed, descendió presurosa á participar el suceso á su amiga, siendo su primera idea que ambas se agregasen á la escolta del reo; pero hallando á Justina en estado de profunda postracion, y como indiferente á la noticia ó incapaz de comprenderla, resolvió marcharse sola, y saliendo al campo, tomó la misma direccion de los que al preso conducian, en pos del cual se iba juntando toda la gente que se encontraba al paso.

La nueva cundió rápidamente, y al llegar el mísero proscripto á la plaza de palacio entre un piquete de kastchefs que se habia unido á los guardias, ya la llenaba inmenso concurso; pues viciada la índole del pueblo en las revueltas civiles, y secas en él las nobles y delicadas fibras de la piedad y del sentimiento, habia cobrado particular aficion á aquellas escenas lamentables.

El preso fué introducido en el alcázar, y la muchedumbre cruel, ávida de emociones, viendo impaciente que pasaba el tiempo sin que nada ocurriese, empezó á pedir con gran vocerío la cabeza de Mohamed.

Los bárbaros deseos de la innoble turba no tardaron en quedar satisfechos. De pronto se abrió el gran balcón del palacio, y haciéndose en la plaza lúgubre silencio, un jeque presentó al pueblo la lívida cabeza de Mohamed, mientras dos soldados africanos arrojaban á la plaza el mutilado tronco, que, por acaso ó fatalidad, fué á caer á los piés de Sélima, salpicándola de sangre.

A los pocos dias Justina daba su alma al Criador; y Sélima, despues de enterrarla piadosamente al lado de su hijo, no creyéndose segura cerca de Hixem, se ausentó de Córdoba, llevándose, con la satisfaccion de su venganza, un remordimiento en el corazon.

FIN DE LA LEYENDA DE HIXEM II.

EL CAPITAN MORGAN.

NARRACION CONTEMPORÁNEA.

Fr. D. Mariano R. Zarco del Valle.

Mi querido amigo: Usted, que no habrá olvidado al inglés famoso, cuyas aventuras dejaron tan amarga impresion en los salones florentinos, leerá sin duda con vivo interés las siguientes páginas, en las cuales, con algo de novela, hallará verdadera historia. Como por estas circunstancias, aunque en sí valga poco, ha de tener para V. mayor precio que para los demás la presente obrilla, á V. se la dedico, en grata memoria del tiempo que pasamos juntos en Florencia, y del sincero afecto que le profesa su antiguo amigo,

EL DUQUE DE RIVAS.

EL CAPITAN MORGAN.

I.

EL ENCUENTRO.

El 30 de Diciembre de 186..., al reanudar su marcha el tren que de Roma iba á Florencia, despues de diez minutos de parada en Foligno, punto donde confluye la línea de Ancona, dos viajeros se encontraban en un vagon de primera. Sería el uno como de treinta y cinco años de edad, y con el rubio bigote, que de vez en cuando se retorcia, su capote de paño gris y pequeña gorra militar inclinada sobre la oreja, cualquiera lo hubiese tomado por un oficial inglés. En las manos, que antea-dos guantes pulcramente ceñian, llevaba una *Guía de ferro-carriles*, que á menudo hojeaba.

El otro, más avanzado en años, era algo grueso, de porte señoril y faz benévola y satisfecha.

—Vamos atrasados, dijo el primero en correcto italiano, pero con marcado acento inglés : segun mi *Guía*, á las tres debiamos llegar á Perugia ; están al caer, y aún nos faltan dos estaciones.

—En efecto, contestó el compañero; aunque poco, llevamos algun atraso; mas continuando á este andar, pronto rescataremos lo perdido.

—Por mi parte, no tengo prisa ninguna. ¡Este país es tan bello! Y no digo nada de Brindis á Ancona.

—¿Venís de aquel puerto?

—Sí, de allí vengo, ó por mejor decir, de la India.

—¿Y cómo anda aquello? ¿Enteramente tranquilo?

—A lo ménos en la apariencia. Los indígenas tascan el freno, pero al fin nos respetan: somos los más fuertes.

—Y tambien contaís por amigos á *rajahs* muy poderosos.

—Ciertamente algunos de ellos nos rinden homenaje, y por la cuenta que les tiene, nos ayudan en nuestra obra; sin embargo, no hay que fiar en sus sentimientos: nuestro predominio es puramente material, y tenemos que andar con cien ojos. Cuando ménos se piensa, el ódio y el fanatismo engendran nuevas rebeliones, y si bien á fuerza de perseverancia y de valor logramos apagarlas, siempre queda una chispa invisible, que produce más tarde otros incendios. ¡Ah! no se me han olvidado las penosas campañas del 57 y 58: verdad que si se me olvidáran, esta malhadada pierna se encargaria de recordármelas.

—¿Fuisteis herido?

—Sí, en la toma de Lucknow el 19 de Marzo de 1858. Eso me obliga á venir á Europa. Me creía enteramente curado; pero hace cinco ó seis meses, en una cacería, me caí del caballo, y se me volvió á abrir la herida.

Así diciendo, ofreció un cigarro á su compañero, que

lo aceptó de buen grado, y poniéndose ambos á fumar, siguió la conversacion con tono de mayor franqueza.

—¿Venís, pues, á consolidar vuestra cura?

—Ya estoy casi bien. Ando sin dificultad, y hasta bailo. Sólo me ha quedado una ligera contraccion en la rodilla, que pienso remediar con algunas aguas de Alemania. Casi me alegro de la herida, al verme por ella en Europa al cabo de nueve años de ausencia.

—Por lo bien que hablais italiano, se ve que no es la primera vez que pisais esta tierra.

—No, no he estado nunca en Italia, aunque no me faltan relaciones de parentesco en este país. Mi familia fué siempre apasionada de todo lo italiano. Tuve maestro de este idioma cuando niño, y ademas mi hermano Sir Aston, el coronel, está casado con una florentina.

—¿El coronel... quién habeis dicho?

—Sir Aston Morgan.

—¡Oh dicha! ¿Sois entóncees Ricardo... el capitan?

—Ciertamente.

—¿Y mi prima Elena?

—¿Hablo por ventura con el príncipe Cósimo Cantelmini?

—Con el mismo en cuerpo y alma.

Y sin más se estrecharon las manos con la mayor efusion.

Hacia diez años que el Príncipe no veia á Elena, su prima hermana, ni al marido de ésta, Sir Aston, ambos en la India, donde él ejercia un importante cargo militar.

En cuanto á Ricardo, era la primera vez que con él

se encontraba; pero le descubria cierto parecido con su hermano, y ademas su figura y gentileza respondian en un todo al retrato que de él le habia hecho Elena en sus cartas.

El capitan Morgan—como ya le seguiremos llamando en nuestra narracion—dió al Príncipe noticia circunstanciada de su prima, del coronel y de los preciosos niños de tan feliz matrimonio. Tambien le recordó, causándole con ello vivo gozo, curiosas anécdotas de su juventud, que habia oido contar á Elena, la cual hablaba siempre de su primo Cósimo con el mayor cariño.

Tratándose ya de parientes nuestros viajeros, departieron largamente de asuntos que interesaban á ambas familias, y hasta de particularidades de carácter reservado, sólo conocidas de los Cantelmini y de los Morgan.

Como á una media hora de la Estacion de Florencia, el Capitan preguntó á su compañero si el *Hôtel de la Victoria*, que le habian recomendado como el mejor, lo era en efecto; á lo cual respondió el Príncipe:

—No penseis en iros á ningun hôtel. Mi palacio es vasto y bien situado en la *vía* del Procónsulo. Ya que mi buena suerte me ha proporcionado el gusto de trabar amistad con el representante de una familia que tanto estimo, y á la cual me unen estrechos lazos, no es cosa que deje pasar la ocasion de darle una prueba de aprecio y simpatía.

—Mucho os lo agradezco, pero sentiria que os sirviese de incomodidad.

—¡Qué incomodidad! Yo vivo solo con mi prima Francesca.

— Pero acaso esta señora...

— No la conoceis : estará encantada.

— Es la que, segun Elena me ha contado, llamais la amazona.

— ¡La amazona!... cuando Dios queria. Pues habeis de saber que en mi pobre prima, el alma y el cuerpo anduvieron siempre algo desacordes, y de igual manera que en su juventud la daba de insensible y dura, y no tenía más afan que cazar, montar á caballo, tirar á la pistola, ahora se aferra en ser niña, á pesar de sus cuarenta y cinco largos de talle, y todo es poesía y melindres y sentimentalismo, aunque ya un tanto trasnochado. Eso sí, corazon de oro. Y yo, en gracia de sus excelentes cualidades, le aguanto sus rarezas, y vivimos en la mejor armonía. Además, viudo y puede decirse que sin familia, pues mi hijo Carlos, diplomático, como sabeis, está siempre ausente por su carrera, Francesca me acompaña y cuida de mi hogar mientras yo me ocupo en los negocios.

— Pero llegar así de sopeton...

— Vuestra llegada será para mi prima motivo de júbilo y feliz ocasion de lucir sus perifollos.

En esto paró el tren en la Estacion ; el Capitan y el Príncipe se apearon, y subiendo un momento despues á una elegante berlina que estaba aguardando al último, se dirigieron juntos al palacio Cantelmini.

II.

EL BAILE EN LA LEGACION.

El Capitan Morgan fué objeto de toda clase de finezas y atenciones por parte del Príncipe y sus amigos. Las damas lo hallaban bizarro y galan en extremo, y doña Francesca, segun su primo habia previsto, estaba encantada con el huésped. No podia el Capitan haber entrado con mejores auspicios en la alta sociedad florentina. El ministro de su nacion, que en él veia un militar inglés de esclarecido linaje, y emparentado ademas con una familia italiana de la importancia de los Cantelmi, lo acogió del modo más lisonjero, y dió en su obsequio un espléndido sarao, en que reunió cuanto á la sazón encerraba la capital toscana de aristocrático, elegante y distinguido.

Mas apresurémonos á subir la escalera del ministro, verdadera cascada de luces y de flores, y penetremos sin más tardar en aquellos brillantes salones.

El egregio diplomático y su amable esposa, muy atentos y obsequiosos con todos sus convidados, presentaron al Capitan á cuantas personas de calidad honraban la fiesta, y entre ellas á la princesa Etelvina, dama de clara estirpe escandinava y viuda de un magnate alemán, la cual, con su encantadora hija Irene, por moti-

vos de salud, pasaba aquel invierno en Florencia.

Los sones de la orquesta llenaban los ámbitos, y multitud de parejas bailaban alegres un animado rigodon.

Galanteando á las señoras, vagaba de un lado á otro el Capitan, sin cuidarse de la danza, cuando se le acercó el ministro y le dijo:—¿Cómo no bailais? Justamente acabo de decir á unas damas que el mal de la pierna no os impide bailar tan bien como cualquier otro. ¿Por qué no sacais á la princesa Irene? Ella os agradecerá la fineza, y quedará probado que dije verdad.

Pocos momentos despues la jóven Princesa, bella como ninguna, de blanca gasa vestida, perlas en el cuello, y recogidos á la griega los cabellos de oro, giraba á los arrebatados compases de un vals de Strauss con el feliz Capitan, maravillado sin duda de hallarse aspirando el puro aliento y tocando la virginal cintura de tan excelsa dama.

Terminado el vals, el galan dió, rendido y cortés, las gracias á su compañera, y ella, cogiéndose de su brazo, le pidió que la llevase á tomar un helado.

Encaminábanse en esa disposicion á la pieza en que estaba el refresco, cuando acertó á pasar cerca de ellos un criado de librea con una gran bandeja de plata, cubierta de sorbetes y quesillos helados de todos colores y hechuras. El Capitan, cuyo brazo derecho iba ocupado con el de la dama, tendió el izquierdo para alcanzar lo que ésta deseaba; pero al tocar la bandeja, encontrándose sus ojos con los del criado, palideció de súbito, quedándose yerto y sin accion, mientras el sirviente, como de chispa eléctrica herido por nerviosa, involuntaria con-

mocion, echaba á rodar por la alfombra parte de su cargamento.

—¿Qué os sucede, Capitan? Me habeis asustado, dijo la Princesa con sobresalto.

—Perdonadme, señora, contestó el galan recobrándose. Esta malhadada pierna... Cuando ménos lo pienso, me dan unas punzadas... Pero ya pasó; no fué nada; estoy como si tal cosa... Hubiera sentido que ese torpe de criado os manchára el traje... Lo mejor será que sigamos nuestro primer impulso, y que vayamos al aparador; allí podréis refrescar más cómodamente.

La elegante pareja desapareció entre el concurso, y el pobre doméstico, acudiendo otros que recogieron los despojos del daño y limpiaron el suelo, continuó sus servicios, mas ya sin calma ni concierto, y tropezando con todos los grupos, cual palomino deslumbrado.

De la sala del refresco, donde se detuvieron breve espacio, el Capitan condujo á la Princesa al lado de su madre, yéndose él, de propósito, por donde más gente y confusion habia.

Poetizando el lance con su viva imaginacion, la candorosa doncella contó á su madre, oyéndolo cuantos cerca estaban, lo ocurrido al Capitan despues del vals; y como, gracias al príncipe Cantelmini, era ya de todos conocido su noble comportamiento en la India y el honroso motivo de su viaje, la relacion fué acogida con sumo interes, corriendo rápidamente de boca en boca, si bien, cual sucede en tales casos, corregida y aumentada por cada uno que á otro la trasmitia. Quién contaba que el Capitan se habia caido desmayado en los brazos de la jó-

ven Princesa; quién que, al ir á coger un helado, perdiendo el equilibrio por un repentino calambre en la pierna herida, habia dado de narices en la bandeja, causando el estrupicio sabido y el susto consiguiente. Y no faltó quien, diciéndose mejor enterado, tachando de inexactos las anteriores versiones, afirmase que lo acontecido era que la herida de que se hallaba convaleciente el Capitan se le habia vuelto á abrir con el calor y los rápidos compases del vals, asegurando muy seriamente haber visto con sus propios ojos á un criado limpiar la sangre del suelo con un paño.

Miéntas tales patrañas circulaban, las mujeres, impresionables de suyo, tomando pié del suceso, se hacian lenguas de nuestro héroe, y de labios más ó menos rosados salian estas ó parecidas frases:— ¡Qué gloriosa herida!— ¡Habrà hombre más interesante!— Su figura recuerda á lord Byron. Hasta la dificultad en el andar le da semejanza con el poeta.— ¡Pobre Capitan! ¡Quiera Dios que no sea cosa de cuidado! exclamaba una mamá, sentada entre dos niñas ya casaderas; y luégo, bajando la voz, les decia: Ese sí que sería un buen novio; y no digo nada cuando herede á su tio el general Morton, hoy de gobernador en el Canadá.

Y á este tenor todo era encomio en las damas y vivas muestras de simpatía.

Entre los hombres, si bien los más le eran igualmente propicios, no reinaba tan perfecto acuerdo acerca de las excelencias del caballero inglés: quién encontraba que en sus modales habia más desenvoltura que nobleza; quién, que sus piés eran grandes y poco aristocráti-

cas sus manos, ó que su manera de expresarse, merced sin duda á la vida de los campamentos, pecaba más de vulgar que de culta. Pero estas observaciones, tímidamente presentadas y llenas de circunloquios, se estrellaban en la general opinion, completamente en favor del Capitán, que aquella noche era el ídolo de la fiesta.

Él, entre tanto, procurando oscurecerse en la multitud, iba mirando con disimulada ansiedad á todos los criados que, atentos al servicio, por una ú otra parte pasaban. Viendo de léjos al fin al que andaba buscando, que era el mismo del extraño encuentro ántes descrito, se dirigió á él con aparente serenidad, y tomando de su bandeja un helado, le dijo algunas palabras al oído. Había acabado apénas de proferirlas, cuando se le acercó doña Francesca, visiblemente conmovida, haciéndole atropelladamente mil preguntas sobre el accidente de la pierna, del cual ¡pobre señora! le habian hecho un relato desgarrador. Se fueron agrupando otras personas, todas con la misma cansera, y el criado siguió adelante con sus refrescos, mas ya sin tropezar con nadie, habiendo recobrado el empaque y gravedad que á un lacayo de sus ínfulas convenia. Por último, el príncipe Cantelmini, que no solia velar demasiado, y que, por otra parte, se hallaba algo indispuerto aquella noche, vino á librar de importunos al Capitán, aconsejándole el descanso y proponiéndole volverse con él á casa. No se hizo de rogar el inglés, y con el Príncipe y su prima, que, contra su costumbre, no quiso quedarse al cotillon, regresó tranquilamente al palacio de la *Via del Procónsulo*.

III.

DOÑA FRANCESCA.

El Capitan entró en su cuarto, donde lo halló todo dispuesto, como de costumbre. Mandó retirar al criado que accidentalmente le servia, y apenas se encontró solo, se arrojó en un sofá, y con la mano en la mejilla quedóse un rato suspenso y pensativo. Notando despues un ramillo de violetas que en el ojal traia, tierna expresion, sin duda, de alguna de las damas del baile, se lo arrancó con amarga sonrisa, y, encogiéndose de hombros, lo echó desdeñosamente sobre una mesa. Luégo quitóse el frac y la corbata blanca, se puso una especie de sayo corto de veludillo leonado con que solia estar en su aposento, y acomodándose en un sillón cerca de la chimenea, fijó los ojos en la llama del hogar, y con la faz sombría se entregó de nuevo á sus pensamientos. Por lo visto, el baile no habia dejado gratas impresiones en el ánimo del Capitan, y su extraño encuentro con el criado de la bandeja, incidente que debia encerrar algun arcano, era, tal vez, el motivo de su caviloso desvelo.

En esta disposicion se hallaba, cuando dos golpecitos en la puerta llamaron su atencion de improviso.

— ¡Capitan! dijo una voz femenil, en tono apenas perceptible; soy yo... Francesca. Vengo á saber cómo estais.

El Capitan se puso en seguida de pié, se atusó el cabello, y, tomando una expresion serena y afable, recorrió el pasador de la puerta.

Doña Francesca entró en la estancia. Una elegante bata de seda rosa, con solapa y vueltas de color gris claro, guarnecida de encaje de Brusélas, cubria sus un tanto abultadas formas, y aunque airosamente desceñida por detras y arrastrándole un poco, más corta por delante, dejaba ver sus pequeños piés, hospedados en primorosas chinelas, de igual tela y color que el vestido. El tocado era el mismo que llevara al baile, sin más que haberlo aligerado de cintas y flores. Doña Francesca, á pesar de sus cuarenta y cuatro cumplidos, y de los hilos de plata que empezaban á mezclarse con el azabache de sus cabellos, en aquel atavío, á aquella hora, y al ténue resplandor de la lámpara, velada por una pantalla de suave transparencia, á otro más delicado que el Capitan le hubiera parecido una diosa. Él, sin embargo, en su honor sea dicho,—aunque tal vez fuera más por malicia que por virtud,—se mantuvo á la defensiva, si bien tratando, segun su idea, de sacar el mejor partido de aquella feliz coyuntura.

— ¡Qué buena sois! ¡Cuánto os lo agradezco! dijo, mostrándose sorprendido. No esperaba tan agradable visita.

— Ricardo, he luchado conmigo misma y he vacilado

no poco, ántes de decidirme á llamar á vuestra puerta. Pero, como despues del accidente del baile, al separarnos estabais tan pálido, pensé que padeciais, y que, por excesiva delicadeza, tratabais de ocultarlo. Sin informarme ántes de vuestra salud, no habria hallado sosiego en toda la noche.

—Gracias, amiga mia, gracias por tanta bondad. Aquello no fué nada... el calor, las luces... A cualquiera le da un vahido. Ya estoy como si tal cosa. Mas por mí no os incomodeis. Me pesaria que tan delicada atencion os parase en perjuicio. Vuestro primo puede saber...

—Mi primo duerme á pierna suelta, y sus habitaciones dan al otro lado de la casa. ¡Ah, señor Capitan! decid que os molesto.

—¿Cómo podeis creer... Si no hay riesgo para vos, quedaos en buen hora, que en ello yo soy el verdaderamente ganancioso.

Doña Francesca no se hizo de rogar, y sin más rodeos ocupó una silla cerca de una mesa; pero notando el ramillo de violetas que en ella yacia, dijo:

—¡Ah! ya comprendo por qué os disturba mi visita: meditabais amorosamente sobre esas flores, que sin duda os dió la Princesa del ramillete que llevaba en la mano, y he venido á interrumpir vuestros enamorados pensamientos.

El Capitan, viendo plenamente confirmadas sus sospechas, y acaso tambien realizadas sus esperanzas, se guardó de sacarla de su error sobre el origen de aquellas flores, dejando que avivase su pasion naciente el acicate de los celos; mas conviniendo á sus fines que ella lo cre-

yese participe de su amoroso fuego, acercándose á la ilusa dama exclamó con arrebató :

—¿ Es posible que seais tan injusta conmigo ? ¿ No os dijeron bastante mis ojos en los dias de ventura que he vivido á vuestro lado ? De más sabeis quién es la verdadera princesa que avasalla mi corazon. ¿ Por qué retardo mi viaje á Inglaterra, donde tan graves asuntos me reclaman, si no es por falta de valor para arrancarme á los dulces lazos en que me teneis preso ? Mi cuna, mi nombre, mi posicion, me obligan á guardar ciertas atenciones en sociedad ; pero si cuando recelais de mí pudierais leer en mi alma...

—Si me amais, como decís, repuso doña Francesca, que habia oido embelesada al Capitan, pero á quien las flores aquellas seguian atormentando, sacrificadme esas violetas ; yo os daré por ellas...

—Vuestras son, dijo, sin dejarla concluir, el Capitan.

Y ella, cogiendo con implacable mano ¡ á tanto conducen los celos ! aquellas inocentes florecillas, las arrojó despiadada á la chimenea. En seguida se quitó una sortija con un hermoso zafiro, y asiendo la mano del Capitan, se la puso en un dedo, acompañando la accion de estas palabras :

—No os la doy por lo que valga en sí, que es poco, sino por haberla llevado mucho tiempo, y ser el zafiro piedra que trae la suerte á los amantes, y cuyo brillo no se apaga como el de las flores.

Permaneció pasivo el Capitan mientras su enamorada le ajustó el rico anillo, y luégo que le tuvo puesto, dijo, exhalando un suspiro :

— ¡Bella es la sortija! mas otra recompensa esperaba.

Comprendió, ó creyó comprender, doña Francesca la idea del Capitan, y alargando gozosa el cuello, le dejó que pusiese los labios en el bermellon que los suyos cubria. La madeja empezaba, al parecer, á enredarse, cuando un portazo en la cercana galería cortó bruscamente los vuelos al redomado inglés, calmando al propio tiempo los vaporosos arrebatos de la sentimental doña Francesca.

Con la rapidez que se convierten unas en otras las figuras de los vulgarmente llamados *Cuadros disolventes*, el amor tomó la forma del miedo.

— ¿Qué podrá ser? decia doña Francesca azorada. No me atrevo á salir.

— No os asusteis, dijo el Capitan. Yo iré á enterarme. En tanto, quedaos aquí.

Salió, en efecto, á ver lo que pasaba, y volvió muy luégo á contárselo á su temerosa amiga. Era simplemente que el Príncipe estaba indispuerto, y que su ayuda de cámara habia ido á hacerle té á la repostería.

Cesó el sobresalto de doña Francesca; pero en su calidad de ama de casa, y con el fraternal cariño que tenía á su primo, determinó ir á informarse por sí propia de lo que ocurría. Despidiéronse los dos amantes, y el Capitan, viéndose solo y que eran las tres de la madrugada, se metió en la cama, consideró un momento el zafiro á la luz de la bujía, la apagó despues, y á poco se quedó dormido.

IV.

LOS DOS PRIMOS.

Al siguiente día un diluvio de tarjetas vino á probar al Capitan el interes que despertaba su preciosa salud en la alta sociedad de Florencia. Muchos, al dejarlas, escribian alguna atenta frase en la cartulina, y todos preguntaban solícitos si el Capitan habia vuelto á resentirse de su herida.

El portero, en cumplimiento de su consigna, todo el día estuvo repitiendo automáticamente: — Su Señoría sigue bien, pero está algo cansado y no recibe.

Entre los muchos testimonios de simpatía con que se vió lisonjeado nuestro héroe, debemos hacer particular mencion de cierto billetito perfumado, en el cual, con letra corrida, pero temblorosa mano, estaban escritas estas palabras :

« Capitan, el temor de que haya podido repetirse el doloroso accidente de anoche me mueve á escribiros, con el solo objeto de saber de vuestra salud. ¡Qué susto me hicisteis pasar ! Quiera el cielo que no hayais vuelto á resentiros de la herida, y que ya hoy esteis tan bueno como en su corazon lo desea *Vuestra pareja de vals.* »

Aunque poco importante en sí, no dejó la misiva de halagar la vanidad del Capitan, ya porque se le figurase leer entre renglones más de lo que decia, ya tambien por la aristocrática mano que la habia escrito. Ello es que, al leerla, una sonrisa le alegró la faz, un tanto anublada aquel dia.

No habian trascurrido diez minutos desde la recepcion de la anónima carta, cuando se presentó de nuevo el criado con una tarjeta en la mano, diciendo que el portador habia mostrado bastante empeño en entregarla él mismo, y que aguardaba contestacion.

El Capitan vió que era del ministro de Inglaterra, que tambien preguntaba por su salud; y sospechando el porqué del deseo del mensajero, mandó que pasára adelante.

Un momento despues entró en la estancia, con gran compostura y respeto, un lacayo de librea y pelo empolvado.

Ya solo con el Capitan, sin proferir palabra, paseó en derredor una discreta mirada.

—No tengas cuidado, John, le dijo el Capitan, nadie nos oye; pero no estará de más que des una vuelta á esa llave y que corras la cortina.

Apénas ejecutada tan prudente indicacion, John, perdiendo de pronto su humilde gravedad, se apoyó la siniestra mano en la cadera, y agitando la derecha, exclamó:

—¡Ah bellaco de Lucifer! ¿Conque nada ménos que el capitan Mister Richard Morgan? No te perdonaré el salto que me hiciste pegar anoche. ¿Por qué diablos no

me avisaste siquiera? Sabía que eras muchacho de chispa, y que de criado inferior te habias elevado á ayuda de cámara y áun á secretario particular; pero ¿cómo imaginar que seis años más tarde te hubieses, por arte mágica, convertido en la mismísima persona de tu señor? Sin duda, al ver que tu nombre de bautismo era igual al suyo, quisiste tambien tener el mismo apellido. Richard, Richard, aquí hay algo de oscuro, y me espanta y confunde verte en ese camino.

—¿No acabarás con tan insulsa charla? dijo impaciente el Capitan. Si fué natural tu sorpresa de anoche...

—Y la de hoy, interrumpió John con viveza; que áun me estoy estregando los ojos, cual si tuviera telarañas. ¡Contonearte tú, como un par de Inglaterra, llevando á una princesa del brazo, cuando no há mucho tiempo...

—John, dijo cortándole la frase el Capitan, reprime esa lengua maldita y vamos á cuentas. ¿De qué me acusas? ¿de llevar un nombre postizo? Pues ¿y tú, alma ruin, no me has robado el mio?

—Tan Brown soy yo como tú. Si tú lo llevas por tu padre, yo por mi madre, que era su hermana.

—¿Y por qué dejaste de llamarte Clarke, que era el apellido del autor de tus dias?

—¿Por qué...

—No te incomodes; tengo buena memoria: porque, sirviendo á un señor en Palermo, desaparecieron de su casa unas alhajas, y todas las sospechas recayeron sobre tí. No quiso tu amo poner el asunto en manos de la justicia; pero te echó ignominiosamente, y todos en la ciu-

dad se enteraron del caso. Entónces cambiaste de residencia y de nombre, tomando el que hoy llevas.

— Las sospechas fueron injustas. Soy hombre de bien. Despues serví en otras partes, y los certificados que tengo abonan mi probidad.

— No digo que no, pero si tú eres hombre de bien, yo no lo soy ménos. Tú cambiaste de nombre para buscarte la vida, y yo sigo tu ejemplo. Con una diferencia: que tú te contentas con tomar mi apellido, y yo, que tengo miras más altas, me apodero del de mi amo. Mas dejemos tan necia disputa, y vamos á lo que nos importa.

Ya en este punto de la conversacion sentáronse mano á mano los dos primos, y el falso Morgan continuó del modo siguiente:

Antes que todo, te diré que si pudiste imaginar algo de siniestro al verme representando el papel de mi amo, depongas tus aprensiones y te tranquilices completamente. No quiero decir que en ello no haya misterio, que ya no lo sería para tí, de haber yo sabido que estabas en Florencia. Justamente eres tú el hombre que necesito.

— ¡Yo! dijo John con desconfianza.

— No tengas cuidado: no hay riesgo ninguno, y sí mucho provecho. Pero ¿cómo, en el tiempo que llevo en esta ciudad, no te he visto hasta anoche, y del modo que sabes?

— ¿Cómo me habias de ver, si no hace más que ocho días que vine de Liorna, y cuatro que sirvo al ministro?

— Pues bien, áun llegas oportunamente. Oyeme, y que mis palabras caigan en tu pecho como en un abismo.

Del sigilo que hoy se guarde depende el éxito de mi empresa. Proponiéndose mi amo tornar á Europa por su salud, me echó por delante con su equipaje. En Alejandría lo expedí para Londres, y libre y desembarazado pasé á Brindis, con objeto de hacer el viaje más cómoda y agradablemente por Italia y por Francia. Viéndome solo, de nadie conocido y con dinero, — pues alguno he ahorrado en la India, — por pura vanidad, y sin creer que esto pudiera tener consecuencias, empecé á fingirme el capitán Morgan, á lo cual me ayudó grandemente el usar en mi vestido algunas prendas militares de mi amo. Quiso la casualidad que de Ancona á Florencia me hallase solo en un wagon con el príncipe Cantelmini, que al saber el nombre que llevaba, se deshizo en finezas conmigo, ponderándome su amistad con los Morgan, de los cuales, por fortuna, no conocia al que yo me habia propuesto representar. Y no pararon en palabras corteses sus extremos y atenciones, sino que se empeñó en que me detuviese en Florencia y viniera á vivir á su casa. Cedió á sus instancias; aquí me presentó á sus amigos, y á mi pesar estoy haciendo el héroe por fuerza. Sin embargo, y esto es lo grave del caso y donde reside el verdadero misterio, no todos en esta casa me creen el capitán Morgan. La prima del Príncipe, solterona rica y ciega de amor por mí, está en el secreto de todo y sabe que yo soy, no un criado, que tal no le he dicho, pero sí empleado de Mister Morgan.

— ¿Quién? ¿doña Francesca? dijo John con asombro.

— La misma. Pero aunque está decidida á atropellar por todo y á casarse conmigo, hemos convenido en que

por ahora siga el engaño, ya que nos proporciona la ventaja de vivir juntos, y tambien por el escándalo que sería que se descubriese de pronto mi verdadero nombre y estado. Dentro de poco me marcharé á Francia; ella no tardará en ir á juntarse conmigo, y se efectuará nuestro enlace. Su primo le dirá que es una loca y que se olvide de él para siempre, lo cual no la pondrá más delgada. La sociedad florentina sabrá la burla y comentará el suceso, y yo, entre tanto, seré rico, independiente y viviré como un gran señor.

La falaz relacion no estaba mal urdida, y áun habia en ella algo de verdad, si bien mucho más de mentira; pero el humilde y flemático John no podia concebir que un igual suyo, de su propia calaña y de la misma sangre, hubiese encendido la pasion que su primo decia, en el pecho de una señora tan principal como doña Francesca. Así, arqueando las cejas y haciendo un gesto de incredulidad, le dijo:

— Eso de los amores necesitaria verlo para creerlo.

El Capitan — que tal le seguirémos llamando — se quedó algo desconcertado con aquella salida. Su invencion no habia surtido efecto. Y comprendiendo el peligro á que se exponia si no lograba avasallar el ánimo y apoderarse de la voluntad de aquel hombre, vil y despreciable á sus ojos, pero que con una palabra podia perderlo, estaba perplejo sobre qué partido tomar. Ademas, se hacía tardé y no era ya posible prolongar la entrevista. En esto oyó la voz de doña Francesca, que hablaba á un criado en la próxima galería, y se figuró que venia á su cuarto. Una idea satánica nació de pronto en

su mente, y levantándose con gran apresuramiento, — Entra ahí, — le dijo al primo, señalándole una puerta que daba á su gabinete de tocador; — ella viene. Entra, y quédate sin respirar siquiera, detras de la cortina, hasta que yo te avise.

En seguida recorrió el pasador de la puerta principal del aposento y se sentó al bufete haciendo como que escribía. No se habia equivocado. Doña Francesca se presentó familiarmente en la estancia. El Capitan, dejando sus papeles, se fué á ella, y cogiéndole afectuosamente las manos, le dijo:

— ¿Cómo estais, amiga mia? ¿Habeis pasado bien la noche?

— Bien, porque no he hecho más que pensar en vos. Soy tan feliz desde que sé que me amais. ¿Y vos, Capitan?

— No me llameis así. Ya sabeis que lo de Capitan es para los demas, y que para vos no soy más que Ricardo.

— Es verdad, dijo la inocente doña Francesca. Ricardo, así os llamaré siempre... cuando estemos solos. ¿Y qué vais á hacer?

— Ahora escribir dos ó tres cartas que me urgen bastante. He dicho que no recibo. Despues saldré á dar una vuelta por los *Casine* (1) con vuestro primo.

— ¿Lo habeis visto?

— Aquí estuvo un momento ántes de marcharse á no sé qué junta, y me dijo que volveria á las cuatro á buscarme.

(1) El paseo de Florencia.

— Pues entónces os dejo para que tengais tiempo de todo. Yo iré tambien á paseo sólo... por veros.

— ¿Y os vais así? le dijo el Capitan estrechándole la mano.

Ella, entónces, mirándole tiernamente, bajó la cabeza y dejó que le diese un beso en la frente, escabulléndose en seguida con modos de jovencilla ruborizada.

No bien desapareció, el Capitan separó la cortina de la puerta, donde John estaba como verdadera estatua, y cogiéndolo por la casaca lo sacó afuera y le dijo:

— ¿Y ahora, imbécil?

— Ahora, contestó John, digo que eres el hombre más extraordinario que he conocido en mi vida.

— ¿Y estás dispuesto á ayudarme?

— ¿Qué puedo yo en ese asunto?

— Puedes... descubrirme y perderme. Pero en ese caso, á mi vez me haría delator, y sacando á relucir lo de Palermo y lo del cambio de nombre, te hundiria para siempre. Puedes... serme fiel, guardar el más profundo secreto de lo que has visto y oído, dejar correr la bola, y estar á la mira en casa de tus amos para avisarme de cuanto me pueda interesar.

— Si es eso todo lo que exiges, cuenta conmigo.

— Nada más: y en pago te daré más libras esterlinas de un golpe, que puedes ganar en diez años.

John estaba vencido.

Ya seguro de él,— toma, le dijo el Capitan, alargándole un papel, mi verdadero pasaporte, y sácame del correo cartas que para mí debe haber allí detenidas.

Por ellas tendré noticias de mi amo, y sabré, á punto

fijo, á qué atenerme respecto de su viaje á Europa. Entre tanto guárdate esa bolsa de tabaco y esa pipa que he traído de Calcuta, y ademas esta libra esterlina para que eches un trago á mi salud, miéntras llega el momento en que celebremos juntos nuestra buena suerte. Pero despáchate: oigo pasos; álguien viene.

John guardó precipitadamente el pasaporte y la pipa y la bolsa de tabaco, — la moneda de oro ya se la habia echado en el bolsillo,—y estrechando la mano del Capitan, que le volvió á recomendar el más escrupuloso secreto, se retiró de la estancia lleno de satisfaccion por los agasajos recibidos y las esperanzas dadas, y admirado con la astucia y talento de su maleante primo.

—Me ha hecho sudar el maldito, murmuró el Capitan al verse solo; pero al fin tragó el anzuelo. Ya es mio. Nada tengo que temer... Adelante.

V.

EL CORSO.

Seguia nuestro protagonista brillando sin rival en los salones florentinos. Faltábale tiempo para asistir á tanto sarao, á tanto baile, á tanto banquete como era convidado. No habia funcion lucida sin el capitan Morgan. En los cotillones, á pesar de la escasa flexibilidad de una de sus piernas, por la famosa herida, las más bellas bailarinas lo buscaban y se lo disputaban. Los elogios de su pariente Cantelmini, el aprecio de su ministro y las distinciones y obsequios de las más altas damas le habian formado como un fantástico pedestal, en que todos veian espléndidos bajo-relieves, ya relativos á su stirpe generosa, ya á su riqueza, ya á su heroica bravura en los combates: ¡tan escaso fundamento tiene el imperio de la moda, y con tanta facilidad se alucinan las gentes!

Pero cuando se pudo apreciar todo el prestigio, por no decir popularidad, de que el Capitan gozaba, fué en el *corso* el primer dia de Carnaval.

Por poco familiarizados que se hallen mis lectores con la lengua del Tasso, saben, sin duda, lo que significa la palabra *corso* en su acepcion literal, y tampoco

ignoran que, tomada en más ámplio sentido, se aplica por los italianos á la bulliciosa fiesta que resulta del paseo de coches y máscaras por la carrera designada al objeto en los dias de asueto y de locura que á la Cuaresma preceden.

Lo que es más difícil que comprendan, como no lo hayan presenciado, es el carácter peculiar de esa diversion puramente italiana, y la indescriptible fisonomía de Roma, Florencia ó Milan en un dia de *corso*. Inútil sería que buscásemos algo parecido en los demas pueblos de Europa, sin exceptuar á Madrid, tan gaitero y alegre en carnestolendas. ¿Qué tienen, por ejemplo, que ver con el *corso* nuestras callejeras mascaradas y plebeyas estudiantinas? ¿O cómo compararle nuestro brillante paseo del Prado y la Castellana, donde, fuera de la gran animacion que naturalmente producen los muchos coches y la mucha gente, lo chistoso, lo picante, lo que pudiéramos llamar carnavalesco, está reducido á que unos cuantos jóvenes se presenten con estrafalarios disfraces, y encaramándose en los carruajes de sus amigas ó conocidas, entablen con ellas más ó ménos oportunos discreteos?

El *corso* no es nada de esto, y mucho ménos se asemeja á la procesion del *buey gordo* en París, ni á las báquicas comparsas que por los arrabales de aquella gran ciudad suelen verse en tales dias.

Pero basta de lo que no es, y pasemos á explicar en lo que consiste. No pecarémos, sin embargo, de prolijos, pues lo que nos importa no es tanto la fiesta en sí, como encontrarnos en ella con los personajes de nuestra historia.

Todas las principales calles de Florencia, desde los *Cascine* hasta la plaza de *Santa Croce*, como si dijéramos de un extremo á otro de la ciudad, están vistosamente engalanadas. Segun la importancia de los edificios ó la magnificencia de sus dueños, en unas partes tapices, terciopelo ó seda; en otras, brillantes zarazas, pintadas percalinas, formando la diversidad de telas y colores el más vário y pintoresco conjunto. De trecho en trecho se alzan mástiles venecianos, ostentando blasones y trofeos, dando al viento flámulas y gallardetes. Un inmenso alborozado gentío, que con movilidad meridional grita, rie y gesticula, bulle en las aceras, llena los portales, se apiña en las ventanas, cubre balcones y azoteas. ¿Qué lo tiene así tan contento y regocijado? Dos interminables filas de coches de todas clases y formas, desde las carrozas Reales y las no ménos espléndidas de los magnates, hasta el popular *barrocino* y la plebeya *carrocella*, que siguen al paso la carrera de antemano fijada por el *Sindaco* ó primer Alcalde. De vez en cuando atrae más particularmente su atencion, redoblando el gozo, algun carro alegórico ó puramente caprichoso y burlesco. Ya aparece en medio de su córte algun dios de la mitología; ya una gran jaula de traviesos monos, sobre la cual se lee este letrero de circunstancias: *I vostri avi* (vuestros progenitores); ora se presenta dorada nave con tripulacion de antiguos helenos; ora un simple *calleso* napolitano, en que disputan y contienden, con cómicos aspavientos y descompuestas contorsiones, Pulcinella, Stenterello, Arlecchino y Gianduja; ora, en fin, cualquiera otra farsa ó invencion por el estilo.

Cuando llega uno de estos fantásticos carruajes,— únicos que, fuera de las carrozas de los príncipes, tienen derecho á pasar entre las filas,— lo acoge una salva de aplausos, no sin mezcla de puyas y *lazzi*, y suelen trabarse chistosos diálogos y aún reñidas escaramuzas entre los que van dentro y los que están fuera.

Pero lo verdaderamente curioso y extraordinario de la fiesta no es la suntuosidad y aparato de tan vistosas máquinas, ni la propiedad y riqueza de los disfraces, que pocas personas revisten; lo que le da especial colorido y singularísimo carácter, y hace del *corso* un espectáculo *sui generis*, es que todos los que á él asisten son á la vez espectadores y actores, y que parecen poseídos de frenético júbilo, como si de ellos se apoderase el diablo de la alegría.

La tarde avanza y el *corso* se convierte en revuelto campo de combate. No hay plaza, no hay calle en que no se rompa el fuego y empeñe alguna accion. Unos y otros con loco ardimiento se hostilizan y tirotean; pero los cartuchos son de confites, las balas son almendras, las bombas y granadas, ramilletes de flores. Aquí se enciende la lid entre dos coches: los justadores están de pié; con la mano izquierda se sujetan la careta de alambre (1) que les protege el rostro, con la otra cogen municiones apresuradamente, que se arrojan con furia de energúmenos. Allí se traba la pelea entre una carretela

(1) Las personas que van al *corso* suelen llevar una careta de alambre en la mano, con que se guardan la faz en caso necesario.

y un balcon, y es de ver cómo suben y bajan los proyectiles.

A todo esto, la calle se inunda de dulces y flores, y los pilluelos se precipitan entre los coches y á los piés de los caballos para recoger los despojos de la contienda. El estruendo ensordece el espacio; el alborozo raya en delirio.

Al extraordinario cuadro que acabamos de bosquejar, póngasele por fondo los palacios florentinos el *Duomo*, el *Campanile*, la *Torre de la Signoria*, todo bajo un cielo azul y sereno, iluminado con el sol de Italia, y se tendrá una pálida idea de lo que es el *corso*.

En el momento de más brillo y animacion se presentó en la *via de Tornabuoni*, viniendo del *Lungarno* (1), en un ligero carruaje de cuatro asientos, el galante y ruboso Capitan. Acompañábanle tres apuestos jóvenes de las más elevadas familias, y seguía le un lujoso carro, tirado por dos caballos con caprichosos jaeces de vistosas guirnaldas. La caja de este vehículo estaba dividida en dos secciones; una, repleta de cartuchos y cajas de dulces, algunas muy primorosas y de gran precio; la otra, atestada de ramilletes de todos tamaños. Un criado guardaba desde dentro lo que podríamos llamar parque de municiones; otro se ocupaba en aprontar al Capitan y sus compañeros lo que del carro le pedian.

Como el Capitan entrase en la *via de Tornabuoni*, después de luégo se distinguió su coche por la lluvia de flores y

(1) La *via de Tornabuoni*, una de las calles más céntricas de Florencia, desemboca por uno de sus extremos en el *Lungarno*, magnífica vía entre hermosos palacios y el malecon del rio.

menuda grajea que de los balcones aristocráticos, por blancas manos arrojadas, sobre él caian. Lo cual no quita que alguna vez, sin saberse de dónde, llegasen tambien, con desusada violencia, dulces secos y hasta almendras figuradas con yeso, que, á no ser por las caretas de alambre y los sombreros, hubieran podido aguar la fiesta al Capitan y sus camaradas.

Él y ellos por su parte, sólo como obsequio, y no en son de pelea, echaban las provisiones de su precioso cargamento á las personas de su amistad, conforme con ellas se iban cruzando.

Llegó el coche del Capitan á un punto de la calle donde se eleva un antiguo palacio, y la fortuna, que no se habia aún cansado de favorecerlo, hizo que, por entorpecimiento de la fila, tuviese que parar allí algunos minutos. Los grandes y voladizos balcones del edificio estaban ocupados por elegante concurso de damas y caballeros, toda gente de suposicion y de viso. En el de enmedio, del que pendia una magnífica colgadura de terciopelo amaranto con flecos de oro, se hallaban la princesa Etelvina y su gentil Irene, la cual, con sus rubios cabellos, su nevada tez y sus ojos azules, hubiera dejado atras á Orfelia, á Margarita, y aún á la misma Freya de los escandinavos. El Capitan saludó respetuosamente á las egregias damas, y éstas le devolvieron el saludo, la madre con fria majestad, la hija con dulce expresion. En seguida, como señal de rendimiento y homenaje, el Capitan envió á las princesas una linda cesta dorada, llena de rosas y violetas, y una preciosa caja de confites. Las damas agradecieron el presente, y así lo demostraron

con signos de cabeza desde el balcon, y á su vez, para corresponder á la fineza, arrojaron al galan las flores que en la mano tenian; pero la princesa Irene, sin duda por la prisa que puso en la accion, soltó al mismo tiempo el pañuelo, el cual, como más ligero, se separó de sus compañeras, yendo éstas á caer dentro del coche y aquél fuera, cerca del estribo.

Un señor como de cuarenta y cinco años, algo obeso, con gafas y cierto atildamiento vestido, que habia desde la acera atentamente presenciado el lance, al ver caer el leve pañizuelo, corrió presuroso á recogerlo. En vano el Capitan y sus amigos hacian significativos ademanes para contener al entrometido, disponiéndose ellos mismos á apoderarse de la preciosa prenda, hasta que, viendo que se agachaba precipitadamente con ánimo de tomarles la vez, alargó el Capitan de pronto el brazo para impedirlo; mas aquí fué Troya, pues dándole en el sombrero, salió por los aires, llevándose enganchada una copiosa peluca de color naranjado, y quedando su mísero dueño con la cabeza monda, como bola de balcon, entre las carcajadas y gritería del público, muy regocijado con tan cómica escena.

El desdichado paladin, lívido de furor y jurando venganza, desapareció entre la multitud, y el ténue cendal, manzana de la discordia, fué á manos del Capitan, que se habia apeado del coche. En aquel momento se le acercó el criado, á quien poco ántes encómendára los presentes para las princesas, y diciéndole unas palabras al oido, le devolvió, sin que nadie lo viese, un billetito que no habia podido entregar. Sin más, el Capitan subió él mis-

mo á dar el pañuelo á su dueño, y con aire de triunfo tornó á su carruaje, el cual, deshecho ya el impedimento de la fila, prosiguió su interrumpida marcha.

Como no hay cielo sin nubes ni rosa sin espinas, tampoco fué completa la dicha del engreido Capitan aquella tarde. Entretenido con sus alardes de vana galantería y con la aventura del pañuelo, no habia notado que treinta ó cuarenta pasos más allá, en un balcon, al opuesto lado del de las princesas, la suspicaz doña Francesca le habia estado espiondo, presa de rabiosos celos.

—¿Cómo diablos está aquí, cuando me dijo que se quedaria en su balcon de la calle del *Procónsola*? se preguntó á sí propio el Capitan, muy sorprendido y disgustado al descubrirla. Miróla fijamente, y en su mal talante y encendido color leyó en seguida cuanto habia sucedido. Doña Francesca tenía prohibido que obsequiase particularmente á la princesa Irene, ó hiciese en su honor marcadas exterioridades; y no fiándose de la palabra de su galan, se fué á casa de una amiga, desde donde pudo confirmar sus sospechas, viendo al descuidado pasarse de rendido con su rival.

En vano trató el falso amante de conjurar el nublado con halagüeñas demostraciones. Al pasar por debajo del balcon de su airada amiga, lo cubrió materialmente de dulces y flores; pero todo fué inútil para calmar su corazon y disipar su enojo.

A poco el coche del Capitan se perdió de vista, y la tarde espiró sin más incidente que tenga relacion con nuestra historia.

VI.

POST NUBILA.

Algo cabizbajo y mohino regresó el Capitan al palacio Cantelmini.

Apénas habia tenido tiempo para cambiar su vestido de mañana por el negro pantalon y el frac de rigor, cuando vinieron á avisarle que se iba á servir la comida. Pasó á la sala, donde el Príncipe y tres ó cuatro amigos de confianza estaban reunidos, y un instante despues se presentó un criado á decir que doña Francesca se excusaba de asistir á la mesa por hallarse algo indispuesta.

—Ya se ve, dijo el Príncipe con cierta sorna dirigiéndose á sus convidados, mi prima, á su edad, se va por ahí, como una muchacha de quince abriles, á tomar parte en esos jaleos de Carnaval. Si hiciera como yo, que he visto tranquilamente desde mi balcon las máscaras y los coches. Pero hay naturalezas que no se dan nunca por vencidas. Estas palabras parecian dichas con intencion; mas el Capitan las oyó con indiferencia, no dándose ni remotamente por aludido.

Entraron en el comedor y se sentaron á la mesa con excelente apetito, ensalzando todos la habilidad del co-

cinero del Príncipe y encomiando los deliciosos vinos.

Por supuesto se habló de la fiesta del día, y el Capitán tuvo principalmente que hacer el gasto, contando con sus pelos y señales la escena del pañuelo y de la peluca por los aires, con lo cual se holgaron en grande los convidados.

Concluida la relacion, —Conozco al tal individuo, dijo uno de los asistentes: es la vanidad en persona, y miéntras viva, ni olvidará ni perdonará la chistosa pasada que le habeis jugado.

—Pero ¿qué se proponia, preguntó otro, al disputar con tanto empeño el pañuelo de la Princesa?

—Nada, farolear, contestó el anterior; hacerse el obsequioso con tan principales damas; llamar su atencion y hallar algun medio de introducirse en sus saraos. Todo su afan es la aristocracia.

—Pues el chasco de hoy, repuso un tercero, debe haberlo curado de tal manía.

—A propósito de saraos, dijo el Príncipe dirigiéndose al Capitán, ¿persistís en la idea de dar el vuestro?

—¿Qué quereis qué haga? De algun modo he de manifestar mi agradecimiento á la sociedad florentina. ¡Le debo tantos favores!

—Cierto que no podeis quejaros; pero os vais á meter en árdua empresa.

—Nada de eso. Aquí todo se lo encuentra uno hecho: locales dispuestos que se alquilan, música, flores, todo lo halla uno con facilidad.

—¿Y en qué local habeis pensado? preguntó uno de los comensales.

—En los salones del establecimiento de Donney : son bastante lujosos y el sitio muy céntrico.

—Son magníficos; pero buen dinero os costará el alquiler.

—No gran cosa, contestó el Capitan encogiéndose de hombros.

—¡Ni un *rajah* de la India se comportaria de otro modo! dijo el Príncipe en tono de broma. Sé ve, Ricardo, que venís del país de los esplendores.

Acabó la comida, se tomó el café, se fumó; y cuando el Príncipe y sus amigos se sentaron alrededor de una mesa de juego á echar una partida de *Whist*, el Capitan se retiró so pretexto de que estaba cansado.

Al dejar la sala, se dirigió á la habitacion de doña Francesca, y dió dos golpecitos en la puerta de su gabinete. Salió la doncella, y el Capitan le dijo que iba solamente á informarse de la salud de su señora.

—Está ligeramente indispuesta, respondió la criada; con todo, si el señor Capitan quiere... Y sin acabar la frase desapareció, dejando la puerta entornada. Un momento despues volvió la muy ladina á decir al galan, de parte de su ama, que podia pasar adelante, si tal fuese su deseo.

El Capitan atravesó el gabinete, y un tanto receloso, entró en el aposento de su airada amiga, la cual, envuelta en una bata de muselina blanca y lazos encarnados, yacía recostada sobre un sofá con estudiado abandono. Su anublada faz revelaba la inquietud de su pecho, y con la cavilosa frente apoyada en la diestra, ni se dignó levantar los ojos al entrar el pérfido amante. Éste,

al verla, se quedó suspenso y esperando que ella le hablase; mas como no lo hacía, impaciente por disipar su enojo, se acercó á la dama y con tono melífluo le dijo :

—¿Qué teneis? ¿Estais mala? ¿Os incomodo acaso?

—Capitan, basta de fingimientos. No soy ninguna niña á quien con dulces y flores se alucina y engaña, ni pueden falacias y morisquetas hacerme creer que lo blanco es negro y lo negro blanco. Tengo poco amor propio, no tan poco, sin embargo, que me preste á ser pantalla de vuestros galanteos. Buscad, pues, otro ardid si no quereis que la madre recele que tratais de cortejarle á la hija, la cual, despues de todo, nunca será vuestra. No os forjeis ilusiones, Capitan: mucho valeis sin duda; pero la Princesa está ya destinada á un magnate aleman, primo suyo, y aunque llegaseis á enamorarla, como su casamiento es cosa resuelta y ya no puede volverse atras, ni la madre lo consentiria, sólo sacaríais ambos de esos amores desdichas y amarguras. ¿Lo juzgais de otro modo? pues seguid vuestro impulso; mas no vengais á alucinarme con falsos halagos. ¡Tonta de mí, que escuché vuestras amantes protestas! ¿Por qué jugar así con mi pobre corazon? ¡Dios mio, dame fuerzas para sufrir!... Capitan, todo acabó entre nosotros. Y así diciendo, rompió en gemidos y sollozos.

—Francesca, un poco de reflexion, y vos misma os convenceréis de lo vano de vuestras sospechas, de lo injusto de vuestras palabras. ¿Tan pobre idea teneis de mí, que me juzgais capaz de tanta bastardía? Si no os amára, ¿qué fin podria llevarme en engañaros? Decís que os hago servir de pantalla. ¿Quién sabe nuestros amores?

—No negaréis que me disteis palabra de no singularizaros con la Princesa y.....

—Si lo decís por lo del pañuelo, ¿qué culpa tuve de aquel accidente puramente casual? Y en lo demas, ¿en qué me singularicé, por vida mia? Yo no iba solo en el coche. A todas las señoras rendiamos iguales obsequios; no era cosa de hacer una odiosa excepcion con la princesa Irene. ¡Qué se hubiera dicho! Pensadlo bien, y veréis que vuestro disgusto es mera ofuscacion. Desechad tan fútiles aprensiones; no empañe más el llanto esos luceros, donde brilla mi felicidad. Vamos, no seais así. Y cogiéndole la mano, y cayendo de rodillas cerca del canapé, se la llevó con vehemencia á los labios.

La incauta Doña Francesca creía triunfar; y juzgando propicia la ocasion, y por aquello de que el hierro debe machacarse en caliente, se fué desde luego á la verdadera causa de sus afanes; pues lo de los celos de aquella tarde, bien mirado, sólo habia sido la gota que hace rebosar el vaso, y más que motivo serio de la explosion que hemos visto, un pretexto de que se habia valido, tal vez sin pensarlo ella misma, para desahogar el oprimido pecho. Así, aunque ya secas las lágrimas, dijo con gran emocion:

—¡Ah! si fuera verdad que me amaseis como decís, muy distinto sería vuestro proceder. Aun suponiendo que vuestra inclinacion á la Princesa sea aprension mia, ¿qué pruebas me habeis dado hasta ahora de vuestro cariño? Yo, pobre de mí, os rendí mi alma; y vos, Ricardo, ¿cómo pagáis mi ternura? Si no considerais

nuestros amores como frívolo pasatiempo, ¿por qué, cuando os hablo de unirnos para siempre, os haceis el desentendido, ó dais otro giro á la conversacion? Una de dos : ó no soy digna de llevar vuestro nombre, ó vuestro corazon ya tiene dueño.

Despues de estas palabras, doña Francesca se quedó un momento silenciosa, fijos los ojos en el Capitan; mas viéndole perplejo y que no contestaba, con ansiosa impaciencia exclamó :

— ¡ Ah! ¿ No respondeis ?

— Por piedad, Francesca... ¿ Qué más podria desear que daros su nombre quien es ya vuestro esclavo y rendido amante ? Pero ¿ cómo eludir ciertos compromisos de familia ? No ignorais los tratos entre mi hermano mayor y el conde de Morton para que me case con su sobrina.

— Ciertamente no los ignoro; pero sé tambien que no os habeis visto nunca, y que á ambos se os reserva el derecho de volveros atras, dependiendo todo de que al conoceros, ratifiqueis ó no el convenio.

— Pues bien...

El Capitan pareció vacilar un punto al ir á resolverse; pero ántes que concluyese la frase, le salió al paso doña Francesca.

— ¿ Seréis mi esposo ?

— Sí, Francesca, seré tuyo, respondió el Capitan con el tono y ademan de un hombre que rompe por todo.

— Jurádmelo, jurádmelo por lo que haya para vos de más sagrado en el mundo, por vuestro honor, por la memoria de vuestro padre, el noble sir Edward, cuya alma nos contempla y bendice desde el cielo.

A estas palabras, con gran énfasis y calor pronunciadas, contestó el muy taimado en tono solemne :

— Lo juro por el alma de sir Edward Morgan, mi padre, cuya memoria venero como buen hijo.

Doña Francesca, ébria de gozo, se lanzó al cuello del Capitan, y le cubrió el rostro de besos y de lágrimas. En aquel momento se oyó la voz del Príncipe, que, abriendo la puerta del inmediato gabinete, gritaba con cierto dejillo zumbon : — Prima, ¿te has aliviado? ¿Permites que entre á darte las buenas noches?

VII.

LA TRATTORIA.

Dejemos por el momento el palacio Cantelmini; y si nuestra amable lectora puede resistir la nauseabunda atmósfera de una sala, aunque grande, no alta de techo y con la puerta de cristales cerrada, donde unas veinte ó treinta personas de humilde condicion comen y beben en torno de diferentes mesas, y donde el olor de los alcoholes y el vaho de los guisos se mezclan y confunden con el tufo de los quinqués y la humareda de las pipas, penetre con nosotros en el vasto figon que lleva por nombre el que sirve de título á estos renglones. Allí se encontrará con un personaje que ya le es conocido, y con otro que le importa conocer; y verá, sobre todo, cuán poderoso reactivo es el *Marsala* para sacar á la superficie de los labios lo que con mayor sigilo y recato se guarda en el corazon.

Ánimo, pues, y provistos en todo caso de un pomillo de sales, penetremos de una vez en la Trattoria.

Pasemos entre algunas mesas ocupadas por gente de pueblo, y adelantémonos hasta la mitad del local, donde, á uno y otro lado, se elevan dos gruesos pilares que sos-

tienen el techo; y girando en torno de uno de ellos, descubriremos de pronto al iluso John, el lacayo de la legacion británica, gravemente sentado á una mesa, y en sabroso coloquio con una botella de Marsala.

Un gaban ordinario de paño gris ha sustituido á la galoneada librea, y á la empolvada peluca el sombrero negro en forma de medio huevo; pero las rubias patillas, con esmero peinadas, las tiesas y almidonadas tirillas y la corbata blanca con dorado alfiler claramente indican al criado inglés de casa aristocrática, libre de servicio á aquellas horas, y entregado á su manera á un rato de solaz y esparcimiento.

En efecto, que John, aunque solo, se divertia, de más lo daban á entender su gozoso y coloreado semblante. Humeaba en su mano izquierda una elegante pipa, que voluptuosamente se llevaba á los labios, cuando no los ocupaba con el vaso que en la diestra tenía. Al lado de la botella yacía abierta una bolsa oriental de sedas de colores é hilillo de oro, de la cual rebosaba aromático y rubio tabaco. ¿Quién, al contemplarlo en aquella actitud, no lo creeria el más dichoso de los mortales? Con todo, sus ojos, fijos á veces, aunque sin atencion á nada de lo que le rodeaba, como si el fenómeno óptico se realizase en diverso sentido y estuviesen ocupados en internas contemplaciones, y los inarticulados sonos que de cuando en cuando se escapaban de su entreabierta boca, parecian demostrar que no era la satisfaccion de fumar y beber solamente lo que tanta fruicion le causaba. Su pensamiento iba, sin duda, mucho más allá de aquel estrecho recinto, y muy risueñas imágenes debian

revolotear por su fantasía. Era la disposición de su ánimo, por efecto tal vez del tabaco oriental que estaba consumiendo, análoga ó semejante á la que en los árabes causa el *aschis*, con la diferencia, no obstante, de que en la excitada mente de John es probable que las huríes del Paraíso tomaran la forma de libras esterlinas, y que en lugar de espaciarse en poéticos jardines con aves canoras y cristalinas fuentes, se figurase trasportado cerca de su aldea, á un campo de patatas y zanahorias en flor, contemplando desde allí su rolliza vaca, sus cerdos, sus gallinas errar por los contornos del pequeño, pero alegre caserío, donde lo aguardan sendos jarros de *porter* y de cerveza, y una apetitosa aldeana que con él comparte el escaso trabajo y la mucha felicidad.

En esta especie de beato ensueño se hallaba, cuando una persona pasó á su lado, buscando mesa desocupada; y al repararlo, se dirigió á él en estos términos :

—¡Ola, John! me alegro de verte : aquí mismo me voy á acomodar; así, mientras tomo un bocado, me desahogaré contándote mis cuitas.

El que de este modo hablaba era un tipo enteramente distinto de nuestro inglés; pequeño de estatura, vivos ojos negros y cierta malicia en la fisonomía.

John, como si despertase de un sueño, miró con asombrada faz al recién venido; mas al reconocerlo, le tendió amistosamente la mano.

—Tú por aquí, Zósimo: tú holgando á estas horas. Todavía llegas á tiempo, toma. Y echando en el vaso lo que de la botella quedaba, que no era mucho, lo alargó á su amigo, el cual, sin hacerse de rogar, lo apuró de un trago.

— Bien lo necesitaba: esto me conforta, despues de la mala tarde que he pasado.

— Pues ¿qué te ha sucedido?

— ¿Qué? Que mi amo, sin consideracion alguna, ¡así son todos! me ha plantado en la calle, y que me tienes á estas horas sin hogar donde recogerme y con la bar-riga vacía como cañon de órgano. Pero aguarda á que me traigan de comer, pues si no cobro alientos, nada te podrá contar mi desmayada lengua.

Dió Zósimo entónces dos golpes en la mesa, y al mozo que acudió pidióle alguna vianda y una ampolla de vino comun, lo cual, siéndole pronto servido,

— Sí, amigo mio, continuó, — alternando los bocados con las palabras, — en mala hora nací y en peor se le ocurrió á don Marcelo ir al corso, que Dios confunda...

John (que para escuchar mejor se habia hecho traer una nueva botella de Marsala), tornando á los devaneos de su ilusoria prosperidad, ante el contratiempo del amigo, con el juicio ya algo turbado y la lengua entorpecida, le interrumpió diciéndole:

— No te apures: te llevaré á mi casa y entrarás á mi servicio.

— No estoy para burlas, John: no me cortes el hilo, si quieres oir mis desgracias. Como te decia, don Marcelo, muy emperejilado y compuesto, se fué al *corso*; y estando en la *vía de Tornabuoni*, por quitame allá esas pajas se mete en una disputa con un paisano tuyo, el capitan Morgan, un señor que tú habrás visto en casa de tu amo; de las palabras se van á los puños, el som-

brero de don Marcelo sale rodando, y, esto es lo más grave, su azafranada peluca. Figúrate tú... ¡él, que tenía toda su vanidad en la cabellera!

— ¡Que si conozco al capitan Morgan! murmuró John, como hablando consigo.

— Pues bien, prosiguió Zósimo, es el caso que, hecho un basilisco, se vuelve á casa jurando vengarse. Pregunta por mí, y aumenta su rabia al saber que tambien me he ido de bureo. Apénas llego, me enteran de lo acontecido y me presento á mi amo; pero él, sin dejarme decir una palabra siquiera, descarga en mí la cólera que le ahoga y me pone en la calle sin más rodeos.

— Me alegro.

— ¿De qué? preguntó vivamente Zósimo. ¿De que me haya despedido?

— Hombre, no: de que mi primo lo acogotase.

— ¿Qué diablos tiene que ver ningun primo tuyo con el lance que te cuento? Pero ¡tonto yo! que te estoy hablando sériamente, sin reparar que el *Marsala* te va trastornando el caletre.

— Quiero decir, repuso John, como advertido por el último destello de razon que le quedaba, el capitan Morgan; para el caso es lo mismo.

— Afortunadamente para el inglés está protegido por su ministro, y, ademas, él es hombre de armas tomar; si no... Conozco bien á don Marcelo, y seguramente no parará miéntras no le juegue alguna mala pasada.

— ¿A quién? ¿á mi primo? exclamó John, ya sin conciencia de lo que decia. Que se ande con tiento. Nun-

ca se me olvidará una paliza que me arrimó siendo muchacho un día que salíamos de la escuela. ¡Ah! el señor Capitan tiene unos puños...

— No disparates. ¿Cuándo estuviste con el Capitan en ninguna escuela, ni cuándo tú, un miserable criado, fuiste primo de señor tan principal?

— Tú sí que no sabes lo que te pescas, replicó John, excitado por la contradicción y ya sin asomo de juicio; ¿ves esta pipa? Él me la dió. ¿Ves esa bolsa?... — Zósimo la tomó en la mano y no pudo ménos de admirarla, extrañando que tal prenda se hallase en poder de un lacayo. — También es presente suyo, y para mí la traje de la India.

— Esa bolsa la habrás cogido de casa de tus amos.

John, que con la embriaguez se habia vuelto quisquilloso y susceptible, contestó irritado y apretando los puños:

— El ladron lo serás tú.

Zósimo, que comprendió que se iba á armar un escándalo, trató de apaciguar al amigo llevándole la corriente.

— ¿No ves, le dijo, que hablé de broma? Ya sabía yo que el Capitan era tu primo, y ademas hombre muy dádivo. Pero explícame cómo, siendo él una persona tan adinerada y de tanto fuste, eres tú un lacayo; porque yo, si tuviera tales parientes, otro gallo me cantára.

— Eso consiste, respondió John, sin poder coordinar sus confusos pensamientos, en que es y no es el Capitan. Cuando el otro venga, mi primo se habrá ya casado y me dará de un golpe más libras esterlinas que puedo

ganar en diez años. Ahora, chiton. Ya verás, ya verás la vida que nos vamos á pasar.

Aunque los objetos que John le habia mostrado fuesen demasiado lujosos para un pobre sirviente, Zósimo creyó desvaríos de la embriaguez cuanto su amigo le dijera. Y viendo que era imposible seguir con él una conversacion formal, concluida ya su modesta cena, llamó al mozo para pagarle.

— Nada de eso, le dijo John conteniéndole la mano que se llevaba al bolsillo. Ahora, gracias á Dios, no me falta dinero con que regalarme y quiero que participes de mi opulencia.

— No debo serte gravoso, objetó Zósimo.

— ¿Qué me importan á mí unas cuantas liras (1); á mí, que muy pronto he de contar por cientos las monedas de oro?

— Entónces, gracias, y adios. Me voy á buscar dónde pasar la noche.

— Vénte conmigo, le dijo John: yo estoy solo. Te daré un colchon de mi cama.

Los dos se levantaron, y Zósimo, aceptando tácitamente el ofrecimiento de su amigo, lo acompañó á su humilde tugurio. Por el camino iban ambos silenciosos: John, haciendo quiebros y dando traspiés, aunque apoyado en el brazo de su compañero; y éste, al par que lo auxiliaba, recapacitando sobre las estrambóticas frases que en la *Trattoria* le habia oido. Parecíanle desatinadas y absurdas, pero, dándole vueltas, acabó, sin em-

(1) Moneda italiana del valor del franco.

bargo, por decirse: — ¿Quién sabe si lo que á mí se me antoja puro disparate, encerrará algun sentido, y si el conocerlo podrá reportarme algun provecho? Y picada ya su curiosidad, se propuso, cuando John se despegase, interrogarle con maña, para averiguar la significacion, caso que alguna tuviera, de aquellas extrañas especies.

Al cabo de un cuarto de hora de andar, los dos amigos llegaron á una calle estrecha y mal alumbrada, y entrando en un sucio portal, á que daba luz un farolillo, subieron — John con bastante dificultad — por una mezuquina escalera que conducia á varios pisos; y ya en el último, Zósimo, tomando la llave de manos de su camarada, que no se hallaba en estado de aplicarla á la cerradura, abrió una puerta, que les dió acceso á la humilde habitacion que John tenía con el solo objeto de dormir en ella, pues el dia lo pasaba todo en casa de sus amos.

Zósimo se acomodó, como Dios le dió á entender, en un canapé derrengado; John se echó medio vestido en la cama, y á poco ambos se dieron á roncar, á cual más podia, en los dulces brazos de Morfeo.

Pasó la noche, y á la mañana siguiente, ya despiertos los dos, el inglés, libre de su turca, y deseoso el italiano de sondearlo, entablóse entre ellos el siguiente diálogo:

— En verdad, John amigo, que eres excelente camarada y nunca olvidaré tu franca hospitalidad y generoso proceder. No ya primo del Capitan, hermano juraria que eras al ver el rumbo con que te comportas.

— ¿Qué dices del Capitan? preguntó John sobresaltado.

Zósimo, cuya mirada indagadora habia estado fija en el semblante de su amigo al hablarle en los términos expuestos, comprendió que las extravagantes expresiones de John en la *Trattoria* encerraban algun enigma.

— Nada, le contestó; me referia á las noticias que tú mismo me has dado. A no ser por tí, ¿cómo habia yo de saber que estuviste en la escuela con el Capitan, ni que esa magnífica pipa y esa preciosa bolsa son regalos que te ha traído de la India, ni que en breve os vais á reparar mucho dinero?

John palideció y hasta quedó sin habla, poniéndose, por disimular, á revolver los trastos del aposento; mas reponiéndose presto exclamó:

— ¡Qué necesidad! ¡Cuántos disparates me hace decir el vino! ¿Qué tengo yo que ver con el Capitan ni con nada de eso que me cuentas? Si tales sandeces proferí, tenlas por no dichas.

— Eso no, que aunque tuviesen tus palabras tanto de verdad como yo de Gran Turco, fueron muy donosas ocurrencias las tuyas, y se las he de contar á los amigos, para que se arme broma y te rian la gracia.

El rostro de John se humectó de sudor frio. Espantado de las consecuencias de su indiscrecion, se esforzó en disuadir á Zósimo de su idea; pero como el muy taimado y sagaz se le escapaba siempre como una anguila de entre las manos, pensó al fin que lo mejor sería hacer del ladron fiel; y prometiéndole el oro y el moro si guardaba el secreto, le contó á su manera la falsa relacion

que dias ántes le habia hecho su primo, y que el italiano escuchó maravillado. Con lo cual, y el juramento de Zósimo de dejarse descuartizar ántes de decir á nadie una palabra, los dos amigos se separaron; John para ir á hacer su servicio á casa de sus amos, y Zósimo para dirigirse á la de D. Marcelo, por ver si lograba ablandarlo.

VIII.

INCIDENTES VARIOS.

A los dos dias de los sucesos que acabamos de referir, el Capitan, sólo y caviloso en su cuarto, se paseaba de un lado á otro, fumando en una pequeña pipa de ámbar y espuma de mar.

En medio de estas idas y venidas tocaron á la puerta, y un criado se presentó con una cartita en la mano. Apenas la cogió el Capitan adivinó su procedencia, y antes de abrirla preguntó si aguardaban respuesta. Contestando negativamente el criado, despidiólo el Capitan, y apresurándose á romper el sobre, en un plieguecillo de satinado papel, que exhalaba suavísimo olor, leyó lo que sigue :

« Amable Capitan : No bien llegué á casa me enteré del lisonjero billete que tan discretamente me disteis con el pañuelo.—Os mostrais triste y receloso de que yo no asista á vuestro baile. Desechad ese temor. Lo más probable es que vaya á él. Ya estoy bien de mi ligera indisposicion ; y si á la fiesta, aunque dada por un soltero, concurre la gente selecta que me decís, ¿ qué inconveniente ha de tener mi madre en llevarme ? Es verdad que

se empeña en que el velar demasiado perjudica á mi salud ; pero yo le prometeré retirarme temprano, á la hora que ella quiera. En todo caso, venid en persona á convidarla. Agradecerá la atencion, y eso la obligará más. Por mi parte, prepararé el terreno.—¿Tan mal os va por aquí, que os marchais tan pronto? Esperemos que, al ménos, no será sin que se cumpla vuestro deseo de dar conmigo una vuelta de vals.—Gracias por los sentimientos que me expresais, y creedme siempre vuestra sincera amiga.—P. S. Esta carta, aunque escrita ayer, no ha podido ir hasta hoy. Rompedla no bien la leais.»

La epístola no tenía fecha ni firma.

Una amarga sonrisa contrajo los finos labios del Capitán, y abriendo una de las gavetas de su bufete, metió la carta entre las hojas de un libro manuscrito que allí tenía, diciendo para sí al mismo tiempo :—Si la vida es una comedia, hagamos de primer galán siquiera un día.

En seguida pasó á la habitacion del Príncipe, que halló revolviendo papeles, y al parecer muy ocupado.

—¿Conque esta tarde, le dijo, os vais á Milan?

—¿Qué quereis? El hombre propone y Dios dispone. Además, ¿qué falta os hago? Ya sabeis mi manía á los bailes, y que en ellos para mí no hay más que un momento agradable: aquel en que los dejo. En cambio, añadió maliciosamente, Francesca me representará, y ésa de fiyo no abandonará el salon hasta que los músicos no hayan echado las fundas á los violines.

—¿Y tan necesaria es vuestra presencia en Milan?

—Tan necesaria, que más no puede ser. Por una par-

te, miembro de la Junta directiva; por otra, uno de los mayores accionistas del camino... El triunfo de nuestros adversarios costaría á la Sociedad muchos millones. No creí que el pleito se viese tan pronto; pero ya que es así, no debo faltar de mi puesto. Del fallo de la Suprema Corte de Milan depende la prosperidad ó la ruina de la Compañía. En todo caso, dentro de cinco ó seis dias estaré de regreso, y espero que no me vayais á jugar la mala pasada de marcharos á Inglaterra ántes de mi vuelta.

—¡Ah! eso tenedlo por seguro.

Entró en esto el secretario del Príncipe con un legajito de billetes de Banco en la mano.

—Aquí teneis, señor, las veinte mil liras que me habeis pedido.

Y empezó á contarlas con escrupulosa formalidad sobre el bufete del Príncipe, miéntras éste, sin poner en ello atencion, continuaba conversando con el Capitan.

—¿Y habeis hecho ya los convites?

—Si no todos, la mayor parte.

—Sin duda vuestro baile estará muy animado. Nunca se divierten más las señoras que en fiestas dadas por solteros: como no hay ama de casa á quien hacer cumplidos, todas se creen que lo son y campan por su respeto.

El Príncipe notó que el secretario esperaba que le firmase un recibo, lo cual hecho, el dependiente inclinó la cabeza y se retiró del aposento.

—Lo que os aconsejo, continuó el Príncipe en tono de broma, que no le llameis baile de despedida, si no

quereis que la fiesta se convierta en un duelo. ¿A qué apesadumbrar así á vuestras amigas?

—No os apureis, que por mucha que sea lá afliccion, no se aguará el Champagne con las lágrimas que se viertan.

En aquel momento se abrió la mampara que habia en una de las puertas del cuarto, y se presentó doña Francesca, vestida con elegante traje de calle. Su agradable rostro parecia más risueño que de costumbre, si bien dejando ver demasiado á las claras los afeites y cosméticos con que se empeñaba en convertir en flores de perpétua primavera lo que era ya más que sazonado fruto de avanzado otoño.

—Ricardo, dijo tendiéndole afectuosa y familiarmente la mano, ¿cómo os va desde ayer? ¿Habeis hecho ya el programa de lo que ha de tocar la orquesta? No quedan más que dos dias.

Y haciéndose la muchacha atolondrada, que pasa de un punto á otro sin fijarse en ninguno, ántes que el Capitan tuviese tiempo de contestar, dirigiéndose al Príncipe, le preguntó:

—¿Y tú, primo, resueltamente te marchas hoy?

El Capitan, por lo que á él tocaba, respondió:

—El programa musical lo he dejado al gusto y experiencia del jefe de la orquesta. Creo que ya está hecho, y aún impreso.

El Príncipe á su vez pudo meter baza, pero no para responder á la ociosa pregunta de su prima ni para hablar del baile, sino para decirle:

—Iba justamente á llamarte, y me alegro de que hayas llegado con tanta oportunidad.

Y tomando del paquete de billetes que sobre la mesa dejó el secretario, cinco de ellos, continuó:

—Guarda esas cinco mil liras, por si algo extraordinario se ofrece durante mi ausencia.

Mientras doña Francesca enrollaba los billetes y se los metia en el bolsillo, vino un criado á decir al Príncipe que en la sala lo esperaba un empleado del Ministerio de la Justicia, el cual deseaba entregarle un pliego en propia mano.

—¡ Ah! exclamó el Príncipe: ya comprendo lo que es; la carta que pedí al Ministro para el Presidente del Tribunal.

Y cogiendo apresuradamente los billetes y metiéndolos en una gaveta, sin echarle la llave, salió á recibir su visita.

Ya solo con doña Francesca, le dijo el Capitan:

—Bien mio, el tiempo apremia, y tengo que ocuparme en los preparativos del baile.

—Yo tambien voy á salir: ya me estará esperando la modista. Siendo una fiesta dada por tí, quiero estar en ella mejor que nunca, y voy á ver si me sienta el vestido que mandé hacer. Y eso que me aflige el pensar que ese baile es un adios á Florencia.

—Más bien á mi vida de soltero. Dos ó tres meses pasan en un soplo, y apénas medio arreglados mis asuntos, me faltará tiempo para volver á tu lado. Adios, alma mia; hasta la noche.

Despues de estas ternezas, y cambiándose una dulce mirada, doña Francesca se dirigió á la puerta por donde ántes habia entrado, y el Capitan lentamente hacía aque-

lla por donde acababa de salir el Príncipe. Al llegar á la cortina oyó el ligero golpe de la mampara que se cerraba detras de doña Francesca; aplicó entónces el oído á la puerta, junto á la cual estaba, y seguro de que nadie venía por aquel lado, se fué presuroso á la mesa, abrió la gaveta donde el Príncipe dejára los billetes, y sustrayendo rápidamente tres de ellos, la cerró otra vez, y muy tranquilo dejó la estancia, sin haber sido por nadie observado. En seguida se echó á la calle, y metiéndose en el primer coche de plaza que encontró á mano, se dirigió á casa de la princesa Etelvina, con objeto de convidarla al baile.

Aunque entregado á sus pensamientos, y con el incierto mirar de quien no pone atencion en lo que le rodea, al pasar por una calle angosta, en que la Legacion inglesa tenía sus cocheras, se le figuró haber visto dos personas conocidas que, paradas en la acera, conversaban. Abstraído como iba, no cayó al principio en quiénes eran; pero aquella vaga percepcion, tomando cuerpo en su mente, todo se estremeció, como si hubiera sentido la picadura de un reptil venenoso.

Como el coche ya habia pasado, miró sin perder tiempo por la ventanilla trasera, y cerciorado de que los interlocutores eran nada ménos que su buen primo John y D. Marcelo, mandó al cocheró que parase un momento para observarlos.

¡Alma de Júdas! decia el Capitan retorciéndose en su asiento, ya me figuraba yo que serías capaz de venderme. Ya te ajustaré las cuentas. Por fortuna te he cogido infraganti y te haré cantar de plano. Pruebas en que

apoyar una delacion no las tienes. Recogerás las palabras que haya soltado tu maldita lengua, y en todo caso dejarás por embustero á ese miserable. Mas ¿cómo diablos se habrán puesto en inteligencia? ¡Ah, don Marcelo, me la quereis jugar de puño! Ya veremos quién puede más. Ahora sigamos nuestro camino; luégo hablaré con ese imbécil de John para saber hasta qué punto me ha comprometido.

Concluido este soliloquio y bendiciendo su buena estrella, que tan oportunamente le habia hecho descubrir los peligros que le rodeaban, mandó al cochero que continuase su carrera.

A las seis de la tarde regresaba el Capitan al palacio Cantelmini, sereno, risueño y satisfecho de sí mismo. Era para él uno de esos dias, raros en la vida, en que la fortuna parece adelantarse á nuestros deseos. Habia enriquecido su cartera con tres mil *liras*; habia logrado ver á la princesa Etelvina y obtenido la promesa de que asistiria á su baile, y sobre todo, habia cortado la intriga con que el implacable D. Marcelo, prevaleiéndose de las imprudentes revelaciones de John, trataba de perderlo.

Con tal de que John cumpliese los juramentos que acababa de hacer á su primo, en el mismo cuarto donde dias ántes el astuto Zósimo oyó maravillado sus confidencias, y se atuviese fielmente á las oportunas instrucciones que el Capitan le habia dado para prevenir cualquier riesgo, sus malhadadas indiscreciones no podian, por el momento, tener gran trascendencia. Sin embargo, el Capitan se proponia vivir muy sobre aviso y abre-

viar en lo posible su estada en Florencia. Su posicion, ya embarazosa de suyo, se hacía más difícil con la guerra sorda del vengativo D. Marcelo. Como quiera que sea, habia parado el golpe de su enemigo, y lo que le importaba era ganar tiempo. No es extraño, pues, que se hallase satisfecho al atravesar los umbrales del palacio Cantelmini.

El Capitan se dirigió desde luego al despacho del Príncipe, donde lo halló registrando con visible agitacion los papeles de su mesa. Su secretario y doña Francesca seguian afanosamente aquella revision.

—Creí llegar tarde, dijo el Capitan con la mayor naturalidad, y hubiera sentido no acompañaros á comer hoy, que os marchais. Pero ¿qué os pasa, Cósimo, que estais ahí como un loco revolviendo vuestro bufete? ¿Se os ha perdido la famosa carta?

—Como un loco decís, y teneis razon; que no es para ménos lo que aquí pasa. Figuraos que mi secretario me trae veinte mil *liras* en billetes... Aquí estabais, creo, esta tarde cuando me las trajo...

—En efecto, ¿y qué?

—Entrego de esa cantidad cinco mil *liras* á Francesca, y dejo los otros billetes en esa gaveta miéntras recibo al enviado del ministro; despues me ocupo en otras cosas, y cuando voy á recogerlos para guardarlos en mi cartera de viaje, los cuento, y no hallo más que doce mil *liras*, es decir; tres mil ménos. El secretario jura y perjura que trajo la suma completa. Aquí no ha entrado nadie. De mis criados, son antiguos y no tengo motivo para sospechar.

—Si es exacto lo que referís, dijo friamente el Capitan, el caso es bastante extraño. Pero, á falta de otros mejores, se me ocurre un medio de descubrir la sustraccion, en el supuesto de que la haya habido. ¿Sabeis vos, ó sabe el secretario, de qué series eran los billetes y qué números tenian?

El Príncipe miró al secretario como esperando de su boca la respuesta afirmativa que él no podía dar. ¡Vana esperanza! El secretario confesó que lo ignoraba, y que muy rara vez se fijaba en esa particularidad.

—Pero, repuso el Capitan, ese dinero habrá salido del Banco ó de alguna casa de comercio, y allí de seguro lo sabrán.

—Esos billetes, contestó el secretario, estaban en caja hace tiempo, mezclados con otros de diversas procedencias.

—Entónces, Cósimo, dijo el Capitan torciendo el gesto, no penseis más en el asunto, y los billetes perdidos contadlos con los muertos.

El incidente no tuvo más consecuencias.

Aquel dia se sirvió la comida más temprano; y terminada, el Capitan acompañó al Príncipe á la estacion. Cuando llegaron á ella era ya la hora de la salida. El Príncipe subió apresuradamente con su secretario y su ayuda de cámara á un coche reservado, y partió el tren.

IX.

LA FIESTA DEL CAPITAN.

La *via de Tornabuoni*, que va del *Lungarno* á la de *Cerretani*, aunque no muy ancha, es la calle más céntrica y concurrida de Florencia. Allí se ostentan la Casa Consistorial y los imponentes palacios Corsi y Strozzi; allí están situadas las más elegantes tiendas, los más espléndidos cafés, las fondas más caras y famosas. Entre los establecimientos de esta especie, el que más se distingue por sus lujosos gabinetes y lo espacioso y magnífico de sus salones es el muy renombrado de Donney, que tal vez por haber pertenecido su dueño á la diplomacia americana—aunque parezca algo extraña la metamórfosis de diplomático en fondista—era el preferido por el numeroso y brillante personal de las legaciones extranjeras en los tiempos, áun no lejanos, en que la vagabunda corte de Víctor Manuel, esperando que la echase más allá el viento de la revolucion, hacía un alto en la antigua y bella ciudad de los Médicis.

Era justamente el establecimiento de que vamos hablando el escogido por nuestro protagonista para su proyectado baile de despedida; y con ese objeto habia al-

quilado por una noche el piso principal del edificio, habiéndose el mismo Donney encargado de todos los por menores de la fiesta.

Que era llegado el momento en que debia celebrarse, harto lo demostraban la estrella de luces de gas que coronaba la puerta principal, reservada á los convidados, y el vivo resplandor de las ventanas.

Como en tales casos ocurre, la gente se paraba ante la afortunada mansion dispuesta para el festejo; y dos numerosos grupos, no sin dimes y diretes con los agentes de policía urbana, que procuraban mantener expedita la puerta, se habian colocado á uno y otro lado de la misma, resueltos á pasar revista á todo bicho viviente que aquellos umbrales atravesára.

Cada cual se divierte á su modo, y nadie puede impedir, al que por uno ú otro motivo no tiene acceso en un baile, que de él participe desde afuera, ya contemplando los claros balcones, ya viendo apearse á los convidados; los hombres con sus gabanes y bufandas; las señoras arrebujaadas en sus manteletas y cubiertas con sus capuchones; ó bien oyendo los ecos desvanecidos de la música, ó aspirando el husmillo que sube por los tragaluces de las cocinas, donde la cena del festin se condimenta; y si el termómetro señala tres ó cuatro bajo cero, ó llueve y ventea, entónces debe subir de punto el gozo de los abonados á este género de diversiones.

Desde las diez de la noche empezaron á llegar los coches y á presentarse los convidados; y á las once la orquesta, desde su elevada tribuna, abierta á modo de balcon en la misma pared, rompió el fuego con un brillan-

te rigodon de una de las operetas en boga del célebre Ofenbach.

El salon de baile estaba hecho una ascua de oro : allí las más hermosas y elegantes damas ; allí el Cuerpo diplomático ; allí magnates florentinos y opulentos banqueros y reputados artistas.

Las señoras se habian adornado con sus más espléndidas galas , y lucian en brazos y gargantas riquísimas joyas.

Los hombres , á su vez , ostentaban sus méritos , acaso su pueril vanidad , en placas de todas formas y cintas de todos colores.

Cuantos iban llegando daban al Capitan cordiales apretones de mano , y con encomiásticas expresiones le celebraban la brillantez de la fiesta. Las damas , por lo comun más lisonjeras , acompañaban el saludo y las frases de cajon : ¡ Qué bonito baile ! el mejor de la temporada , hará época , etc. , con dulces y expresivas miradas.

El Capitan , muy satisfecho , recibia sin marearse el incienso de aquella multitud ; y acudiendo á todas partes , para todos encontraba afables y corteses palabras.

Pero la que estaba aún más satisfecha que el Capitan , así dejándolo ver en su alegre sonrisa , su voluble locuacidad y sus officiosas idas y venidas de aquí para allí , era doña Francesca. Llevaba un traje de color de rosa pálido , algo impropio de sus años ; y en su afan de engalanarse para la que llamaba su fiesta y parecer más hermosa , se habia recargado de plumas , cintas y flores.

Pasó el primer rigodon sin que el Capitan tomase parte en él , ocupado , como estaba , en recibir á la gente , y

ademas, porque lo primero que bailára se habia propuesto que fuese con la princesa Irene, la cual no habia llegado aún.

La orquesta empezaba á tocar una polka, cuando un lacayo, que no era otro sino John, puesto por su amo á disposicion del Capitan aquella noche, se acercó á éste para advertirle que la princesa Etelvina y su hija subian la escalera. El Capitan salió á la antesala y recibió muy obsequioso á sus aristocráticas amigas. La madre tomó su brazo, y yendo por delante la bella Irene, entraron en el salon.

Doña Francesca vió, sin alterarse, la llegada de las dos princesas, servidas por el Capitan. Considerándole ya como esposo con la palabra que de él tenía, y segura de su amor, parecíale ahora natural y corriente que obsequiase á las ilustres damas, y aún en cierto modo se alegraba de que hubiesen venido á dar con su presencia mayor esplendor á la fiesta.

Terminada la polka, empezó á tocarse un rigodon, y el Capitan, invitando á bailar á la princesa Irene, fué con ella á colocarse en uno de los sitios de cabecera.

Estaba la jóven Princesa verdaderamente encantadora. Su vestido era blanco y sencillísimo. Tenía los rubios cabellos sujetos por detras con una ligera corona de flores azules, y le caian sobre la espalda copiosos y medio deshechos rizos. Pendíale del cuello un precioso medallon de brillantes y turquesas, y dos diamantes fijos en sus pequeñas y rosadas orejas parecian dos gotas de rocío. Un aro de oro le ceñía el brazo izquierdo, y llevaba en la mano un lindo ramillete de flores. Era su tez como

purísimo nácar ; su boca, una rosa á medio abrir, y sus claros ojos, más dulces y serenos que el cielo de Italia en risueño dia de primavera.

Hombres y mujeres, al contemplar aquella pareja, sintieron en el pecho el aguijon de la envidia. La misma doña Francesca, con toda su confianza en el propio mérito y en el amor del Capitan, años de su vida hubiera dado, y no era ya jóven, por cambiarse en aquel momento por la Princesa.

Empezó la contradanza, y ¡cosa rara! en el rostro del tan envidiado Capitan se fué desvaneciendo la alegría, y apenas encontraba una frase, una expresion que dirigir á su gentil compañera.

Miéntas que las parejas de los costados hacian el *adellante dos*, la Princesa se volvió al taciturno galan y le dijo:

—¿Qué teneis, mister Morgan? Pareceis triste. Ya veis que hemos venido á vuestro baile.

—Con todo mi corazon lo agradezco. Estoy triste porque me alejo de Florencia. ¡He sido tan feliz en esta ciudad encantada!...

—Pero ¿volveréis pronto?...

—¿Quién puede contar con el porvenir?

—Seriais muy ingrato con la sociedad florentina si no volviereis.

—Vos misma no permaneceréis mucho tiempo en esta tierra, donde tantas simpatías...

—Capitan, no os distraigais, dijo la Princesa interrumpiéndole; nos toca á nosotros.

Hicieron la figura que les correspondia, y siguió el diálogo en estos términos:

—Aun cuando aquí tornára dentro de algunos meses, ¿os encontraría ya por ventura? ¿Quién no sabe que en Alemania os aguardan próspero enlace y toda suerte de esplendores? Esa es la vida : cada cual cumple su destino. No todos nacen para ser dichosos, y los que no lo son deben contentarse con soñar la felicidad ó fingirla.

—¡Qué vos digais eso!... ¿Qué os falta para ser dichoso?

—Nada en este momento. ¿Quién puede ser desgraciado al veros y oiros? Pero mañana...

—Mañana y siempre tendréis en mí una verdadera amiga.

—Sois un ángel, repuso el Capitan con cierto dejo de amargura, y... seguramente, cuando ménos, algun día me tendréis compasion.

La Princesa, á quien no era dado apreciar el oculto sentido de aquellas palabras, creyéndolas expresion de amorosa pena, se sintió conmovida, y no tuvo al pronto qué contestar. En esto hizo la casualidad que se le desprendiese una de las flores del tocado, y recogióndola el Capitan, al írsela á devolver,

—Guardadla, dijo ella con inocente espontaneidad, guardadla como un recuerdo : verémos si la conservais todavía cuando nos volvamos á encontrar.

El Capitan la llevó á sus labios, agradeciendo aquella muestra de simpatía con vivos extremos. Tal vez hubiera preferido á la flor cualquiera de las joyas que la Princesa ostentaba.

En la confusion del baile, esta escena por nadie fué advertida, excepcion hecha de doña Francesca, que no

quitaba los ojos del Capitan, y tal fué el efecto que le produjo, que, á no ser por los afeites que le tenian el rostro á prueba de emociones, cualquiera la habria creído próxima á desmayarse.

La contradanza habia terminado, y el Capitan condujo á la Princesa al lado de su madre.

Al rigodon sucedió, tras leve pausa, uno de los más arrebatados vales de Strauss, y las parejas se cruzaban en todas direcciones girando á los vertiginosos compases. Mas de repente, como si los músicos se hubiesen instantáneamente paralizado al súbito golpe de prodigiosa vara, todos los instrumentos, rompiendo improvisadamente un acorde, cesaron de tocar al mismo tiempo, quedando muda la orquesta. Los que bailaban se pararon confusos, sin comprender la causa de aquella inopinada suspension; y todos los concurrentes, incluso el Capitan, como impulsados por un resorte, alzaron la vista á la tribuna de la música, quedando el salon en profundo silencio.

Un hombre de mediana estatura, más bien grueso que delgado, pelo y patilla rubios, negro frac y corbata blanca, apareció entónces en el dorado balcon, y dirigiéndose con resuelto ademan al público absorto, le habló de esta manera:

— Señores, á todos os importa escucharme. Muchos de vosotros me conocen, y saben que D. Marcelo Rivalunga ni es un juglar ni un insensato.

El Capitan, al ver á D. Marcelo, se habia quedado hecho una pieza, sin habla ni accion, convertido en verdadera estatua.

— Príncipes y magnates, continuó D. Marcelo, jóvenes ilustres, esclarecidas damas, acabe ya tan funesta alucinacion. Creeis que asistís á la fiesta del noble capitán mister Richard Morgan, y donde estais en este momento es en la dorada red que os ha tendido un audaz impostor, un caballero de industria.

Un sordo murmullo corrió por todo el salon.

El Capitan habia vuelto de su sorpresa, y aprovechándose de aquel movimiento de disgusto, con ademan severo y voz imponente dijo :

— A ver, que saquen de la tribuna á ese demente y que continúe la música. Para broma de carnaval, ya va siendo larga.

— No os incomodeis, señor Capitan, replicó impávido D. Marcelo. La tribuna está atrancada por dentro, y los violines no sonarán por ahora.

En tanto crecia el rumor con que el público manifestaba abiertamente su desagrado.

Don Marcelo, que habia previsto la reaccion que debia seguir al estupor de la sorpresa, y calculado bien la eficacia de sus resortes, sacando de pronto un papel y esforzando la voz cuanto podia, exclamó :

— ¡ Por Dios! señores, un momento de silencio. Aquí tengo las pruebas de cuanto afirmo.

Algunos concurrentes, ya porque empezasen á concebir ciertas dudas, ó bien porque, malévolos ó envidiosos, encontrasen sabroso alimento en tan imprevisto lance, prorumpieron desde un lado del salon :

— ¡ Que hable, que hable!

Otros añadian hipócritamente :

— ¿Qué mella pueden hacer tales disparates en la honra del Capitan?

El silencio que deseaba D. Marcelo se hizo en efecto, y pudo continuar su arenga.

—El que juzgais, dijo, capitan Morgan, y que, favorecido por las circunstancias, ha logrado engañaros indignamente, es ni más ni ménos que Richard Brown, sota de cuadra, primero, y luégo ayuda de cámara con ribetes de secretario particular — que para todo sirve — del verdadero mister Richard Morgan. La honrosa herida que tanto os conmueve, es una cox, gloriosamente recibida en las funciones de su primer empleo.

Una ruidosa carcajada acogió las palabras de don Marcelo, el cual, visiblemente, empezaba á captarse la benevolencia de su auditorio.

No era el Capitan hombre que se ahogaba en poca agua; pero nunca se habia visto en tan duro trance, y en vano se esforzaba en disimular su ansiedad, no tanto causada por las revelaciones ya hechas por su enemigo, como por temor á las desconocidas pruebas que ofrecia presentar.

— Es preciso que acabe esa farsa odiosa, decia con reprimida cólera.

— Y que lleve su merecido tan estúpido calumniador, añadía uno de los que la echaban de íntimos del Capitan.

— Lo mejor, decia otro, es que venga la policía.

— De ningun modo, replicaba un tercero, ántes de que se hayan exhibido esas famosas pruebas. Ya va en ello el crédito del Capitan.

Por último, un concurrente, poseído de mayor indig-

nacion ó queriendo singularizarse, alzando la voz, inter-
peló así á D. Marcelo :

—Cuanto decís es una villana invencion, tan infame
como absurda. ¿ Dónde están, miserable, esas que llamas
pruebas?

Tales expresiones, pronunciadas con calor, contrabalan-
cearon el efecto producido por los cómicos rasgos de don
Marcelo al identificar la verdadera persona que con el
nombre de los Morgan se encubria.

Don Marcelo comprendió cuán expuesto estaba á fra-
casar en su empresa si no volvía á dominar el auditorio,
y con grandes aspavientos y exagerada vehemencia
contestó :

— Respondo con mi honor y hasta con la vida de
cuanto afirmo. En el salon hay un testigo de mayor ex-
cepcion, que no me dejará mentir : John Brown , primo
hermano del fingido Capitan y criado de la Legacion in-
glesa; y por si todavía os quedase alguna duda , aquí
tengo el pasaporte de Richard Brown, dado por éste á
John, para que le sacase del correo sus cartas , no atre-
viéndose á recogerlas él mismo ni á dar sus señas, por
vivir en casa del príncipe Cantelmini con nombre su-
puesto. En este documento está la filiacion de su dueño:
que se vea si es la misma del gran señor que os ha con-
vidado á su baile.— Y arrojó al salon el papel que, en
actitud amenazadora, habia hasta entónces tenido en la
mano.

El público se quedó sobrecogido y silencioso, y pare-
cia frio el ambiente, á pesar de las luces y la gran con-
currencia.

Miénttras se miraban unos á otros, sin saber nadie qué pensar ni qué decir, D. Marcelo, cruzado de brazos en el balcon de la orquesta, contemplaba con gesto y ademan de triunfo la honda impresion que sus revelaciones habian causado en aquella reunion de gente, poco há tan alegre y bulliciosa. Con un mismo golpe heria mortalmente á su adversario y se vengaba de la alta sociedad, donde tan vanos esfuerzos habia hecho para introducirse.

Sin embargo, no era el Capitan hombre que se daba fácilmente por vencido; y desde que supo en lo que las pruebas consistian, empezó á respirar y sintió aliviársele el corazon. Cogió con desdeñosa sonrisa el pasaporte que corria de mano en mano, y que en realidad no probaba gran cosa, pues las señas que contenia eran vagas é incompletas, y afectando serenidad, habló así á los convidados:

— Señores, con toda mi alma siento que tan imprevista y ridícula escena haya venido á turbar vuestra alegría. Yo os habia invitado á bailar y á divertiros, no á oir las sandeces y absurdos que el bueno de D. Marcelo, encastillándose en esa tribuna y teniendo sobornados á unos pobres músicos, ha podido proferir á mansalva. Os ruego, sin embargo, que no olvidéis que estamos en Florencia, donde no debe haber funcion sin Stentello (1), y que considereis lo ocurrido, no como grave suceso que asombre vuestra alegría, sino como chasco de

(1) Personaje obligado de todas las comedias populares, como Policinela en Nápoles.

carnaval que la acrezca y la avive. Tanto más, que todo ello es consecuencia del último día de corso, en que vió don Marcelo su amarillo peluquin volar por los aires. Bien sé que ninguno dudais de quién yo sea, y juzgo ocioso defenderme. Pero la comedia empezada debe tener dos actos, y os ruego que no negueis vuestra atención al segundo, el cual será muy breve, y acabará sin duda con una silba á Stenterello, por su mucha necedad y poquísimo ingenio...

— Que se interrogue á John Brown, gritó D. Marcelo, y se verá...

Las voces de: «Fuera, fuera», le impusieron silencio.

— Sí, repuso el Capitan apaciguando el tumulto, interroguemos á John Brown y complazcamos á Stenterello. A ver, ¿dónde está John Brown?

John se presentó en seguida, algo pálido y desconcertado.

— John, ¿me conoceis?

— Sí, señor, dijo el lacayo.

— ¿Quién soy yo?

— El capitan mister Richard Morgan.

— ¿Conoceis á Richard Brown?

— Sí, señor.

— ¿Quién es?

— Un primo mio y criado vuestro.

— ¿Dónde está?

— En Londres.

— ¿Quién os dió este pasaporte?

— Vos.

— ¿Para qué?

— Para sacar una carta que mi primo sabía que tenía en el correo y mandársela á Lóndres; pues aunque debía haberos acompañado á Florencia, luégo cambiasteis de parecer y lo enviasteis con vuestro equipaje á Inglaterra.

— ¿Cómo fué á parar este documento á manos de don Marcelo?

— Me hizo beber más de lo que mi cabeza podia resistir y se apoderó de mi cartera. Tambien me ofreció dinero para que le ayudase en su proyecto de venganza.

Un aplauso coronó este interrogatorio.

— Ese criado es cómplice del Capitan, gritaba don Marcelo como un energúmeno: que le pregunte un juez, y se sabrá la verdad.

— Ahora, dijo el Capitan, si D. Marcelo no sale de esa tribuna, que hundan la puerta.

No fué menester acudir á tales extremos, y D. Marcelo huyó del local sin que nadie lo incomodase; pues aunque muchos eran de opinion que debia ser detenido por la policía, el Capitan, temiendo, y con razon, las pesquisas judiciales, prefirió echarla de magnánimo y generoso.

La orquesta volvió á tocar valsés, rigodones y mazurkas; pero ¿quién hacía ya caso de la música ni pensaba en bailar? La mayor parte de las señoras, y entre ellas la princesa Etelvina y su hija, se habian retirado; y la gente que aún quedaba, formando diferentes grupos, se entretenia en picantes observaciones y chistosos comentarios sobre las extrañas peripecias del baile.

Aquí, un hijo de Albion exclamaba: — *Oh very ex-*

citing! Very curious event! Allí, se oía á un agregado frances:— *Ma foi, c'est cocasse; jamais je ne me suis autant amusé dans un bal.* Acullá, un caballero napolitano, con la animada expresion que distingue á los que han nacido en aquella tierra afortunada, decia:— *Dio benedetto, che serata! che serata! Sapeva che questo don Marcelo fosse un furbo, ma non l'avrei creduto mai capace di tanta scostumatezza.*—*Se io fosse il Capitano,* le contestaba un oficial piamontés, *non sarebbe andato al letto senza una buona bastonata.*

En un corrillo de españoles, pues todas las naciones estaban allí más ó ménos representadas, un jóven andaluz decia á sus compatriotas:—Confieso que me he divertido más que en una corrida de toros. Vaya, que el tal don Marcelo es pájaro de cuenta. Gracioso sería que el Capitan nos hubiese dado á todos el gran camelo.

A la una y media de la noche ya no se veía en los salones á ninguna señora. Todas, unas tras otras, habian ido desfilando, incluso doña Francesca, cuyos nervios no pudieron resistir á tantas emociones.

Algunos jóvenes quedaban todavía; unos fumando, otros cenando en la pieza del ambigú. El Capitan, con calma más aparente que verdadera, habia tambien encendido un cigarro y hablaba y bebia con ellos.

A las dos y media todos se habian marchado, y el Capitan pudo dejar al fin el teatro de la fiesta, á la manera que en un naufragio el que manda la nave es el último que la abandona, perdiéndolo todo, ménos la vida.

X.

LA SORTIJA Y LA CARTA.

En vano pidió al sueño el Capitan reposo para su agitado espíritu y abatido cuerpo. Habia parado con destreza suma el diabólico golpe de su audaz enemigo; pero la voz de alarma estaba ya dada y la sospecha labrando en los ánimos. Aun suponiendo que hubiese logrado convencer de falsedad á D. Marcelo, ¿quién, despues de lo acontecido en el baile, podria mirar al Capitan sin la sonrisa en los labios? Amenguado su prestigio, controvertido su nombre, y su poética aureola desvanecida, no le era ya posible, sin gravísimo riesgo, prolongar su mansion en Florencia. Ademas, segun sus cálculos, el verdadero Morgan no debia ya tardar mucho en llegar á Europa, y si se le antojaba pasar por la capital toscana, nuestro héroe estaba perdido sin remision. Urgia, pues, tomar un partido, y no habia otro que apelar á la estratagemas de la fuga cuando todavía era tiempo.

Pero aquí tropezaba el Capitan con una seria dificultad: la falta de dinero. Desde un principio habia entrado en sus planes — y era el principal recurso con que contaba — pedir ocho ó diez mil *liras* prestadas al príncipe

Cantelmini, en la seguridad de que no se las negaria; mas por el viaje del Príncipe habíase visto obligado á aplazar la realizacion de su proyecto. El caso, sin embargo, no admitia espera, y el Príncipe, segun habia escrito desde Milan, no estaria de vuelta ántes de un par de semanas. Ni con el antecedente de la desaparicion de los billetes de banco el dia de su partida, y lo ocurrido despues en el baile, era ya prudente acudir al Príncipe, cualquiera que fuese el pretexto, en demanda de tan crecida suma. Cerrada esta puerta, ¿cómo salir del atolladero? Las tres mil *liras* que con tanto primor hiciera pasar de ajena gaveta al propio bolsillo, las habia prodigamente disipado; y sin dinero para atender á los precisos desembolsos de un viaje, y aún para salir de algun lance apurado, si en él se llegase á ver, ni podia ni debia partir. Este era el tema á que daba vueltas y más vueltas en su mente desvelada.

En medio de sus cavilaciones, un guarismo se ofrecia á su imaginacion con fatal insistencia; y era el que representaba la cantidad entregada delante de él por el Príncipe á su prima. Mas, aunque la idea de procurársela empezaba á subyugar su espíritu, parecíale tan árduo y ocasionado empeño, que preferia no acudir á tal extremidad ántes de tocar otros resortes y haber apurado todos los medios.

Habia comido recientemente en la Legacion inglesa con mister Jackson, banquero pagador de la misma, á quien fué presentado por el Ministro como el propio capitán Morgan. Nada, pues, tendria de extraño que, con el pretexto de no alcanzarle para sus gastos el di-

nero que habia traído, le pidiese tres ó cuatro mil liras, en cambio de una letra sobre Lóndres contra el notario encargado de los fondos y asuntos de los hermanos sir Aston y mister Richard Morgan. El banquero no habia asistido al baile y no podia abrigar sospecha alguna. Este temperamento, como el más fácil y sencillo, fué el definitivamente adoptado por el Capitan; así como tambien resolvió vender su reloj de oro y la sortija con el zafiro, regalada por doña Francesca. Y la venta de esos objetos se propuso llevarla á cabo ántes que nada; pues importábale mucho tener asegurada alguna cantidad, aunque no fuese muy considerable, para no hallarse desprevenido en cualquier evento: tanto más, que podia suceder, áun cuando no pareciese probable, que el banquero no se diese á partido, y hasta que la misma doña Francesca, si á tal extremo recurria, columbrando al fin la verdad, ó queriendo en su amorosa obcecacion retenerlo en Florencia, se negase á franquearle su tesoro.

Ya trazado en su mente el plan que habia de seguir, comprendió cuán necesario le era reparar sus fuerzas; y dejando á un lado los molestos pensamientos que lo agitaban, logró conciliar el sueño cuando la luz del dia penetraba ya por las rendijas de sus ventanas.

Descansó dos ó tres horas, y á las diez de la mañana se puso en la calle, dejando dicho en la casa que almorzaba fuera.

Hay en Florencia un antiquísimo puente (así lo indica el calificativo *vecchio* que lo denomina), el cual es una de las curiosidades más interesantes de la ciudad. Sus-

tentando á un lado y otro, en toda su longitud, una porcion de mezquinos casucos con pequeñas tiendas de platería y joyas populares, cualquiera, al verse en él, si no fuera por los coches que sin cesar lo atraviesan y el moderno vestir de la gente, se creeria trasportado á la Edad Media.

No obstante la pobre apariencia de aquellos edificios, sus moradores, judíos por lo comun, suelen ser muy opulentos; y en esas modestísimas tiendas, donde no se ven grandes espejos, ni brillantes anaqueleras, ni lámparas de gas, encuéntrase á veces alhajas antiguas de gran mérito y aún piedras preciosas de mucho valor.

Al *Ponte Vecchio*, que acabamos de mencionar, es á donde, sin perder tiempo, se dirigió el Capitan.

Ya próximo á la entrada miró en torno de sí, y cerciorado de que no habia por allí nadie conocido, tomó por el puente, y con lento paso comenzó á inspeccionar las platerías.

En una de las de mejor aspecto hallábase á la puerta un anciano que parecia el dueño, y acercándose á él, le preguntó con naturalidad si querria comprarle dos alhajas que llevaba, y de que era su ánimo desprenderse. A lo cual respondió el interrogado que entrase en la tienda y se las enseñára, siendo posible que le conviniesen. Así lo hizo el Capitan, y sobre el pequeño mostrador expuso la cadena de oro de su reloj y la sortija con el zafiro. El platero se armó de gafas y examinó detenidamente ambos objetos.

—Son, indudablemente, prendas de valor, dijo al Capitan.

—¿Y en cuánto las estimais?

—La cadena en su peso; por la sortija, y creo que estaría bien pagada, me alargaría hasta quinientas liras.

—Aunque me parece algo baja vuestra tasación, desde luego cierro el trato. Tomad las alhajas y dadme el dinero.

El viejo miró al Capitan, y con tono afable le contestó:

—No tengo inconveniente en quedarme con ellas; pero nosotros no acostumbramos á comprar joyas de ese precio sin conocer á las personas que las venden, ó saber con seguridad su procedencia. Si vuestra merced no quiere molestarse en traer quien le abone, dígame al ménos su nombre y dónde vive. Yo, mañana ó pasado, iré por los objetos y le llevaré el dinero.

No se esperaba el Capitan esa salida, y con ojos admirados y como resentido porque su probidad se pusiese en duda, replicó vivamente:

—¿Tengo acaso, señor mio, cara de vender alhajas robadas?

—No se incomode, repuso el platero; es el sistema que en el gremio hemos establecido.

El Capitan, visiblemente disgustado y mohino, recogió sus prendas; y siguiendo adelante, se paró poco más arriba, en otra joyería, donde se repitió la escena anterior, con la diferencia de ofrecerle ménos precio por su mercancía.

—Está visto, dijo para sí dejando la tienda, ese maldito D. Marcelo ¡mal rayo lo parta! me ha hecho *gettatura*, y nada me sale bien. Mas oro es lo que oro vale; y despues de todo, si logro alzar fondos en casa del ban-

quero, podré en otra parte, sin tantas dificultades y con ménos perjuicio, vender mis alhajas.

Embebido en estas reflexiones, atravesó el puente y echó por una calle, sin conciencia de lo que hacía, hasta que, cayendo en la cuenta de que caminaba sin objeto, paróse, miró la hora en su reloj, y viendo que eran más de las once, se metió en un café con intencion de desayunarse y luégo ir á casa del banquero á dar el golpe que meditaba.

Dejemos al Capitan reparando sus decaidas fuerzas, y volvamos los ojos á doña Francesca, víctima triste de su sensible corazon y de sus malhadados celos.

Con las fuertes emociones de la víspera, apénas habia dormido. A las once, no obstante, ya estaba acicalada y compuesta, y tomando, muellemente reclinada en su canapé, un ligero almuerzo que su doncella le servia. Este terminado, mandó á preguntar si el Capitan se habia levantado ya, y á poco volvió la criada á decir que á las diez habia salido, advirtiéndole ántes que no almorzaba en casa, y ademas entregó á su señora una carta que para ella habia venido por el correo interior.

Doña Francesca miró el sobre, cuya letra le era desconocida, y rompiéndolo con desconfianza, leyó lo que sigue :

« Señora :

» Por consideracion á vuestro ilustre nombre, por respetuosa simpatía, y hasta por deber de conciencia, me decido al fin á escribiros.

» Hubiese preferido dirigirme al Príncipe; pero he

sabido que no está en Florencia, y el caso no admite espera.

» Un indigno malhechor, fingiéndose el capitan Morgan, ha logrado introducirse en vuestro noble hogar. El Príncipe y vos misma le habeis acogido con ciega confianza. Abrid los ojos, y ved que estais abrigando en el pecho una sierpe venenosa. Si despues de este aviso leal no salieseis aún de vuestro funesto error, sed al ménos cautos y precavidos. Cerrad bien las cómodas y los armarios, atrancad por la noche las puertas de vuestros aposentos.

» Por mi parte, he cumplido.

» Algun dia sabréis quién es el alma caritativa que os escribe estos renglones. ¡Ojalá no sea ya tarde!»

—¡Qué iniquidad! exclamó indignada doña Francesca. Por lo visto continúa la farsa criminal de anoche.

Y ajando y revolviendo airada el papel entre sus manos, lo arrojó despues á la chimenea. Luégo se quedó como adormecida en el sofá, recreándose mentalmente en todas las calidades y perfecciones que su amorosa obcecacion le hacía descubrir en el que ella juzgaba su futuro esposo.

XI.

MISTER JACKSON.

El Capitan, desde el café en que le dejamos desayunándose, se fué á casa del banquero. Allí lo recibió un dependiente, y al saber que deseaba hablar con su principal, le dijo que éste habia ido á la Legacion británica para asuntos de su comision; mas que no era necesaria su presencia, si por acaso venía al cobro ó presentacion de alguna letra. El Capitan contestó que era con mister Jackson, y no otro, con quien deseaba entenderse. A lo cual repuso el empleado que si queria hallarlo con seguridad, volviese al siguiente día entre doce y una de la tarde. «Todas son hoy dificultades», pensó el Capitan, y se retiró resignadamente.

Mucho le incomodaba el aplazamiento, pero no habia motivo para perder la esperanza; y aunque su situacion fuese apurada en extremo, todavía preferia aguardar veinticuatro horas ántes de decidirse á poner asedio al tesoro de doña Francesca. Y no era tanto lo arduo del caso como un sentimiento de amor propio, tal vez tambien de lástima, si no de gratitud, á su apasionada víctima.

Fuera de que el humano corazon es como pintado jaspe, formado de muchas vetas y matices varios, era el singular personaje de nuestra historia, más bien que un sér de índole criminal y perversa, un alma sin pudor, en que el sentido moral se hallaba oscurecido; un carácter vano y presuntuoso, una imaginacion extraviada. El móvil de su conducta era mucho más el ánsia de brillo que el afan de medro. Para él, como ya lo ha visto el lector en sus aventuras, todo era hombrearse con los privilegiados de la fortuna, respirar la atmósfera de los palacios y reflejar sus frívolos esplendores. Creia haber nacido para gran señor, y al hallarse, por un sarcasmo de la suerte, en el ínfimo grado de la escala, habíase propuesto por medio de su agilidad é industria, ya bandedándose mañosamente entre las leyes penales, ya aprovechándose de la credulidad de los unos, de las pasiones de los otros, de la indiferencia de los más, llegar á la altura donde, á su juicio, otros mucho ménos dignos se pavoneaban. Y á fe que por un momento, gracias á la propia habilidad y á la ajena insipiencia, habia visto colmado su deseo, sólo que, á la manera de los antiguos histriones, toda la importancia de nuestro héroe estaba en la máscara que lo cubria, y la farsa desgraciadamente tocaba á su fin. Harto lo comprendia el desventurado, y no tenía más anhelo que desaparecer de la escena ántes que la ilusion teatral se desvaneciese por completo, y el público, al pronto deslumbrado y confundido, se convenciera al cabo de que habia sido mísero juguete de un hábil y descocado juglar.

Pero ¿cómo huir sin dinero? Y si Mr. Jackson no se

daba á partido, ¿cómo obtenerlo sin recurrir á doña Francesca? Y si ésta á su vez tambien se negaba, ¿qué hacer?... ¿Forzarla? Pero la violencia no entraba en sus medios de accion; y aún sin tomar en cuenta el peligro, repugnaba á su vanidad descender á los ojos de aquella ilusa, pero noble, dama, con la cual pasaba por el fénix de los caballeros, á la abyecta condicion de un infame malhechor. Claro es que doña Francesca habia al fin de saberlo todo; mas él, que se juzgaba un astuto aventurero, y no un vil criminal, poetizando las cosas á su manera, que imaginacion no le faltaba, queria que la gente, ya que no fuese posible mantener más tiempo el engaño, exclamase al saber la verdad:--Era un bribon: nos ha chasqueado; pero ¡lástima grande que no fuese lo que aparecia!

En estas cavilaciones, y profundamente agitado, pasó el resto del día y la inmediata noche, y al siguiente, trascurridas las veinticuatro mortales horas del aplazamiento, y siendo ya la de mediodia, se dirigió de nuevo, oscilando entre el temor y la esperanza, á casa de Mr. Jackson.

El banquero acogió la visita con fria urbanidad, y haciéndole sentar á su lado, esperó á que el Capitan hablase. Éste, con la mayor naturalidad, le dijo:

—Vengo á incomodaros, con objeto de que me dispenseis un pequeño favor. Creia tener fondos suficientes para el poco tiempo que debia permanecer en Florencia; pero me he detenido más de lo que pensaba, y temo que el dinero ya no me alcance para continuar mi viaje á Inglaterra. Os agradeceria, pues, que me facilitaseis cua-

tro mil liras en oro, en cambio de una letra á la vista contra el depositario de mis fondos, en Londres, mister Liton, notario, *Savil road*, 25.

—Señor, contestó el banquero impasible, siento no poderos complacer: soy hombre de negocios, y no anticipo fondos sino sobre valores de comercio. Respeto vuestra firma, pero no puedo hacer lo que me proponeis.

El Capitan se mordió los labios de ira. Dominándose, sin embargo, se levantó de la silla, y con gesto altivo dijo al banquero:

—Siento haberos molestado. Por fortuna, sin más valor comercial que mi nombre, puedo levantar en Florencia cuantos fondos quiera.

El banquero nada replicó, y el Capitan se retiró con el vago temor del que ve amontonarse las nubes sobre su cabeza amenazando tempestad.

—Mala espina me da la actitud del banquero, decia para sí andando por la calle.

De repente se paró, como si el movimiento no le dejase concentrar sus ideas, y dándose una palmada en la frente, — *To be or not to be*, exclamó, apropiándose las palabras de Hamlet. No me queda otro remedio que las cinco mil liras de doña Francesca.—Y procurando componer su rostro y ademán, á fin de que en ellos no se trasluciese la turbación de su alma, se encaminó hácia el palacio Cantelmini.

Al entrar en la *vía del Procónsulo* notó á John, que se vino á él pálido y azorado.

—¿Qué ocurre? preguntó el Capitan; ¿nuevo contra-tiempo?

—Hace media hora que te estoy esperando. Me dijeron en el palacio Cantelmini que no estabas, y me propuse no salir de la calle hasta hablar contigo.

—Pero ¿qué ocurre?

—Noticias muy graves. Mi amo ha recibido.....

—No conviene que nos vean aquí juntos, dijo interrumpiéndole el Capitan. Vé sobre la marcha á tu casa y espérame allí. Yo iré por mi lado.

El Capitan no perdía la cabeza; mas los fatidicos anuncios de John, despues de la repulsa del banquero, le causaron honda impresion.

—Bien, y ¿qué hay? preguntó á su primo al juntarse con él en la humilde habitacion donde noches ántes hallára tan generosa hospitalidad el redomado Zósimo.

—El ministro ha recibido esta mañana una carta de Mr. Richard Morgan.

El Capitan se puso del color de la cera.

—¿De dónde escribe? preguntó con ansiedad.

—De Nápoles.

—¿Cómo has podido saber.....

—Es muy sencillo. Cuando los señores almorzaban vino la carta, que yo mismo entregué al ministro, yéndome despues á arreglar su cuarto. Hallábame en su gabinete de tocador, cuando sentí pasos en la inmediata alcoba. Entre ambas piezas hay sólo una puerta vidriera, y una cortina la cubre. Al oír la voz del ministro, que hablaba recatadamente con la señora, me fuí de puntillas á la puerta y me puse á escuchar por la esquina rota de un vidrio.—«No sé qué pensar, decia mi amo: la carta parece auténtica. El autor, que firma claramente

Capitan Richard Morgan, me anuncia que trae para mí un paquete del Gobernador de la India, y que dentro de tres ó cuatro dias llegará á Florencia, pues sólo se ha detenido en Nápoles para tomar algun descanso y visitar la ciudad. Ó la carta es una intriga del famoso D. Marcelo, ó el que tratamos de sir Richard Morgan es un impostor, y en ese caso habrá que advertir á la policía.— Yo no puedo creer tal cosa, contestó la señora, y me inclino á pensar que es una odiosa trama.— Puede ser, repuso el ministro, y nada aseguro; pero desde luego trataré de informarme. Al punto voy á escribir al cónsul. Ponerle un telégrama sería inútil, estando interrumpida la línea por efecto del temporal. »

El Capitan se esforzó en contener su emocion. Por lo mismo que arreciaba el peligro, necesitaba de mayor sangre fria.

—Te agradezco, dijo aparentando calma, las noticias que me das. No creí que llegase tan pronto. Sin embargo, no me apuro, teniendo más de cuarenta y ocho horas por delante. Cuando llegue la contestacion del cónsul, que me echen un galgo.

—¿Y qué va á ser de mí? exclamó el pobre John con semblante acongojado. Cuando todo se descubra, mi amo me pondrá en la calle como á cómplice.

—En poca agua te ahogas, contestó el Capitan. Ni tú ni yo hemos cometido delito alguno. Si tu amo te despidе, no te faltarán otras casas. Vén á verme mañana á las once; te daré cincuenta libras en premio de tus servicios, y te firmaré la obligacion que te tengo ofrecida. ¿Qué más quieres?

El cándido John se serenó en seguida con oferta tan categórica, y despidiéndose hasta el día siguiente, los dos primos se separaron.

Convencido el Capitan de que no habia tiempo que perder, ni más tabla de salvamento que doña Francesca, se fué en derecho al palacio Cantelmini, resuelto á apelar á todos los medios para hacerse con las cinco mil *liras* de que la creia poseedora, y emprender en seguida la fuga.

Muy ajena á lo que contra ella tramaba su falso amante, la sentimental doña Francesca se aburría en su cuarto leyendo una novela, cuando llamaron suavemente á su puerta.

—Adelante, dijo apresurada, adivinando que era el Capitan, el cual entró al punto en la estancia.

—Amiga mia, acabo de llegar, y me han dicho que habeis preguntado por mí. Pero, ántes que todo, ¿cómo estais desde anoche? ¿Se os pasó el dolor de cabeza?

—Más vale tarde que nunca. Hasta ahora no se os ha ocurrido venir á informaros de mi salud. Gracias por tanto interes.

—No me condeneis sin oirme. Cuando salí estabais aún acostada, y mis asuntos, muy á pesar mio, me han tenido fuera todo el día. ¡Se aglomeran tantas cosas en vísperas de un viaje!

—Pero no os vais tan pronto.

—¡Ah! no sabeis lo que me cuesta, aunque sea por poco tiempo, esta separacion. Y con la triste noticia de hoy, imposible ya aplazar mi viaje.

—¿Qué noticia?

—Mi apoderado Mr. Liton ha muerto.

—Sea como quiera, no os iréis hasta que vuelva mi primo.

—Me voy..... mañana.

—De ninguna manera, Ricardo, no lo consiento, dijo poniéndose de pié doña Francesca y cogiéndole la mano con gachonería. Tengo muchos motivos de queja. Si quereis que os perdone, es preciso que no os vayais tan repentinamente.

En esto se presentó la doncella á anunciar á su señora que estaba en la sala la baronesa Spontini.

—¡Qué *seccatura*! exclamó doña Francesca. Y dirigiéndose al Capitan, le dijo: Es mi amiga Margarita, la cual, porque mi primo está ausente, cree que me hace un favor viniéndose á comer conmigo. Afortunadamente se va con el bocado en la boca.

—Mientras la recibís, y en tanto que se sirve la comida, me retiro á escribir una carta. La noche os la dedicaré toda.

XII.

EL SUPREMO RECURSO.

La comida pasó, sin que nada ocurriese en ella de particular. Sólo estaban en la mesa doña Francesca, su amiga y el Capitan. La conversacion giró naturalmente sobre las peripecias del famoso baile. La Baronesa y doña Francesca se explayaron en denuestos contra D. Marcelo, y aconsejaban al Capitan que, apoyado por su ministro, acudiese en queja á los tribunales. A lo cual contestaba que eso sería dar sobrada importancia á D. Marcelo, quien no buscaba otra cosa que llamar la atencion, y que no podia haber mayor castigo para tan vano y ridículo personaje que la indiferencia y el desprecio.

Durante la comida, dos ó tres veces dijo doña Francesca que estaba muy cansada y que le dolia la cabeza, no tanto porque así fuese, como porque la Baronesa no se quedára despues mucho tiempo.

Servidos los postres, las dos amigas pasaron á un elegante gabinete, inmediato al comedor, á tomar café, y el Capitan, pretextando cualquier motivo, se retiró á su cuarto. Ya solo allí, crispó los puños, y con grande agitación se puso á pasear de un lado á otro. Luégo se sentó

al bufete, y notando un periódico de aquella tarde que en él habian dejado, empezó á recorrerlo maquinalmente. Mas de improviso llamó su atencion la siguiente gacetilla, comprendida en la seccion de *Noticias de la capital*:

«Los asistentes al para siempre ya famoso baile dado anteanoche en los magníficos salones de Doney, y de que ligeramente hablamos ayer á nuestros lectores, no han vuelto todavía de su estupor. El imprevisto y extraordinario suceso que tanta novedad é interes dramático prestó á la fiesta sigue apasionando los ánimos y siendo exclusivo tema de todas las conversaciones. Segun nuestros últimos informes, el asunto es mucho más grave de lo que se creyó en un principio, y acaso lo veamos pasar de los estrados de Doney á los del Palacio de Justicia. Por hoy, y hasta depurar nuestros datos, sólo diremos que los partidarios del Sr. Rivalunga van en aumento, y que las razones en que se apoyan no dejan de tener fuerza. Tal vez mañana mismo harémos al público sorprendentes revelaciones.»

Leído lo anterior, echó el periódico á un lado y exclamó:—No hay remedio, no hay remedio.

En aquel momento vino la doncella de doña Francesca á decirle que la Baronesa se habia marchado y que su ama lo esperaba.

El Capitan acudió en seguida al llamamiento, y doña Francesca, dando orden de que no recibia á nadie y despidiendo á la criada hasta las doce, se quedó sola, en el retiro de su habitacion, con el que ella se obstinaba en creer su rendido amante.

Para más fácil comprension de la escena que vamos á referir, darémos una idea del aposento en que los dos personajes se encontraban.

Era una pieza bastante espaciosa : en uno de los muros, dos elegantes arcos, que se juntaban en el capitel de una esbelta columna, dibujándose sobre un ámplio cortinaje carmesí, daban acceso á un pequeño recinto, donde yacia el lecho de doña Francesca. Ocupaba el centro de otra de las paredes, que formaba ángulo con la anterior, y que podriamos llamar el testero principal, una rica chimenea de mármol, cercada por dos canapés de damasco y algunos taburetes de vistosas telas. A cada lado de la misma, un balcon, cubierto por sus cortinas de seda desplegadas. Cerca del de la derecha, un lujoso bufete de palo santo, con primoroso recado de escribir. Junto al balcon de la izquierda, una jardinera con plantas y flores. En el muro opuesto al de la alcoba se ostentaba un gran armario de luna, situado entre una puerta pequeña, que daba al tocador, y una mesa de mosaico, sobre la cual se veia una preciosa arquilla de ébano con incrustaciones de marfil y cerradura de plata cincelada. Aquél era el mueble donde solia doña Francesca guardar el dinero. Por último, en el lienzo de pared que cerraba el cuadro se alzaba, entre dos artísticos escaparates, llenos de curiosos objetos, la puerta principal, que daba á una galería. De un medallon pintado al fresco en el centro del techo pendia una araña de cristal de Venecia. Las paredes, colgadas de seda y ornadas con algunos cuadros de escuela italiana. Mullida alfombra en el suelo. En medio de la estancia, una mesa ovalada, con un

tapete oriental, sobre la que habia, en bello desórden, libros lujosamente encuadernados, abanicos, guantes, cintas, y esas mil fruslerias que se ven siempre en los cuartos de las mujeres ricas y elegantes. El fuego de la chimenea, bien provista y acondicionada, mantenía templado el ambiente, y dos hermosas lámparas, que sobre ella ardian, daban luz al aposento.

No bien hubo salido la criada, el Capitan echó los pasadores á las puertas.

—¿Qué haceis? le preguntó con extrañeza doña Francesca.

—Sabeis, amiga mia, contestó él, cuán importunos son los criados. Las tiernas expansiones del corazon requieren soledad y misterio.—Y sentándose en un taburete cerca de la ilusa dama, fingiendo profunda tristeza, le dijo:

—Aunque me aleje por poco tiempo, no podeis imaginaros lo sensible que es para mí esta separacion.

—Pero no penseis en partir mañana: de ninguna manera lo consiento. Desde la otra noche me teneis muy enfadada. Estoy dispuesta á perdonaros, pero dadme palabra de que no os vais mañana.

—¿Pensais, Francesca, que me voy por mi gusto? ¿Creeis que si pudiera detenerme un dia más no lo haria de buen grado? No instancias para que me quede; palabras que me alienten necesito, y me hagan ménos acerba esta repentina separacion, que imprevistas circunstancias me imponen.

—No lograréis convencerme de que vuestros negocios no pueden esperar dos ó tres dias más, despues de haberos esperado siete años.

—Oídme un momento, y sed, por Dios, razonable y buena con vuestro tierno y rendido amante; que si mis cartas de hoy me obligan á marcharme precipitadamente, tambien me ponen en la necesidad de recurrir á mi futura esposa para que, en vez de agravar mi triste situacion, ella misma sea quien facilite mi partida.

—No comprendo.

—Figuraos que el notario Liton, de Lóndres, depositario de mis papeles de familia y de mis fondos, acaba de fallecer, y que deja los asuntos de su notaría bastante embrollados; figuraos que una letra de diez mil libras, que tenía orden de remitirme, y que yo esperaba hace seis dias, no me ha llegado aún; figuraos, en fin, que en el telégrama que hoy he recibido me dicen que mi presencia en Lóndres es urgentísima, y sin olvidar que mis intereses son ya los vuestros, decidme sinceramente si creéis que en tales circunstancias debo un dia siquiera demorar mi viaje. No sólo no me puedo detener, sino que me veo en la precision de molestaros para que, á falta de vuestro primo, me presteis cuatro ó cinco mil francos.

—Yo os recomendaré mañana á nuestro banquero, el cual..... Mas ¿qué digo? Vos mismo lo conocéis, y no necesitais ninguna recomendacion: es inglés, y de más sabe quiénes son los Morgan.

—¡Ah, mañana sería tarde! dijo el Capitan con tono impaciente.

La afectuosa familiaridad del principio, con el giro que tomaba la conversacion, se iba desvaneciendo. Y á la extraña exclamacion del Capitan, doña Francesca, con sorpresa al par que con sencillez, repuso:

—El tren-correo no sale hasta las seis de la tarde.

—Sí, pero tengo motivos para no acudir á Jackson, replicó algo embarazado el Capitan.

Un vago, indefinible malestar empezó á apoderarse de doña Francesca, la cual, no obstante su obcecacion, cada vez iba extrañando más la actitud y manera de su Ricardo. Pero todavía, llena de buena fe, le dijo:

—En ese caso, no os apureis: teneis que pasar por Milan, y Cósimo está allí. Yo le pondré un parte para que vaya á esperaros á la estacion. Él os procurará cuanto querais.

—No me comprendéis, ó no quereis comprenderme, contestó el Capitan con tono rápido é inclinándose bruscamente hácia doña Francesca.

Ésta, echándose atras, dijo con visible inquietud:

—Es verdad, no os entiendo.

—Yo no os pido que me recomendeis ni que escribais á nadie, sino que vos misma me prestéis cinco mil *liras*.

—Pues bien, mañana..... dijo sin poder concluir la frase doña Francesca, cuyas ideas se embrollaban en una especie de mareo vertiginoso.

—Ahora mismo, repuso el Capitan con ademan resuelto.

Doña Francesca se levantó de su asiento, y pasándose la mano por los ojos, como si tratára de arrancarse una venda que le impidiese ver claro, haciendo un penoso esfuerzo, le dijo:

—No os conozco..... Capitan, ¿qué os sucede? Me asombra vuestro lenguaje. Yo no tengo en este momento la suma que me pedís.

—Sí, sí la teneis. Vuestro primo, ántes de partir, os dió delante de mí cinco mil liras.

—¡Ah! gritó doña Francesca, iluminada por súbita luz y cubriéndose el rostro con las manos. Vos no sois..... ¡Desgraciada de mí! ¡Desgraciada de mí! Y luego, dejando caer los brazos, vino al suelo como fulminada.

El Capitan, con la faz descompuesta, la miró un instante, y corriendo á la arquilla de ébano ántes descrita, hizo saltar la cerradura con un estilete que llevaba escondido y se apoderó de cuanto dinero halló en el mueble, que era mucho ménos de lo que él se habia figurado.

Miéntas llevaba á cabo su criminal intento, doña Francesca volvió en sí, y aunque al pronto no se dió cuenta de lo acaecido, el notar al Capitan andando en la arquilla, la volvió al sentimiento de su terrible situacion; y cambiando repentinamente el amor en ira y furor de venganza, levantándose trabajosamente,

—¡Vil seductor! ¡Ladron infame! exclamó, tirando al mismo tiempo de la campanilla; pero se le agotaron las fuerzas y cayó otra vez desmayada.

El Capitan, sin cuidarse de ella, se apresuró á salir por la puerta que daba á la galería, y encontrando á la doncella, que acudia á la llamada, le dijo:

—Id pronto á auxiliar á vuestra señora. Se ha puesto mala. Yo corro á buscar al médico.

Y bajando rápidamente la escalera, dejó el palacio Cantelmini y se perdió en el dédalo de las calles de Florencia.

XIII.

LO QUE SUCEDIÓ DESPUES.

Al día siguiente toda la policía estaba en movimiento, tratando de rastrear las huellas del falso capitán Morgan. Se había teleografiado á todos los prefectos; estaban avisadas todas las estaciones de ferro-carriles.

Un juez se trasladó al palacio Cantelmini para tomar declaraciones y hacer la sumaria. El cuarto que ocupaba el delincuente fué reconocido, é inventariados los objetos de escaso valor que allí había dejado. Al registrar el bufete de que se servía, se halló en una de las gavetas un ramillo de flores marchitas y dos libros, uno en rústica y otro más grande encuadernado en tafilete; éste era el diario manuscrito del verdadero capitán Morgan, y aquél un tomo suelto de *Rocambol*, novela en boga, cuyas aventuras parecia haberse propuesto emular nuestro héroe.

Durante ocho días, en salones, cafés, tiendas (en éstas sobre todo) y en corrillos de calles y plazas, de otra cosa no se habló que de las hazañas del fingido Morgan. Los periódicos venían llenos de curiosas anécdotas y rasgos biográficos, más ó menos verídicos, del que

podía considerarse como flor y espejo de la industriosa caballería. Y no dejaban tampoco de lanzar sus pullas á la alta sociedad, profundamente humillada con el golpe recibido. Cada cual, sin embargo, como de ordinario acontece, trataba de descargar en los otros su propia responsabilidad.—Yo, decia el uno, trabé relaciones con él en casa del Ministro de Inglaterra.

El Ministro á su vez: «Yo no puedo conocer personalmente á todos los súbditos de Su Majestad británica, y el príncipe Cantelmini me lo presentó como su primo.»

A este tenor, todos, á costa del prójimo, procuraban excusar su conducta y quitarse el ridículo de encima.

Lo peor del caso era que, mientras los hechos del famoso inglés se comentaban de mil modos, los fondistas, industriales y tenderos por él favorecidos iban de Heródes á Pilátos con sus cuentas, sin saber cómo ni de quién cobrarlas.

Apénas llegó al príncipe Cantelmini la noticia de lo acontecido, volvió presuroso á Florencia, donde encontró gravemente enferma á su pobre prima. Por cuyo motivo, y tambien por evitar necias preguntas y tardías reflexiones, permaneció encerrado en su casa unos dias, sin querer ver á nadie. Su ligero proceder lo explicaba por las analogías entre el fingido y el verdadero Capitán, y sobre todo, por los secretos de familia que el primero poseia, y que sólo podía ó debia conocer el segundo.

Pero más que el solemne chasco de que habia sido víctima, le atormentaba y affigia el estado de la infeliz doña Francesca, tan digna en todos conceptos de mejor

fortuna. Despues de la dramática escena en que se le habia trasformado el tierno amante en impío y cruel ladron, cayó la pobre con una fiebre cerebral, que puso en peligro su vida; y el primo andaba fuera de sí, juzgándose causa, aunque inocente, de aquella desgracia.

Entre tanto, se presentó en Florencia el genuino capitán Mister Richard Morgan, y llevado sin duda de su genial humorístico, halló motivo de risa, más que de incomodidad y enojo, todo lo acaecido, y se holgó no poco de recuperar su libro de memorias, que creia perdido para siempre.

Súpose entónces por el verdadero Morgan que Richard Brown habia estado, en efecto, á su servicio varios años, y que durante algun tiempo llegó á merecerle particular aprecio, merced á su viva penetracion, gallarda letra y rara sobriedad; que á pesar de estas cualidades era algo excéntrico, pasando constantementé sus ratos de ocio en la lectura de cuantas novelas podia haber á las manos, ó de las causas célebres que los periódicos solian publicar.

La desaparicion de papeles importantes y de objetos de valor en diferentes épocas hizo recaer sospechas sobre Brown, y aunque nunca se le pudo probar nada, al fin Mister Morgan se decidió á despedirlo, pagándole su viaje de regreso á Inglaterra.

Poco despues de la partida de Brown, el Capitan echó de ménos su libro de memorias, en el cual acostumbraba á consignar circunstanciadamente todas las peripecias de su vida militar, y cuanto de importancia se referia á su carrera, familia ó patrimonio. Este fué justa-

mente el libro encontrado por la justicia, y en cuya aprovechada lectura se habia preparado Brown para el papel que con tanta propiedad y desenvoltura habia desempeñado en los cortos, pero brillantes, dias de su pasajero triunfo.

El verdadero Capitan era un poco más corpulento, y aunque algo cojo tambien, de porte más señoril que su hábil falsificador. La fisonomía de éste, sin embargo, era más bella y expresiva. No es, pues, de extrañar que en cierto modo se cumpliese su deseo, y que alguna dama, al conocer al legítimo Morgan, exclamase: — ¡Qué lástima que aquél no fuera éste!

Pero todo pasa: las conversaciones sobre el audaz burlador de la sociedad florentina tuvieron fin, y los sucesos de cada dia fueron relegando al olvido sus lances y aventuras.

Doña Francisca recobró la salud; mas, triste y desengañada, se retiró á una *villa* que poseia cerca de los Apeninos, renunciando para siempre al mundo y sus vanidades.

XIV.

FIN.

Poco más de un mes habria trascurrido desde los sucesos que acabamos de reseñar. Era una hermosa tarde de Mayo. La princesa Etelvina habia recibido á sus amigos aquel dia, por ser el del feliz natalicio de su hija Irene, y áun quedaban en los salones várias personas conversando en diversos grupos.

Sobre las mesas se veian colosales ramilletes con que los más altos personajes de la córte habian obsequiado á la noble doncella.

Esta, aunque algo pálida, estaba bella como un ángel, con sus dorados rizos y su elegante vestido azul celeste. En el momento de que hablamos, departia familiarmente con otra jóven amiga suya.

Un extraño rumor que venía de afuera, y que de improviso empezó á oirse, llamó la atencion de todos los concurrentes.

—¿Qué hay en la calle? preguntó la princesa Etelvina desde el sofá en que se hallaba sentada, á dos ó tres caballeros que por los cristales del balcon observaban.

— A lo que parece, contestó uno de ellos, soldados que traen á un preso, y una turba de pilletes que los sigue.

Por un movimiento de curiosidad, la princesa Irene, su amiga y algunos más se aproximaron á las ventanas.

En efecto, un hombre, jóven aún, con el semblante descompuesto y sucio y la ropa destrozada, venía entre cuatro carabineros (1).

Al verlo pasar por delante de la casa, uno de los que en el balcon estaban exclamó:

— No, no me engaño: el preso es el capitán Morgan.

La princesa Irene, ya algo conmovida por aquel triste espectáculo, al oír el nombre del preso cayó desmayada en brazos de los que la rodeaban.

D. DE RIVAS.

París, 1869.

(1) Equivalen á nuestra Guardia civil.

ÍNDICE.

LA LEYENDA DE HIXEM II.

	Páginas.
INTRODUCCION.	v
I.	1
II.	29
III.	53
IV.	81
V.	89
VI.	103
VII.	109
VIII.	121
IX.	131

EL CAPITAN MORGAN.

I.—El encuentro.	151
II.—El baile en la Legacion.. . . .	157
III.—Doña Francesca.	163
IV.—Los dos primos.	169
V.—El Corso.	179
VI.—Post nubila.. . . .	187
VII.—La Trattoria.	195
VIII.—Incidentes varios.	205
IX.—La fiesta del Capitan.. . . .	215
X.—La sortija y la carta.	229
XI.—Mister Jackson.. . . .	237
XII.—El supremo recurso.	245
XIII.—Lo que sucedió despues.. . . .	253
XIV.—Fin.. . . .	259

FIN DEL ÍNDICE.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PERIÓDICO ESPECIAL DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

SE PUBLICA LOS DÍAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino también cuantos monumentos artísticos y notables existen en España y América.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	MADRID.	PROVINCIAS Y PORTUGAL.	EXTRANJERO.
Un año. . . .	Pesetas. 35	Pesetas. 40	Francos. 50
Seis meses. . .	» 18	» 21	» 26
Tres meses. . .	» 10	» 11	» 14

Cada número consta de 16 páginas gran folio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen se publican suplementos, gratis para los señores suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edicion tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

AÑO XXXVIII.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Sale á luz los dias **6, 14, 22 y 30** de cada mes, y cada año forma un hermoso volumen de unas **1.200** columnas gran folio, de escogida lectura, conteniendo sobre **3.500** grabados intercalados de las más recientes modas y toda clase de labores propias de señoras; **48** figurines grabados en acero é iluminados con colores finos; — dibujos de tapicería; — **24** grandes patrones tamaño natural, con más de **1.000** modelos de trajes, corazas, tunicas, delantales, abrigos y demas confecciones. Estos patrones alternarán con las grandes hojas de dibujos para bordados, que tanta aceptación han tenido en años anteriores, y una coleccion de selectas piezas de música moderna para *canto y piano* y *piano solo*, originales de los maestros compositores más notables de España y del extranjero; **50** ó más ejercicios de ingenio, como son Saltos de Caballo ó Jeroglíficos; todo lo cual constituye un **PRECIOSO ALBUM**, digno de ocupar, por su belleza, lujo y utilidad, un lugar preferente, lo mismo en el gabinete de la aristocrática familia, que en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

La lectura es selecta é instructiva, y su contenido excede en el año de **10** tomos en 8.^o

PRECIOS DE SUSCRICION.

	1. ^a EDICION.		2. ^a EDICION.		3. ^a EDICION.	4. ^a EDICION.
	Madrid.	Provincias y Portugal.	Madrid.	Provincias y Portugal.	Madrid y Prov.	Madrid y Prov.
	Pesetas.		Pesetas.		Pesetas.	Pesetas.
Un año. . . .	37,50	40,00	28,00	30,00	20,00	15,00
Seis meses. . .	19,00	21,00	14,50	16,00	10,50	8,00
Tres meses. . .	10,00	11,00	7,50	8,50	5,50	4,25
Un mes. . . .	3,50	4,00	2,50	3,00	2,00	1,50

Se remiten números de muestra gratis de ambos periódicos á los que lo soliciten, dirigiéndose á la

Administracion: Carretas, 12, principal. MADRID

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

OBRAS PUBLICADAS.

- ALBUM POÉTICO ESPAÑOL, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nufiez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.^o mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.
- DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO, por don José Selgas; 2.^a edición; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.
- COSAS DEL DIA, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.^o mayor, 3 pesetas.
- ESCENAS FANTÁSTICAS, por D. José Selgas; un tomo, 8.^o mayor, 3 pesetas.
- MARI-SANTA, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- AMORES Y AMORIOS (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- CUARENTA SIGLOS, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.
- EL MATRIMONIO. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; dos tomos, 8.^a mayor, 8 pesetas.
- LA CUESTION DE ORIENTE, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.
- PRINCIPIOS GENERALES DEL ARTE DE LA COLONIZACION, Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por don Joaquin Maldonado Macanaz; un tomo en 4.^o, 6 pesetas.
- UN LIBRO PARA LAS POLLAS, novela, por doña Francisca Sarasate; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.
- EL COMENDADOR MENDOZA.—LA CORDOBESA.—UN POCO DE CREMATÍSTICA, por D. Juan Valera; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.
- LETRA MENUDA, prosa y versos de Don Manuel del Palacio; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.
- DE MADRID Á MADRID, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.
- ADRIANA DE WOLSEY, original de Ventura Hidalgo; precedida de un prólogo del Sr. D. Victor Balaguer; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.
- GUIA ILUSTRADA DE MADRID, con más de 150 grabados intercalados en el texto y planos sueltos muy importantes, por el Excmo. Sr. D. Angel F. de los Rios; un tomo, 8.^o prolongado, 6 pesetas rústica y 8 encuadernado.
- UN LIBRO PARA LAS DAMAS (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.^a Maria del Pilar Sinués (3.^a edición); un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- UN LIBRO PARA LAS MADRES, por Doña Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.
- LA VIDA ÍNTIMA.—EN LA CULPA VA EL CASTIGO, por D.^a Maria del Pilar Sinués (2.^a edición); un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- HIJA, ESPOSA Y MADRE, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermana*, por doña Maria del Pilar Sinués; dos tomos, 8.^o mayor frances, 8 pesetas.
- LA ABUELA, por D.^a Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- SUEÑOS Y REALIDADES, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.
- EL BAZAR, revista ilustrada, con novelas tan interesantes como *Noventa y tres*, de Victor Hugo; *La Fé del amor*, de Fernandez y Godzalez, etc., etc. Cuatro tomos, 25 pesetas.
- VENTURAS Y DESVENTURAS, por el capitán de navio D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- CUADROS VIEJOS, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por D. Julio Monreal; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.
- UNA DOCENA DE CUENTOS, por D. Narciso Campillo; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- EL SOL DE INVIERNO, novela, por doña Maria del Pilar Sinués; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.
- LA LEYENDA DE HIXEM II.—EL CAPITAN MORGAN, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.
- NUEVOS POEMAS Y DOLORAS, por D. Ramon de Campoamor; 4 pesetas.
- EL MUNDO INVISIBLE, continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas; 4 pesetas.

EN PRENSA.

- MANUAL DE LA MODA ELEGANTE.—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas.
- LOS PAÍSES BAJOS VISTOS POR ALTO, narraciones de viajes, por D. José de Castro y Serrano.





